Hugo Correa

Los altísimos



Hernán Varela despierta en una clínica de Santiago. Todo lo que le rodea es normal salvo una pequeña ventana que se abre en el muro, y que luego desaparece sin dejar rastros. De esta manera comienza la acción de “ Los Altísimos”, la primera obra chilena de ciencia ficción, que lo es no solo por ampollarse en los campos contemporáneos del genero, sino por reflejar - mediante un ágil y eficiente dialogo, y un sentido preciso de lo irreal - lo que podría ser un mundo organizado y dirigido por la inteligencia de las maquinas y el poder ignoto de otra inteligencia: la de los Altísimos. ¿Por que Hernán Varela simple empleado de Acomsa, se transforma en “X”? ¿Donde se encuentra el lejano o cercano Cronn? ¿Quién guiara a “X” por el alucinante mundo de los nueve círculos? ¿Que acechan los Vigías?¿ Y los Técnicos, de impasible y hieráticos rostros? ¿Qué cuidan con tanto sigilo los Máximos? ¿Todas estas preguntas remontaran hasta la pregunta definitiva: ¿quiénes son los Altísimos?

Hugo Correa

Los altísimos

ePUB v1.0
Lecram / OZN 15.03.12

Título Original: Los Altísimos,
publicado por Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1973 (Segunda Edición).
Primera Edición: 1959.

Edición Digital de Arácnido.

A la memoria de mi padre

Nos engañamos con la idea que habitamos en la superficie de la tierra; lo cual es cabalmente como si un ser vivo que estuviese en el fondo del mar imaginara que estaba en la superficie del agua, y que el mar era el cielo a través del cual veía el sol y las demás estrellas, no habiendo llegado nunca a la superficie a causa de su debilidad y pereza, y no habiendo jamás alzado la cabeza, ni sabido, ni oído de alguien que hubiese visto cuanto más puro y bello que el suyo es el mundo de arriba.

PLATÓN, Fedón o Del Alma

I

Abro los ojos. Estoy recostado en una cama, de espaldas, tapado hasta el pecho. Voy distinguiendo cosas: paredes de un color verde oscuro, limpias y relucientes. A la izquierda, próxima al rincón, una puerta con una ventanilla. Detrás de la ventanilla, la noche.

La luz viene de la derecha, de una lámpara con una ampolleta esmerilada. Sin saber por qué su descubrimiento me produce alivio. Algo hay de poco común en el resto de la pieza. Ni el más leve rumor altera el aire.

Una persona se aproxima al lecho por la izquierda. Es un hombre joven, de unos treinta años, que viste uniforme blanco, cerrado hasta el cuello. Alto, delgado, con ojos de penetrante mirar. Lleva la cabeza descubierta, y su pelo negro contrasta con la blancura de su piel. Sus facciones son correctas, de rasgos definidos, e irradian una calma desconcertante.

—¿Cómo se siente? —La pregunta, en tono seco, apenas interrumpe el silencio.

—Pues…, no lo sé —respondo, con voz casi inaudible— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

El hombre arrastra una silla, hasta ahora oculta de mi vista por el velador.

—En una clínica. Ha tenido una intoxicación alcohólica, bastante grave. Whisky falsificado —replica presto. Habla con un leve acento extranjero, tan leve, que bien podría deberse a la dureza de su pronunciación—. Estuvo muy mal, pero ya pasó el peligro. Sin embargo, no puede recibir visitas ni comunicarse con otras personas, mientras el médico no lo permita.

—¿No es usted el médico?

—No. —Seco, cada vez más seco—. Pero estoy autorizado para estar en contacto con usted y atender sus necesidades más inmediatas.

Se me antoja que el diálogo se ha suscitado entre el desconocido y otra persona ajena a mí.

¿Quién soy yo? Hernán Varela me llamo, sin duda. ¿Por qué he venido a parar a esta clínica?

Simplemente porque he bebido un licor adulterado. Intoxicación, sí, intoxicación alcohólica…

Deseo incorporarme. Hace un gesto negativo el otro. Descubro que el mínimo esfuerzo desplegado me produce malestar. Como si de insistir en la tentativa pudiera deshacerme.

—Aún está débil —dice el hombre—. Los efectos de la intoxicación son largos. ¡Es preciso tener paciencia!

Sonrío con debilidad.

—¿Cómo se llama usted?

—L. —replica, secamente—. Llámeme así, L.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Desde anoche.

—¿Es miércoles hoy, entonces?

—Sí, miércoles —me informa, sin vacilar.

Miro el techo, y me quedo, la mirada fija en él, sin hablar. Intento concentrarme en mis recuerdos. Todos muy lejanos. Miércoles. El rostro de una mujer adquiere forma en mi mente.

Luego su cuerpo. Después, escenas de baile en restaurantes y boites. Yo era el que bailaba, evidentemente. ¿Y después? Existe un viaje en auto de por medio. Más adelante, una intoxicación.

Nada más. ¡Ah! La mujer se llamaba Raquel.

Se tornan borrosos mis pensamientos. Un mareo o un vahído, pero sin que sea ninguna de las dos cosas. Como si me hubiese separado en dos. Enmudezco mientras me parece flotar sobre la cama, apartado de todo. L. nada dice. Mantengo los ojos entrecerrados, sin saber qué hacer ni qué decir. Sé que nadie podrá ayudarme.

Una vez más, el silencio. Ignoro si aquella impresión pasará, o si, por el contrario, el yo desintegrado continuará escapando de a poco. Luego comienzo a sentirme envuelto en el silencio.

Voy flotando, flotando en un mundo blanquecino, lleno de aristas que me van mutilando. Aristas suaves, cuyas escisiones no me producen dolor. Y el silencio pesa cada vez más. Se ha materializado en una cosa informe, sin conciencia ni misericordia, que permanece agazapado. Me hundo en esas regiones sin ruidos, como un barco rodeado por una espesa niebla, navegando en un mar inmóvil. Y entonces… Una campanada o algo como una campanada, que parece brotar de todas partes, de todo cuanto me rodea, interrumpe la quietud. Es un son fantástico, ni muy penetrante ni muy opaco, el cual no proviene de una fuente determinada, sino de millones de focos pequeñísimos que resuenan al unísono. Forman un único sonido, amplio, vibrante, que todo lo penetra. Como una laguna quieta en la cual ha caído una piedra. La campanada provoca miles de ondas concéntricas que se alejan del foco, yendo a morir en las riberas del infinito una tras otra.

Rápido, abro los ojos. Con un rumor de hojitas secas, mis yoes se reintegran en lo poco que resta de Hernán Varela. Allí está L., observándome.

—¿Qué…, qué fue eso?

—¿El qué? —Me mira con curiosidad.

Quedo escuchando: nada se oye, como al principio.

—Pues…, me ha despertado un campanazo. Un ruido raro, que parecía venir no sé de dónde.

¡Estoy seguro que lo oí!

Una expresión de duda aparece en su ceño.

—¡No he oído nada! Es probable que lo haya soñado.

—Pero fue precisamente ese ruido el que me despertó. Juraría que no fue un sueño.

Su voz se endurece:

—A veces, como consecuencia de las intoxicaciones, se producen fenómenos sicológicos. Nos parece oír ruidos, conversaciones y hasta gritos. ¡Algo así le ha sucedido!

—¿Qué fue de ella?

Basta eso para que entienda.

—Está perfectamente. No hubo necesidad de hospitalizarla.

Se me producían chispazos de lucidez:

—¿Cómo llegaron ustedes al departamento?

—Fernando Mendes llamó para allá, y usted, que se sentía muy mal, le pidió ayuda.

El silencio, siempre al acecho, se acentúa. No es un silencio ominoso ni inquietante. Es, simplemente, una ausencia de ruidos. Algo que parece natural, como si fuese una calidad intrínseca del lugar.

—¿Tiene hambre?

Asiento con desgano. Toca un timbre y aguarda unos instantes. En seguida se dirige al rincón de la izquierda. Se ha abierto una ventanilla en el muro. Le oigo conversar en voz baja con otra persona. Me es imposible oír qué dicen. Se queda allí, esperando algo.

—Estoy preocupado por Fernando Mendes. —Mi comentario resulta falto de entusiasmo—.

Usted debe saber que soy su representante para Chile. Además, es mi mejor amigo.

Vuelve con una bandeja, en la cual hay un plato de ensalada surtida con un filete. Se me abre el apetito. Ayudado por L. me siento en la cama, experimentando, al hacerlo, un pequeño mareo.

Tengo la fugaz impresión de estar al borde de un abismo, lo cual me provoca vértigo. Cierro los ojos y la sensación pasa.

L. se queda mirándome comer por un rato.

—Ha dicho usted que Mendes es su mejor amigo. ¿Por qué piensa que es así?

La pregunta suena rara. Dejo de comer, y, a mi vez, lo miro. Sereno, sostiene mi mirada.

—Bueno…, Fernando Mendes ha hecho mucho por mí.

¿Le contaría todo? A pesar de su frialdad aparente, inspira confianza. Los días

que precedieron al accidente fueron de una actividad enervante. Viví en un mundo casi irreal. Y, ahora, aquella clínica… Indudablemente, el poder sincerarme con alguien, por desconocido que fuese, me probaría bien. Hasta ese instante, a nadie le había hecho confidencias de mi espectacular cambio de fortuna.

—¿Qué hizo Mendes por usted? —L. es muy diplomático. ¡Ni que hubiese esperado el término de mis conjeturas!

He concluido la colación. Recoge L. la bandeja y va a la ventanilla. Cuando regresa noto que, más allá de él, en el muro, el ventanuco ha desaparecido. ¡No se divisan ni rastros de él! En cualquiera otra ocasión habría sentido curiosidad por averiguar las causas de una desaparición tan completa. La oscuridad del rincón, donde la luz de la lámpara apenas alcanza, no permite ver mayores detalles.

—¡Ah! Me olvidaba… —Me recuesto, hundiendo la cabeza en la almohada—. Sí: Mendes me ayudó a surgir. Antes de conocerle, yo era un simple empleadillo en Acomsa. Le caí en gracia, pues me encontraba parecido a un amigo suyo, un muchacho francés de apellido Lemaire…

Hacía sólo diez días que Fernando Mendes me abordara en la calle. Volví a ver su rostro barbudo y a oír su voz franca:

—Perdone que me presente así, sin mayores etiquetas. ¡Resulta que usted es igual a un gran amigo mío!

Sostuvimos un corto diálogo. De inmediato tuve la impresión de haber visto antes al brasileño.

Pero su reciente llegada a Chile, país que visitaba por primera vez, me sacó de mi error. Deduje, por lo tanto, que Mendes se parecía de manera notable a algún conocido mío. Aún en sus gestos y en su modo de ser se advertía dicha semejanza.

A los tres días de conocerlo, Mendes me ofrecía la representación de sus intereses en Chile.

Cruzaba yo por una etapa de decaimiento moral agudo, cuyo punto crítico se produjo por esos mismos días. Me parecieron entonces naturales las razones por él expuestas para darme esa responsabilidad. Hallar a una persona casi idéntica a un viejo amigo no era un mal motivo para que el brasileño, hombre de pocas relaciones en Chile, experimentara una inmediata simpatía por mí.

Me lancé impetuoso a la nueva vida. Con el ímpetu del nuevo rico. Entonces inicié mis salidas con Raquel, mi secretaria en Acomsa.

Hasta esa parte recordaba con precisión. Después, las imágenes se tornaban borrosas.

—Es un buen motivo para que él lo haya elegido como su hombre de confianza.

¡Una razón sentimental bastante decisiva!

Notable me parece la rapidez con que L. traduce sus ideas. Su lenguaje es fluido, sin vacilaciones. Larga sus frases como quien repite un guión.

—Yo, en su caso, me habría puesto instintivamente en guardia por lo del hipotético «parecido con un amigo suyo…» —Su voz, impasible como siempre, encierra una pequeña ironía. Creí notarla, al menos.

—¿Por qué habría de ser «hipotético»?

—Porque no me constaba que existiera tal semejanza ni menos tal amigo.

—¡Es que usted no se pone en mi caso! No sé cómo explicarle…

—¡Entiendo perfectamente qué me quiere decir! —me interrumpe con brusquedad—. Uno, como simple observador de un hecho externo, lo juzga desde un plano subjetivo. ¡Yo lo habría hecho de tal modo o del otro! Pero, inconscientemente, uno se encuentra en una posición falsa, ya que, con toda probabilidad, jamás pudo llegar a ser el protagonista de tal hecho. Como la mujer que dice muy convencida: «¡Nunca me casaría con el Aga Khan…!»

Es convincente L. Por primera vez me llega la advertencia de estar viviendo una situación extraña.

—¿Cómo se llama esta clínica?

Si el brusco giro dado a nuestro diálogo le produce el efecto de un balde de agua fría, queda de manifiesta su perfecta impermeabilidad. ¡Ni una arruga asoma a su rostro!

—Clínica Polaca. La verdad de las cosas es que es nueva. Fernando Mendes la conocía, y por eso lo envió para acá.

Podría ser, pienso. La reflexión queda bailando en mi cabeza. Clínica Polaca… Conocida por Fernando Mendes.

—En un caso semejante al suyo habría encontrado sospechosas las intenciones del señor Mendes

—comenta L., siempre serio—. ¿Qué sabía de él, del origen de su fortuna, de sus relaciones en otros países, de su pasado? ¿Quién era yo para que, de la noche a la mañana, me pusiera sobre muchos hombres de vasta experiencia, a dirigir una empresa fabulosa… ?

¿No era un simple empleado de Acomsa, uno de los menos importantes, sin conocimientos especiales en el comercio? ¿Quién era Fernando Mendes? ¿Fue mi semejanza con alguien la que lo impulsó a buscar mi amistad? ¿Existían otras razones de por medio…?

—¡No lo sé…! —digo, cansado—. ¡No sé nada!

L., luego de dar el impulso inicial a las interrogantes y lanzarlas en mi conciencia, seguía su trayectoria.

—¿Quién es usted, L.?

—Ayudante del doctor D.

—¿Quién es Fernando Mendes? ¿Lo conoce usted?

—Sí, algo. Es un hombre muy inteligente, que se metió en un gran lío por culpa de su ambición.

—¿Qué intenciones tenía conmigo?

—Utilizarlo para una habilidosa maquinación, con la cual despistó en forma casi definitiva a sus enemigos. En lo que respecta a su seguridad personal, puede prescindirse del «casi». Pero no respecto a lo que dio a sus adversarios. ¡En resumen, consiguió plenamente lo que quería!

Bruscamente me posee el sueño. Apenas oigo las últimas palabras de L. Dándose cuenta de la situación, deja de hablar. Devuelve la silla a su sitio y apaga la luz. La habitación no queda a oscuras. Una luminosidad tenue, que parece emanar del techo, permite vislumbrar los objetos.

Entreveo la figura de L. cuando se retira.

De nuevo tengo cierta conciencia de estar flotando, movido por una brisa. Me rodea la noche, y detrás de un velo espectral, las estrellas (¿serán estrellas?) me contemplan. A veces parecen transformarse en ojos que hacen guiños sombríos. Otras, se reducen a puntos microscópicos, paulatinamente, como si empezaran a alejarse de mí. Aumenta su velocidad. Yo, inmovilizado, me siento invadido por la soledad.

Pero regresan las estrellas. Se aproximan, y antes de definirse en estrellas u ojos, el velo las diluye. Mi soledad se acentúa. Sigo navegando en la noche, tranquilo, sintiendo, sin embargo, el secreto temor que aquello no podrá durar eternamente. Es como estar tendido en el agua, arrastrado muellemente por el flujo, presintiendo que, en cualquier instante, la corriente nos puede impulsar hacia una catarata. No es sino el presentimiento de algo que puede acontecer en el próximo segundo, en el minuto próximo, en las horas próximas. Quizá nunca.

La atmósfera se hace más y más enervante. Siento las ideas agazapadas, tratando de eludirme: están al acecho, ocultas a medias, materializadas en cuerpecitos informes que cuchichean…

La noche se cierra y me rodea.

II

Un diálogo en idioma extranjero. Dos personas conversan en voz baja, al lado de mi cama. Una es L. La otra, un viejo de mirada dura, ganchuda la nariz y labios crueles. Sus ojos verdes son la frialdad misma. Es alto, flaco: su presencia me inspira una inmediata antipatía.

Me he recuperado bastante, aunque sigo poseído por una gran abulia.

—Éste es el doctor D. —me explica L.—. No habla castellano.

Dice algo en su curioso idioma el viejo —en polaco, de seguro—, observándonos alternativamente.

—Opina el doctor que usted está fuera de peligro. No obstante, estima que deberá guardar cama por varios días más.

Pregunto, entonces, si puedo hablar con alguno de mis conocidos.

—El doctor considera que usted no debe conversar con nadie todavía. Debe tener un poco de paciencia.

Un poco de paciencia. Por lo visto, he nacido para acostumbrarme a tener paciencia. Siempre, desde mi niñez, oí aquel consejo: es preciso tener paciencia. El instinto me dice que, de ahora en adelante, podré tenerla. Algo ha terminado para mí. ¿Qué? ¿Por qué?

Contemplo a mis interlocutores. Me parecen tan lejanos y tan extraños a cualquier cosa que, de repente, se me ocurre estar en el otro mundo. ¿Me habré salvado realmente de la famosa intoxicación? ¿Qué significa esta Clínica Polaca, silenciosa como la nada y con esas paredes plásticas? ¿Pertenece todo esto al mundo de los vivos?

Recuerdo a mi madre, y su imagen me hace experimentar una pequeña reacción. Pregunto por ella.

—Está muy bien —contesta L.—. Hemos preferido no contarle nada de su accidente, para no ponerla nerviosa.

Me mira el viejo, perforándome con sus ojos. Dice un par de palabras a L., y, sin despedirse, se retira. No oigo el ruido de sus pasos: el piso debe ser de goma.

La imagen de mi madre se repliega en la oscuridad, pero permanece alerta en el fondo de mi cerebro, como una figura sin contornos.

L. acerca la silla y se instala a mi lado.

—De modo que Fernando Mendes… —empiezo—. Cuénteme más sobre él.

Como de costumbre, L. fue al grano de inmediato. Nada de circunloquios previos.

—Era un tipo demasiado brillante que, como todos los de su especie, se ofuscó en su propio brillo y perdió el sentido de las proporciones. Descubierto a tiempo, planeó su fuga y desapareció.

Alcanzó a llevarse algunos cientos de millones.

—¿De Brasil?

—No, de Polonia. No era brasileño —L. no es persona que gesticule al hablar. Quizá sea su falta de mímica la causa de su extraño aspecto—. Pero vivió en Brasil, donde se fabricó la personalidad de Fernando Mendes. Después partió para Chile. Su verdadero nombre polaco es X.

X., ¿nombre polaco? L., D., ¿polacos también? Algún nombre polaco conocía yo, pero no era ninguno de aquellos.

—¿Dónde estamos, L.?

—En Polonia.

Así, con naturalidad. También mi pregunta fue hecha en el mismo tono. Me quedo tranquilo, escuchando el silencio reflejado por las paredes. La réplica de L. permanece flotando; penetra una y otra vez en mi cerebro, se pasea por sus vericuetos y va, por último, a materializarse junto a la figura de mi madre.

En Polonia. ¿Qué sé yo de Polonia? La conocía de nombre. Asimismo, sé que está muy lejos de Chile: que se halla en Europa. Y pare de contar.

—Cuando se descubrió la fuga de X., nuestras autoridades enviaron agentes en su persecución.

Trabajaba en un laboratorio y necesitábamos averiguar si, además del dinero, se había llevado algún importante secreto.

Por razones que «más adelante me explicaría», existía un plazo máximo de tres meses para atraparlo. Pasado dicho lapso, la captura se tornaba imposible. Todo cuanto necesitaba X. era despistar a sus perseguidores por noventa días: y se salvaba. Cuando los polacos empezaban a perder las esperanzas de hallarlo, recibieron una información desde Chile.

—Nuestros hombres localizaron a dos personas de conducta sospechosa. Faltaban sólo siete días para cumplirse el plazo. Sin atreverse a proceder por miedo a equivocarse, enviaron una fotografía que, disimuladamente, tomaron a uno de los sospechoso. ¡Ésta es!

Me alargó un rectángulo de plástico. ¡Allí estaba yo, en colores!

—En cuanto llegó a nuestras manos, yo mismo, luego de introducir algunas modificaciones en una foto de X., obtuve el siguiente resultado.

—También soy yo —balbuceo, examinando la nueva foto.

Éramos iguales, aunque el otro aparentaba más edad que yo. Debería tener unos treinta años.

—Y aquí tiene usted al verdadero X.

El hombre de la nueva reproducción en nada se parecía a mí. Muy rubio, su piel blanca contrastaba con la mía, que es ligeramente morena.

—¡No entiendo nada…!

—Muy sencillo: X. nos hizo creer que se había disfrazado de usted, Hernán Varela. Es decir, eligió una persona en apariencia distinta a él, pero que podía ser él disfrazado. A su vez, X. modificó su aspecto en forma muy burda: se dejó barba, se tiñó el pelo, y usó anteojos ahumados.

—¡Es…, lo más fantástico que he oído! Pero, ¿qué otras razones tuvieron ustedes para creer que yo era X.? ¿A sus agentes no se les ocurrió informarse sobre mi pasado, sobre mis actividades?

Se impacienta L.

—¡No somos tan ingenuos! Nos enteramos que usted, de ser un desconocido, pasó de la noche a la mañana a convertirse en el representante de un magnate brasileño. Y aquel millonario, que necesariamente debía ser X., se hace humo de repente. ¿Era sutilizar demasiado el suponer que Mendes, luego de esconder al anónimo señor Varela, se hubiese hecho pasar por él, representando la farsa de haber nombrado a un apoderado de sus intereses?

Hundida la cabeza en la almohada, observo el cielo levemente luminoso. Columbro que el error de los polacos es más trascendental de lo insinuado por L. hasta ese momento.

Pero un enigma se aclara. Aquella sensación que me produjera Mendes de haberlo visto antes, en alguna parte. ¿Y cómo no? Le había visto mil veces en el espejo al afeitarme. Cuán elemental todo: Mendes se parecía a mí. ¡Daba risa! Me abordó con el pretexto de encontrarme idéntico a uno de sus mejores amigos: él mismo.

—¡Y llegamos al momento de la captura! —prosigue L., los ojos brillantes—. Hernán Varela decide llevarse una mujer a su departamento. ¡Y allí lo atrapan nuestros agentes! Se le mete en un auto, se le conduce a un aeródromo particular, y Hernán Varela, X. para nosotros, llega a Polonia.

Simple, ¿no es cierto?

¡De una simplicidad infantil! Imagino a Mendes o X., muerto de la risa al ver cómo sus ingeniosos perseguidores, engañados por su aún más ingeniosa treta, partían con el imbécil de Varela a cuestas, de regreso a casita. ¿Y después? El desenlace fluye nítido, aun para mi atontado magín: se ha cumplido el plazo fatal, los agentes vuelven con su prisionero, y Mendes, ahora Hernán Varela en definitiva, se hace cargo de sus negocios como absoluto representante de sí mismo. ¡El único idiota de toda esta historia soy yo!

—Y como usted le presentó a su familia, él, consumado actor, estará en condiciones de suplantarlo con facilidad.

Olvidaba aquella parte. Yo le había presentado a mi madre y a mi hermana. Comprendía ahora el porqué del gran afecto que le despertara mi gente. Su deseo de invitarlos a almorzar, de atenderlos, para así poder sonsacarles innumerables «datos»

respecto a mi modo de ser, mis gustos, mis aficiones, etc., con el sencillo recurso de plantearle a mi madre cualquier tema relativo a mi persona.

—¿Qué hora es? —inquiero, con debilidad.

Descubre su reloj cromado, con un amplio gesto.

—Las tres y treinta y siete minutos de la tarde.

—¡Las tres de la tarde! —Me enderezo y lanzo una mirada a las paredes—. L., ¿por qué no tiene ventanas la pieza?

—Nos hallamos a varios metros bajo tierra. A eso se debe, también, el silencio de la clínica.

—¿Y por qué me trajeron aquí?

Presentía la respuesta. La sensación de estar caminando en una cuerda floja me agudiza el instinto.

—Hace poco rato le dije que X. trabajaba en un centro de experimentación. Estamos en la enfermería. —Hace una breve pausa, sin dejar de mirarme—. Y ahora usted es X.

Como para dar énfasis a su aseveración, se escucha el extraordinario campanazo, cuyas ondas todo lo traspasan. Hasta la última de mis células vibra con él. Una campana o un gong, no sabría precisar cuál de los dos, que de súbito estallara en el fondo del mar. Un sonido sobrenatural, que revienta de pronto y permanece tremolando durante varios segundos, disolviéndose suavemente en la atmósfera, como un espectro. Proviene de todas partes, y, por un instante creo que ha restallado dentro de mí. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—¿Qué…, qué fue eso? —tartamudeo—. ¡No me va a decir que no lo ha oído esta vez!

La expresión de L. se endurece.

—Es un reloj electrónico, de gran potencia, que señala la hora una vez al día con esa campanada.

—¿Por qué no me lo explicó antes?

—Porque necesitaba contarle que estábamos en un laboratorio de Polonia.

Un reloj electrónico de gran potencia. Si le dijera a L. que, a mi juicio, no hay nada en el mundo capaz de producir ese ruido, por muy electrónico que sea, quedaría como ignorante. ¿Cuál es mi verdadera situación? Porque hay una cosa cierta: no soy el Hernán Varela de antes. Pero algo me estaba diciendo L. cuando resonó la campanada.

—¿Qué significa eso que ahora soy X., L.?

Suspira. Un temblorcillo en las aletas nasales. Eso es todo.

—¡Muy sencillo! Se ha producido una doble sustitución: X. es hoy día Hernán Varela, y Hernán Varela es y tendrá que ser, por un tiempo al menos, X. ¿Entiende?

—Se nota una reprimida excitación en su voz. Además, creo percibir un cierto tono de amenaza—. Hemos cometido un error al traerlo para acá. ¡Pero ya es tarde para dar explicaciones! Por eso solicitamos su cooperación.

—¿Quiénes son ustedes, y por qué solicitan mi cooperación?

—El profesor D., el vigía Mh., y yo. Hemos dicho que X., como resultado de un accidente, ha sufrido un serio trastorno mental y que, por un tiempo, permanecerá en observación.

—¿Y cómo van a explicar el cambio de cara?

—No hay nada que explicar. La fotografía retocada fue vista por muchas personas, las cuales jurarían que usted es X. disfrazado. Aun más: nuestros agentes creen haber capturado al verdadero X.

Sólo ahora vengo a descubrir qué es lo desconcertante en L. En realidad es algo que falta en su persona: humanidad. Sí: eso es. Hay un no sé qué de inhumano en él. La precisión en el hablar; la facilidad casi mecánica con que expresa sus ideas; la continuidad en sus declaraciones, sin nunca repetir, cuando toma el hilo justamente en donde lo dejara durante la sesión anterior. Esas pausas suyas, las cuales me permiten meditar en sus palabras exactamente hasta el punto donde él estima que debo hacerlo, antes de proseguir con su voz parsimoniosa y seca, interrumpiendo mis pensamientos cuando hago un alto para reanudar su historia.

—¿Y el idioma? —murmuro, cansado—. ¿Cómo va a explicar mi olvido del polaco y el hablar otro en cambio?

—Lo podemos solucionar. Por suerte, poseemos un sistema que le permitirá aprender polaco en un tiempo breve.

—¿Y no teme que los traicione?

La sonrisa se hace ligeramente más definida.

—¿Traicionarnos? De ganar algo usted con una actitud así, temeríamos la eventualidad. ¡No es broma que un extranjero, sean cuales fueren las razones, se introduzca en un lugar donde se efectúan importantísimas investigaciones científicas!

En definitiva: yo, Hernán Varela, estoy obligado a pagar los delitos de otro. Y esto como la solución más favorable para mi «caso».

—Oiga, L., ¿cuándo descubrieron que yo no era X.?

—Sólo cuando llegó aquí.

Lo miro fijamente. Sostiene la mirada.

—Mire, L., ¿usted cree que voy a tragarme eso de la intoxicación?

—Al principio, cuando recién recuperó el conocimiento, convenía que lo creyera así. Pero la verdad es que al whisky le echamos un poderoso narcótico.

Recuerdo a mi compañera de juerga.

—¿Y ella? También bebió bastante. ¿Dónde está?

—En Chile. Antes de partir con usted, nuestros hombres llamaron a la asistencia

pública para que la fueran a buscar.

—¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—En dos horas más se cumplirán siete días.

¡Siete días! ¡Había estado una semana sin conocimiento!

—Yo ayudaba a mi madre, L. Le daba parte de mi sueldo. ¿Qué va a ser de ella ahora?

—Puede estar seguro que X. se preocupará de ella con mayor dedicación que la suya, probablemente. Para él es muy importante tener una madre.

El gran X. ¡Qué bien lo había preparado todo! No dejó nada al azar. Hubo una sola cosa que no le preocupó mucho: mi destino.

—¿Hasta cuándo tendré que estar aquí?

—Hasta la fecha en que podamos explicar de alguna manera satisfactoria la desaparición de X.

—Clava la vista en la lamparilla—. En todo caso, si usted se acostumbra a esta vida y llega a gustarle, podría quedarse un tiempo indefinido.

«Seguro», pienso.

—A la larga, alguno de los antiguos compañeros de X. va a descubrir el cambio —insinúo, temblando de ira.

—¡Era hombre de pocos amigos! Así es que después de su fuga, las escasas amistades que se le conocían fueron enviadas lejos de aquí, por su posible complicidad en la preparación de la huida.

III

Al despertar, al cabo de un sueño tranquilo, descubro junto a mi cama una máquina cuadrada, montada sobre ruedas. Estoy examinándola, cuando entra L.

—Esta máquina le enseñará nuestro idioma en pocas horas.

Me alarga una especie de casco, unido al aparato mediante un cable.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, nervioso.

—Simplemente colocarse el casco, que le cubrirá hasta los ojos. Una pantalla interior le provocará un estado hipnótico, el cual le facilitará el aprendizaje. La pantalla reproduce objetos e, incluso, ideas abstractas, que son explicadas por telepatía. O sea, la instrucción es tanto mental como visual. Al decir mental se involucran los conceptos sonidos y voces, que le serán inyectados, por así decirlo, directamente a los centros idiomáticos de su cerebro.

Observo la máquina y siento un escalofrío.

Me coloco el casco y se enciende una luz frente a mis ojos. De inmediato tengo la curiosa sensación que mi mente queda en blanco. Luego desfilan imágenes por la pantalla, oigo voces dentro de mi cerebro; todo en un estado de atontamiento que no me deja meditar en lo que ocurre.

Por último, cuando advierto en ese período de semiinconsciencia que mi mente se niega seguir funcionando, el mecanismo se detiene. Me recuesto en la cama, abombada la cabeza y los ojos cansados. Duermo algunas horas y, al despertar, nada recuerdo de la experiencia. Pero comprendo que mi cabeza está atestada de cosas nuevas.

L. se halla a mi diestra.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Un poco cansado —replico.

—Su pronunciación es muy buena —observa.

Me doy cuenta que el diálogo no se ha desarrollado en español. Me quedo confuso, sin saber qué decir ni qué pensar.

Proseguimos conversando en polaco. A veces noto serios vacíos. Inútilmente trato de encontrar la palabra adecuada. Y, al ocurrir los primeros tropiezos, descubro algo más: hasta ese instante no me he preocupado de traducir: las frases las he pensado y construido en la nueva lengua.

En quince horas, incluyendo los descansos, estoy en situación de hablar el polaco a la perfección.

Llega D. Me es imposible reprimir un profundo desagrado al sentir sus ojos clavados en mí.

—Parece que usted está muy bien —observa con voz metálica. Se vuelve a L.—: Ya puede llevarlo a su refugio, para que respire buen aire. —Y me explica, con rapidez—: Por razones que pronto comprenderá, su vida tendrá que desenvolverse, por un tiempo al menos, en forma más o menos sigilosa.

—¿Todas estas precauciones se deben al régimen comunista?

—¿Comunista? —La expresión fiera del doctor da a entender claramente: «¿Qué es eso?».

L, tose.

—Lo que pasa, profesor, es que él llama comunista al régimen soviético.

Lo mira D., y luego vuelve sus ojos hacia mí. Ríe, divertido al parecer.

—Qué gracioso. ¡Llamar «soviéquitos» a los comunistas!

—Al revés, profesor —explica L., con leve impaciencia—: él llama comunistas a los soviéticos…

—Y añade, haciéndome un gesto indefinible—: ¡Siempre el profesor ha dicho «soviéquito»! Le cuesta pronunciar esa palabra, como a todos los de Varsovia.

Sin poseer la sutileza de L., comprendo que allí hay algo raro. Estoy seguro que el bueno de D. sabe tanto de comunistas como yo de chino. Polonia está detrás de la «cortina» y el régimen imperante debe ser el comunista. ¿Por qué el profesor parece ignorarlo?

—Todos los sabios son distraídos —me dice L. No hay duda que el polaco adivina mis pensamientos—. Entonces, profesor, quedamos en que llevaré al nuevo X. a mi refugio.

—¡Exactamente! Y que siga descansando. Una vez que se haya recuperado bien comenzará su instrucción.

Sin despedirse, no sé si por su carácter distraído o por otras causas, D. desaparece.

Me alarga L. una pastilla y un vaso de agua.

—Las vitaminas le han sentado muy bien —observa.

Lo miro sin replicar. Pienso que cualquiera reiría de ver mi expresión maliciosa. Pero ni un gesto contrae la cara de L.

Desperté en una habitación grande, frente a un amplio ventanal. Penetraba la luz del día y las imágenes de árboles y flores cabeceando bajo el viento. El tono de la luz revela un cielo anubarrado.

Aumentan en intensidad las ráfagas, presagiando una noche tempestuosa.

La pieza me produce una sensación de bienestar. A pesar de ello, creo notar algo opresivo en el ambiente, atribuible quizá a mi aun precario estado de salud. ¿Cómo he venido a dar aquí? Seguro que me han dado otro narcótico con la última dosis de vitaminas y me han trasladado dormido a esta casa. Examino la habitación. Ni un

leve reflejo delata los vidrios de las ventanas. Evidentemente, las paredes son de plástico, como los muros de mi pieza en la clínica. Sus colores, eso sí, son más alegres. El piso semeja un tablero de ajedrez, de escaques grises y negros. No se ven lámparas. Me hallo en una cama cubierta con una colcha verde.

A través de una puerta de corredera aparece L. Lleva pantalones ajustados a los tobillos y una camisa amplia, de color café. Se ve de buen humor.

—¡Qué me dice, X.! ¿Cómo se siente?

—Muy bien. Mucho mejor que en la clínica, por cierto. ¡Esto es más alegre! ¿Dónde estamos?

—En mi refugio, en el campo —replica lacónico. Se sienta en una silla—. Mañana podrá levantarse y dar un paseo por los alrededores.

—¿A qué actividades debo dedicarme?

—Todo a su tiempo. —Esboza una sonrisa—. Primero, repóngase. Luego empezará el aprendizaje, que será un poco largo. Tiene que prepararse para vigía.

—¿Vigía?

—X. era un vigía. Por lo tanto, usted, como su sucesor, también deberá serlo.

¡Vigía! La sensación de comodidad que experimentara al despertar, se desvanece. Se diría que, de improviso, todo se ha puesto al acecho. La hierática expresión del polaco corta mis reflexiones.

—¿En qué consiste ese oficio? —pregunto, con vacilación.

—Tal como su nombre lo indica, los vigías están encargados de la vigilancia del campo experimental del que le hablé. —Mira hacia el jardín—. Pronto será de noche. ¿Desea comer?

Digo que sí con desgano. Me sirve la comida.

—¿Vive alguien más aquí?

—No, nadie más.

Una vez que he dado cuenta de la colación (mi apetito es escaso), L. regresa, recoge la bandeja y desde la puerta agrega:

—En pocos minutos más va a oscurecer. La casa tiene un sistema especial de iluminación. —

Indica el techo con un gesto—. El cielo se pone luminoso. La luz llega paralela y gradualmente con la oscuridad exterior. Mi dormitorio está cerca. Cualquier cosa que se le ofrezca, llámeme. No es necesario que grite.

Contemplo los árboles inquietos por el viento.

¿Qué había sido de aquel Hernán Varela que, a los veintiséis años de edad, se aprestaba a conquistar el mundo? Helo aquí, contemplando un atardecer polaco, preparándose para representar el papel de otro. Sí, señor: Hernán Varela, X. ahora por obra y gracia de X., en la actualidad Hernán Varela por ingenuidad e inexperiencia de

Hernán Varela, será un intrépido vigía. ¡Un centinela de la ciencia!

Afuera avanza la oscuridad. Adentro, la luminosidad del techo reemplaza en forma insensible el oscurecimiento externo. Tan insensiblemente que no lo noto. Sólo porque el jardín desaparece de mi vista, comprendo que la luz ha cambiado de origen. El cielo derrama una luz suave, bastante intensa, la cual llena toda la habitación.

Entrecierro los ojos, soñoliento. La mejilla, apoyada en el extremo izquierdo de la almohada, me permite abarcar el piso hasta el ventanal, y percibir, a través de mis pesadas pestañas, sus más mínimos detalles.

Un objeto volador aterriza en silencio en el tablero. ¿Sueño? El aparato, en forma de disco, mide unos cincuenta centímetros de diámetro. Es de un material fosforescente que despide suaves destellos, como un fuego fatuo. De súbito se apaga, y la gigantesca lenteja se transforma en un cuerpo opaco, negruzco y sin vida.

Entonces, por debajo de aquél, emergen unos seres diminutos, que se levantan dos centímetros del suelo. Parecen insectos: caminan verticalmente, y a juzgar por sus gestos, cambian impresiones entre ellos. Han aterrizado en el planeta Dormitorio; forman un grupo de seis o siete, que otea el horizonte, inspeccionando el nuevo mundo. De sus cabe-citas, grandes en relación con el tamaño de sus cuerpos, emergen dos antenas.

Podrían ser hombrecitos vestidos con trajes del espacio, de esos que utilizarán los viajeros interplanetarios. No se deciden a separarse del disco. ¿Qué peligros les acecha en este mundo simétrico, artificial en apariencia, en donde la tierra se encuentra revestida de una sustancia lustrosa, que forma grandes cuadrados, uno solo de los cuales es suficiente para contener su astronave? No es un planeta tranquilizador, por cierto. ¿Y aquella inmensa construcción que se divisa en lontananza, con una montaña encima, cubierta de verdor? ¿No semeja un coloso durmiendo?

Y los astronautas, luego de intercambiar nerviosos comentarios, desaparecen bajo el disco. De nuevo la máquina se torna luminosa, y, veloz, desaparece. Abro los ojos. ¡Ya no hay nada en el piso!

—¡L.! —grito, con debilidad—. ¡L.!

Me enderezo en la cama, restregándome los ojos. La puerta se abre.

—¿Qué pasa? —me interpela duramente.

—L. —empiezo, nervioso—. ¡Estoy seguro de haber visto un aparatito circular, ahí, en el piso!

¡Bajaron unos insectos!

—¿Insectos? ¿Aparato circular? —Lanza una fría mirada en torno—. ¿Seguro que no estaba soñando?

—¡No lo sé! —Me entran dudas—. A lo mejor estaba dormitando. ¡Pero no tenía

los ojos completamente cerrados! Estaba viendo el piso de «este» dormitorio, acostado en «esta» cama.

¿Entiende? No veía nada fantástico o fuera de lo común, excepto el disco.

Se encoge de hombros.

—¡Vaya! Eso es común. Son visiones que se producen cuando uno se está quedando dormido.

¡Por eso son tan reales! ¿No le ha ocurrido, a veces, soñar que tropieza con algún objeto y, con el sobresalto, despertar? Todas esas sensaciones tan reales, en las cuales coinciden hora, lugar y otros factores que contribuyen a darles realismo, son sueños que tenemos antes de dormirnos por completo.

Da unos pasos hasta llegar al sitio donde aterrizara el disco.

—¡Así debió ser! —comento, aún azorado—. Me parece estar viendo el disco en el mismo lugar donde está usted ahora.

Hace una mueca de escepticismo, al mismo tiempo que señala la habitación con una mirada circular.

—¿Por dónde iba a entrar?

Me siento ligeramente ridículo.

—Bueno… ¡Tiene que reconocer que me han pasado varías cosas extrañas ahora último!

Llueve torrencialmente. Ametralla la lluvia el ventanal con un repiqueteo fresco.

—¡No lo tome a mal! —me dice—. No es que me ría de usted. Pero me ha parecido muy original su visión.

La disculpa suena a falso. L., el impenetrable L., es un gran mentiroso. Ya he tenido antes la misma sensación. La primera vez, negó la existencia de la fantasmal campanada. Después, cuando se dio cuenta que yo la había oído, soltó la verdad. ¿Sucederá lo mismo con el disco? Bien pudo ser un sueño. Con toda seguridad lo fue. Desde que me encuentro en Polonia, todo se me antoja cosa de sueño, y, a veces, de pesadilla. Sólo la lluvia parece real y tangible en el nuevo ambiente.

Se retira L. Me quedo despierto por varios minutos más. Llega el sueño con mucha lentitud.

Antes de dormirme, creo oír la campanada tan nítidamente como en la clínica.

El sol penetra por la ventana, formando una franja luminosa que se extiende hasta los pies de mi cama. En el jardín, los árboles y las flores, todavía húmedos, se balancean suaves.

Salto de la cama y llego hasta el vidrio. Mis rodillas están débiles; mi paso es trémulo. Pero hay sol, y el paisaje es hermoso. Paseo la vista por valles con arroyuelos que aparecen y se ocultan con destellos metálicos, entre bosques y colinas. Al fondo se eleva una montaña, a cuyos pies se recuesta un lago azul, con frondosas

selvas en sus riberas. A ambos lados se yerguen cerros, con sus laderas tapadas de vegetación brumosa.

La caballeriza se encuentra a unos cincuenta metros de la casa.

—Se ve poco poblado el lugar —observo, mientras L. ensilla los caballos.

—Sí: estamos lejos de los centros habitados. —Imagino que sonrió, al continuar —: Algunas prerrogativas tenemos los vigías. Por lo menos, un refugio en una parte tranquila y bonita.

Partimos a buen tranco, bajando por un sendero de tierra. A derecha e izquierda, arbustos y árboles mayores. La colina, en cuya cumbre se halla la casa de L., se eleva desde una pendiente casi vertical.

Mi caballo, un alazán de raza, marcha con agilidad. El negro de L., algo arisco, avanza cabeceando constantemente. Arribamos a la ribera de un arroyo, en el fondo del valle, que remata en el lago. Mariposas y pájaros revolotean, con gran despliegue de colores. El estero susurra reluciente detrás del follaje.

La lluvia de la noche anterior ha endurecido la tierra, evitando así la nube de polvo común a toda cabalgata. L., impertérrito, marcha a mi lado. El paisaje es hermoso. Los árboles, los insectos y las aves son reales. Y a pesar de estas pruebas, de tangible evidencia, hay algo fantástico en todo cuanto me rodea. La luz solar, el canto del agua que cabrillea entre la floresta, las hojas vibrantes por la brisa y el piar de los pájaros han contribuido a tranquilizar mis nervios, resentidos por la intoxicación, el ambiente de la clínica y las pesadillas que precedieron a mi despertar. Pero alguien acecha en cada detalle.

IV

Regresamos al mediodía, luego de una excursión que incluyó un paseo en canoa por el lago. L. se ha encerrado en un gran mutismo: su conversación se limita a simples interjecciones. No parece de mal humor. Aunque difícil sería determinar los cambios de humor del polaco. Su disciplina sicológica le permite controlar a la perfección sus emociones.

Los caballos dormitan, uno al lado del otro, gachas las cabezas. Palmoteo el cuello de mi alazán, pero el animal no se da por aludido. Sin embargo, permanece con los ojos abiertos.

—¿Qué les pasa a los animales? —pregunto—. Parecen atontados.

L., con agilidad, trepa a la montura.

—Tendrán sueño. Vamos: ya es hora de almorzar. ¡Va a conocer usted la cocina automática!

Partimos al trote.

—Tan interesante y práctica como la máquina que enseña idiomas. Obedece instrucciones verbales. Basta con solicitar el menú deseado, para que comience a trabajar.

—¿Cómo es eso?

—Por medio de un micrófono, usted pide el guiso o los guisos que desea. Pasados algunos minutos aparecen los platos servidos y aderezados. El ciclo se completa con el lavado de la loza y la cuchillería.

—Pero eso tiene que resultar muy caro.

—Detrás de la cortina de hierro, los términos «caro» y «barato» se encuentran en completa extinción. Se les ha reemplazado por los conceptos «útil» e «inútil». Además estas máquinas han sustituido a la servidumbre doméstica.

—¿Y la limpieza? ¿Hay autómatas que aspiran el polvo, barren y sacan brillo al piso?

—No es necesario. Las casas han sido construidas con materiales que se mantienen limpios a sí mismos. Y ello gracias a los plásticos con que están hechas.

De súbito se me ocurre que L. se ha puesto demasiado comunicativo. Siento una pequeña inquietud. El polaco siempre habla y hace las cosas movido por alguna razón. Toda la mañana ha estado cerrado como ostra, por lo menos desde que empezamos el paseo.

—¿Qué ha obtenido nuestra industria? Algo increíble: un plástico que respira.

¿Cómo empezó? Por la cocina automática. No: fue porque se aproximaba la hora de almuerzo.

—Periódicamente millones de poros microscópicos se abren en las paredes, el techo y el piso, y aspiran profundamente.

El polvo penetra a través del tejido plástico y es conducido por un sistema de tubos —que podría compararse al tejido vascular del organismo humano— al crematorio central. Junto a los orificios de succión existen orificios de exudación, por los cuales sale un detergente que, luego de limpiar un sector, es reabsorbido y llevado otra vez a su lugar de origen para su purificación. Aspiradoras laterales situadas a ras de tierra dan cuenta de los desperdicios de mayor tamaño. Como todo esto funciona constantemente, las casas se ven limpias y lustrosas.

Llegamos a las caballerizas. Mi alazán parece muy cansado. Absorto con la fantástica disertación de L., apenas había reparado en el agotamiento de la bestia. Entonces, bruscamente, un punto se aclara: minutos antes, a orillas del lago, yo reparé en que a las cabalgaduras les ocurría algo. Y ahí fue donde L. me endilgó su conferencia.

—L… —La remota campanada, como si surgiera del aire que nos envuelve, interrumpe mi pregunta. El sobrenatural sonido queda vibrando en el espacio y se desvanece lento.

El mismo paisaje se ensombrece con el ruido. En la clínica, silenciosa, aquel sonido parecía de acuerdo con el tono del lugar. Pero aquí… Es como si una inteligencia quisiera destruir el encantamiento del panorama. Permanezco escuchando sus últimos sones, mientras L. desensilla los animales, sin darse por aludido del fenómeno. Reparo, asimismo, en otro detalle: los caballos tampoco han reaccionado.

L. se dirige a mi encuentro.

—Suena raro el reloj aquí, ¿no es cierto? Estamos muy lejos del lugar donde se encuentra. Pero un sistema de retransmisores permite que su alcance se extienda a gran distancia. Su radio de acción es susceptible de prolongarse aún más.

—¿Con qué objeto?

—Para que todos los habitantes del país conozcan la hora exacta, controlada por los observatorios, cualquiera sea el lugar en donde estén. —Dicho lo cual añade con naturalidad—:

¡Vamos a disponer el almuerzo! ¿Qué le gustaría comer?

Subíamos la escalera de la terraza.

—L., ¿por qué los caballos no se espantaron con la campanada?

—Su pregunta revela poco espíritu de observación. ¡Los caballos son polacos y hace muchos años que están oyendo la campanada! Hasta los animales se acostumbran a todo, por insólito que parezca.

¿Cómo no se me ocurrió? ¡Son tantos los detalles desconcertantes de Polonia! Cuando uno atraviesa por un período de confusión mental, hasta la perogrullada más grande se nos antoja cosa de magia. Cada día que transcurre se acentúa en mi ánimo la interrogante: ¿qué me espera…?

El clima y el paisaje contribuyeron a mejorar mi estado de ánimo. No así L., cuyo carácter me tiene más y más intrigado. O me he convertido en un idiota o el polaco es demasiado inteligente para mí.

En la tarde nos instalamos en la terraza a contemplar la puesta de sol. Se tiñó de rojo el cielo. No desaparecían los últimos resplandores del día, cuando las estrellas empezaron a brillar.

Millones de lejanos soles: no son los mismos que me alumbraron en Chile. Señaló L. las principales constelaciones del hemisferio boreal: la Osa Mayor y la Osa Menor, esta última con su estrella polar.

—¿Habrá otros planetas habitados? —pregunto, ensimismado en la contemplación de los astros.

—Es lo más probable. Deben existir millones.

—¿Y cree que los hombres podrán salir algún día de la Tierra?

—¿Por qué no? Es cuestión de entrenamiento.

Porque son muchos los vínculos que ligan al hombre con su planeta, prosigue L. Nuestra psiquis está determinada en gran parte por factores telúricos. El hombre ha sido acondicionado por la naturaleza para habitar un planeta de cierta masa, velocidad orbital, magnetismo, etc. Sin un adiestramiento previo un viaje interplanetario podría provocar en el ser humano un trauma similar al del nacimiento. Porque el hombre es débil en extremo: para vivir en distintos lugares de su planeta, necesita, muchas veces, de una aclimatación.

—Pero primero, el hombre debe conocer su planeta.

Los conocimientos humanos sobre la Tierra se reducen, en forma superficial, a las partes visibles de los continentes. Respecto al fondo de los océanos, se sabe muy poco. Y mucho menos en cuanto a lo que hay bajo la superficie terrestre. Valiéndose de grutas y cavernas naturales, el hombre ha descendido hasta una profundidad de un kilómetro, aproximadamente, porque carece de los elementos mecánicos apropiados para estudiar la subtierra. En una esfera de 12,74 metros de diámetro, donde un kilómetro equivaliese a un metro, significaría que el hombre ha bajado un milímetro bajo la superficie de dicha esfera. Esto es, necesitaría perforar un agujero de doce mil setecientas cuarenta veces, esa longitud para atravesar el globo terráqueo de parte a parte.

¿Por qué se sabe tanto de las estrellas y de los planetas? Porque los ha tenido a la vista desde que el primer hombre miró el cielo hace algunos cientos de miles de años. En la práctica, la técnica de la astronomía ha nacido por sí misma: se trataba únicamente de prolongar el alcance de los ojos. Pero la corteza terrestre es impenetrable para los sentidos. Miles de kilómetros de tierra y granito esconden los secretos del planeta. Tal vez en la actualidad las fuerzas plutónicas preparan un cambio de maquillaje en su cara, como sería el hundimiento de los continentes y la

aparición de otros. Y el hombre ni lo sospecha.

—No es mi intención demostrarle la ignorancia del hombre, X. Quiero que usted comprenda las razones y trascendencia de ciertos estudios efectuados en Polonia.

Es indispensable averiguar, insiste L., cuáles son los verdaderos nexos que unen al hombre con su planeta. En último término, tales vínculos son los que le permiten existir. Esas raíces, invisibles pero presentes, lo conectan al corazón de la Tierra: quizá de allí fluye la energía que le hace moverse, ambicionar y sufrir. Desconociéndolos, los viajes interplanetarios prolongados podrían acarrear la aparición de nuevos tipos de muerte.

Repentinamente L. calla. ¿Estarán sus palabras relacionadas de alguna manera con mi destino?

Espero con cierta angustia el porvenir. Todo cuanto me sucede es increíble, por no decir absurdo.

Para comenzar: mi actual personalidad. Escasos son mis conocimientos de sicología, y difícil me sería por lo tanto, encontrar una razonable explicación a las anormalidades que me noto. Es como si el narcótico, o cualquier otro agente desconocido, hubiese desconectado dentro de mí los medios que me dan acceso a la realidad. No es la sensación de estar viviendo acontecimientos sobrenaturales, aunque algo de eso tiene. Es, más bien, la convicción de experimentar emociones nuevas. Y no por el hecho de haber sido trasplantado sorpresivamente a otra nación. Por exótico que sea un nuevo ambiente, desde el momento que pertenece al mundo material, cuanto nos rodea es percibido por los mismos elementos de percepción que utilizábamos en el nuestro.

Desperté, a la mañana siguiente, en un lugar distinto. El mar se encuentra próximo: oigo el ruido de la resaca. La luz del amanecer invade el dormitorio por una ancha ventana. Los materiales de construcción son los mismos plásticos que viera tanto en el refugio como en la clínica.

Desde mi cama se divisan grandes dunas de arena roja, y, más allá, el océano. Todo ello iluminado por una claridad que tal vez sea de origen lunar, aunque más poderosa e intermitente. La visión me mueve a saltar del lecho y pegar la nariz al vidrio. La intensidad de la luz, luego de cada período de descenso, aumenta en el próximo. Es una especie de oleaje cuya mínima luminosidad es comparable a un crepúsculo avanzado y la máxima al de un amanecer vecino a la salida del sol.

La luz se impone rápida. Transcurren varios minutos durante los cuales las dunas y el mar cambian de coloración debido al parpadeo. A veces las primeras adquieren una tonalidad roja subida, y el agua un tinte azul oscuro, para luego degradar a un rojo ladrillo y a un verdemar reluciente. Los períodos se acortan: adquieren una frecuencia cada vez más veloz. Por último, una luz brillante se esparce de manera

uniforme por el cielo. Sin embargo, tiene algo de especial.

Intrigado, parto en busca de una puerta para salir. Al aproximarme al muro de la derecha, un paño de aquél se recoge, quedando de este modo un amplio vano. Por otra puerta salgo a una terraza opuesta al mar.

Ante mis ojos se extienden redondeadas colinas y bosques que comienzan a menos de doscientos metros, dejando de por medio una franja de césped. De nuevo, me choca la originalidad del territorio. Semeja un escenario artificial, y no el producto de las fuerzas naturales. Como si un jardinero ciclópeo hubiese trabajado durante siglos en hermosear la inmensa comarca. Y es su inmensidad la que me saca del embobamiento. ¡Toda ella ofrece ese aspecto ficticio! Cientos y cientos de kilómetros, hasta lontananza, en donde las nubes se unen en una faja vaporosa que interrumpe el panorama.

La luz, al difundirse a través de la capa de nubes, quita relieve al panorama. Los cuerpos no proyectan sombras, a pesar que la claridad es tan intensa como la luz neónica. Bajo de la terraza, avanzo por el pastizal y, rodeando la construcción por la izquierda, me dirijo a la playa. Segundos después mis pasos se graban en la arena roja. A mis espaldas queda el edificio. Es de un solo piso y demasiado grande para ser una residencia particular. Pronto comienzo a trepar por los faldeos de una duna gigante. La arena, compacta, me permite caminar sin hundirme. Sopla una brisa vivificante, que aspiro a bocanadas. Llego a la cumbre del montículo, desde donde el panorama se amplía aún más.

Al frente, a cien metros, el mar; las olas van a morir en una playa de líneas regulares. A derecha e izquierda de aquélla la costa se eleva varios metros sobre el nivel del agua, revelando la existencia de un acantilado. Vuelven a presentarse los inusitados detalles de la región. Dos son los que se destacan: el primero, que el horizonte se encuentra muy arriba en los cuatro puntos cardinales.

Detrás de la casa, a mis espaldas, la sucesión de lomas boscosas ascienden en una suave pendiente hasta unirse con el cielo, sin que dicho efecto lo produzca la existencia de lejanas cordilleras. A diestra y siniestra la costa, salpicada de dunas y de rocas, también se curva hacía arriba en las proximidades de lontananza. A su vez, el océano desaparece a corta distancia; a pesar de ello muestra una superficie ligeramente cóncava.

Me pongo nervioso. El segundo detalle es el aspecto del cielo: las nubes parecen estar más próximas a la tierra directamente sobre mi cabeza. ¿Será un efecto provocado por la luz difusa, o un fenómeno meteorológico desconocido?

Un ruido de pasos a mis espaldas me distrae. Es L. que llega impasible. Lanzo un suspiro de alivio.

—Madrugó usted —me dice, tranquilo.

—L… —No disimulo mi nerviosidad—. ¿Ve usted el cielo combado, y el

horizonte tan alto como lo veo yo? ¿A qué se debe?

—Haga trabajar su imaginación. ¿Qué efecto inmediato le produce la altura del horizonte?

—El de hallarme en un bajo.

—¿Nada más?

Lanzo otra mirada en derredor. La luz ha aumentado, y junto con ello suben los bordes de la concavidad, hasta integrar una sola línea con las nubes. En el horizonte terrestre los detalles se reducen a proporciones microscópicas, como si se hallaran en la parte más alta de una ladera que, comenzando en nuestras vecindades, asciende en forma regular, como las paredes interiores de un hemisferio.

—Si usted llegase a un planeta como Júpiter o Saturno, por ejemplo, observaría un fenómeno similar. La extensión de esos astros le haría ver muy arriba el horizonte. Pero no estamos en Júpiter ni en Saturno. ¡Nos encontramos en la Tierra! —Fulguran sus ojos al proseguir—: ¿Qué otra explicación se le ocurre?

—¿Hasta cuándo va a seguir con sus misterios? —Me invade una oleada de rabia —. Usted sabe, mejor que nadie, que no estoy aquí por mi propia voluntad. ¡Me revientan los enigmas! ¿Entiende?

—¡Cálmese, X.! Le aseguro que no he tratado de hacerme el misterioso. Pero para que usted pueda desempeñar su nuevo papel, es indispensable ponerlo al tanto de ciertos secretos que pocos conocen. A eso se debe que haya tenido que ir dosificando lo que usted necesita aprender. No sólo tendrá que desarrollar sus actividades en un país nuevo, sino que dichas actividades nada en común tienen con su vida anterior.

¿Vida anterior? ¿Qué quiere decirme L.? ¿Estoy entonces en el otro mundo? Tembloroso, pregunto:

—L… Dígame la verdad. ¿Estamos en el mundo de los vivos…?

L. me observa sin contestar. Y al mirar el paisaje se me presenta, bruscamente, en toda su anormalidad. Esa arena rojiza; aquellas dunas mórbidas; las colinas de aspecto artificial, y aquel mar que parece doblarse hacia arriba… ¿Pertenecen al mundo de la realidad? Afirmo los pies en la arena: sin duda, es material. La brisa también. Y el ruido del oleaje, a pesar de cierta lejana resonancia, se asemeja al de otros oleajes. Me agacho y tomo un puñado de arena. ¡Es arena también! Posee su misma consistencia, aunque su grano es casi impalpable. Sólo el color es diferente. La dejo escurrir entre mis dedos.

L. se aleja unos pasos y se sienta en el borde de la duna. Sus piernas resbalan por la roja pendiente. Luego, lentamente, se da vuelta.

—Nos encontramos a cientos de kilómetros bajo la superficie terrestre. A eso se deben las rarezas que usted ha observado…

V

Me quedo mirando a L., los ojos muy abiertos. Con un pequeño vértigo, me dejo caer a su lado.

—¿Un mundo subterráneo? ¿Cómo llegamos aquí?

—Como de costumbre, lo trasladamos mientras dormía. Instrucciones superiores. No lo hemos traído con métodos brujos, sino por un sistema que conocerá más adelante.

—¡Un mundo subterráneo! —repito, aplastado por la noticia—. ¡Es lo más extraordinario que he oído! En una novela de aventuras leí una vez la historia de un viaje al centro de la Tierra. ¡Una novela de Julio Verne! ¿La leyó usted?

Me pongo de pie. De golpe despierto en el mundo fabuloso, transfigurado el rostro, como un niño que oye hablar de países legendarios. ¡Cientos de kilómetros bajo tierra! Y hay luz: una luz fantasmagórica, pero que alumbra a la perfección.

—Sí. Pero no recuerdo qué decía —L. se refiere a la novela.

—Una caverna, grande como un país, con un mar, iluminado por un fenómeno eléctrico o algo así.

—¡Ah! Esto no es una caverna, propiamente. Algo tiene de eso, pero con ese concepto no podría explicarse qué es.

Apenas escucho las palabras de L.

—¿Esto se encuentra debajo de Polonia?

—En parte, sí. Se extiende bajo varios países. Es muy grande.

—¿Y la luz? ¿De dónde proviene?

—La atmósfera es luminosa, igual que la del mundo de Verne. Equivale a la luz del sol en cuanto a sus propiedades, pero es más suave.

—¿Y dónde quedan las paredes de esta gruta?

—No es una gruta, simplemente. Imagine la superficie interior de un casquete esférico, siendo la esfera a la cual pertenece dicho casquete, la Tierra. ¿Comprende? O sea, el suelo que pisamos corresponde a la cara interna del globo terrestre.

—¡Espérese! No entiendo bien. ¿Me quiere decir que estamos cabeza abajo con respecto a los de la superficie?

—¡Exacto! No se nota, ¿verdad? No tiene nada de extraño, porque el concepto «arriba» o «abajo» deriva de donde proviene la atracción gravitacional. Como la gravedad depende de la masa, aquélla actúa atrayendo los cuerpos tanto hacia la cara externa como interna del globo terrestre.

—¡Pero para eso la Tierra tendría que ser una esfera hueca!

—No se trata del hecho que «tendría que ser». Es hueca —puntualiza L. con voz suave, la mirada perdida en el mar—. Días atrás le dije que habíamos hecho grandes descubrimientos relacionados con el interior de nuestro planeta. Éste es uno:

descubrimos que la Tierra es una esfera hueca, con una corteza relativamente delgada en comparación con su radio.

Se acentúa el vértigo. Mi cabeza es un remolino de ideas fantásticas.

—¿Quiere decir que si el cielo no estuviese nublado veríamos sobre nuestras cabezas mares y continentes?

—Algo así sucede, pero no porque esta esfera se encuentre vacía. A una distancia de mil kilómetros —L. señala el cielo—, hay otro planeta que gravita en el interior del primero. Es una especie de caverna: su piso lo forma la superficie interna de la Tierra, y su techo, el planeta interior, que es lo bastante grande como para llenar el hueco.

—¿Y cómo se sostiene la corteza para no caer sobre el otro mundo? Mil kilómetros de distancia es inferior a la altura a que gira el Sputnik.

Se pone de pie y se sacude la arena. Ensimismado, le imito. Parte hacia el edificio, descendiendo por la pendiente arenosa. Huellas alargadas se forman en el polvo rojo, que se desgrana en un fino alud hacia el interior de la pisada.

—La distancia es pequeña, al considerar el diámetro de la Tierra: doce mil setecientos cuarenta kilómetros. Como la corteza terrestre tiene un espesor regular, y es atraída con una fuerza uniforme hacia el núcleo central, el planeta interior flota libremente dentro de aquélla, manteniéndose siempre a la misma distancia de mil kilómetros.

Vamos llegando a la construcción. A través de un ventanal entreveo paredes de colores brillantes y rostros. ¡Sí: rostros de personas! Aquel descubrimiento me distrae de las revelaciones de L. Hace tiempo que sólo veo la cara de L. y, en dos ocasiones, la de D.

—L. —le interrumpo—. ¿Hay más gente aquí?

Sí. Estamos en un lugar de veraneo. Aquí hay un casino donde desayunaremos. —Y me advierte—: No debe hablar con la gente de aquí. Todos son muy sagaces, incluso las mujeres…

Hay tres parejas instaladas en otras tantas mesas, y una cuarta ocupada por dos mujeres. Jóvenes y hermosas.

Avanza L. sin saludar a nadie. Los otros, a su vez, nos dedican distraídas miradas, a excepción de las mujeres, que nos escrutan por breves instantes. Nos instalamos en una mesa vecina al ventanal.

Advierto que las muchachas, después de habernos sentado, prosiguen su conversación.

Un carrito se aproxima silencioso a nuestra mesa. Sobre él hay tazas y platillos. Al llegar junto a nosotros se detiene. Con rapidez, al ver mi cara de sorpresa, L. me explica que es un mozo automático.

Echo una nueva ojeada a las jóvenes. Colijo que son altas. Una de ellas mira con el rabillo del ojo. Sonríe.

—¿Estarán solas? —pregunto, indicando a las dos.

—Ya tendrá oportunidad de trabar amistad con ellas.

Desaliento.

—¿Solteras?

—Todas son solteras. Nuestro régimen prohíbe el matrimonio.

—¡Ah! —Y empiezo a tomar mi desayuno.

Ambas muchachas se levantan y atraviesan la sala; se dirigen a la terraza. Usan vestidos ajustados, translúcidos. Caminan con gracia.

—Nuestras mujeres —comenta el polaco— son cada vez más hermosas y femeninas; nuestros hombres, día a día más fuertes y masculinos. A mayor diferenciación, mayores son las perspectivas de engrandecer la colectividad. ¡Nuestro sistema ha suprimido los complejos de inferioridad! Usted no verá mujeres feas ni hombres enclenques. La raza polaca progresa día a día.

Las jóvenes caminan rumbo a la playa. Desaparecen tras una duna.

L. habla de su raza. Dentro del régimen, la castidad es bien mirada. Se ha descubierto que estimula determinadas percepciones psíquicas, importantísimas en la ciencia.

Otra pareja parte a la playa. L. se pone de pie y me invita a salir. No iremos hacia el mar. Echo una melancólica ojeada al arenal: su belleza se me antoja deprimente. Las nubes deben haberse disipado: una luminosidad brillante se esparce sobre el lugar. Cada detalle refulge con colores propios. La falta de relieve se compensa por la variedad de matices, todos definidos, aunque de una tonalidad crepuscular. Colinas cubiertas de césped y densos bosques, con cumbres azulinas, se extienden subiendo hacia lontananza. Allá, una franja de neblina separa la tierra del cielo. Una brisa tibia, algo enervante, sopla sobre mi cara. Proviene de los cerros, salpicados de flores, y acarrea olor a tierra húmeda y a vegetación. Levanto los ojos.

Un colosal mapamundi flota en el espacio. Una esfera que abarca todo el cielo, con sus detalles nítidos y en relieve. Retrocedo, fascinado. Simétricos canales, playas, lagos y ríos. Grandes continentes con zonas verdes y marrones. Creo notar que el cielo oscila, que de un momento a otro se precipitará sobre mí con su mole multicolor: me dejo caer en el pasto, sin poder separar los ojos del otro mundo.

—¿Y esto es obra de la naturaleza? Una esfera hueca…

La naturaleza es amiga de las formas redondas, puntualiza L. Todos los planetas son esferas casi perfectas. ¿Por qué no habrían de ser huecas? Observo el techo: no se apoya en columnas ni en murallas. Podría caerse y aplastarnos como hormigas. Pero no. Somos nosotros los que estamos cabeza abajo. Cierro los ojos, tratando de eludir el vértigo.

—¿Vive gente allí?

Por toda respuesta saca un binocular y me lo alarga.

—Mire allí donde los canales se juntan, al lado de la zona amarilla.

Siguiendo las instrucciones de L. enfoco el canal. ¡Una vasta extensión de agua, con un oleaje oceánico, se precipita sobre mí! Es tan vívida la sensación, que suelto los anteojos y me echo para atrás.

—¿Qué le pasa? Continúe. Acuérdese que será un vigía. Todo cuanto ve nada tiene de sobrenatural. La gravedad actúa sobre la cara interna de la tierra y llega hasta la mitad del espacio que nos separa del segundo planeta; después, actúa su fuerza de atracción. Es decir, si estuviéramos allá, veríamos estos territorios sobre nuestras cabezas. Mire de nuevo.

Existirán leyes que explican todo, pero la realidad es una: en el cielo hay playas, continentes de contornos simétricos y espesas selvas. Paulatinamente me dejo fascinar por la maravilla. Recorro el nuevo mundo hasta llegar a una playa. Los techos de una población se proyectan hacia mí: sus calles, sus jardines, una plaza central y hombres. ¡Sí, gente que camina cabeza abajo, como moscas en el techo! Hombres y mujeres entran y salen de las casas sin percatarse de «su» precaria posición.

Tal es la potencia del prismático que, a pesar de los mil kilómetros de distancia, las figuras están al alcance de mi mano. Sigo mirando: desfilan regiones cubiertas de nubes, que se desplazan con suavidad. Hasta ese instante, mi atención estuvo concentrada en los territorios más próximos, o sea, en la parte inferior del hemisferio. Desvío el binocular hacia la zona donde la superficie de nuestro planeta, en franca ascensión, se une al techo en una franja brumosa.

—¿Es idea mía o «eso» se mueve muy rápido?

—Así parece. Pero lo que ocurre es que ambos planetas giran en sentido opuesto en torno a un eje común. De lo contrario no notaríamos ningún movimiento.

—¿Y se puede ir hasta allá? —En mi ofuscación, me había olvidado del pueblo recién visto.

—Fácilmente, X. ¡Pronto haremos el viaje! Y usted disfrutará de una emoción única: hacer un viaje interplanetario sin salir de la Tierra.

Lo miro incrédulo.

—¿Significa que ustedes controlan ambos planetas?

Asiente.

—¡Dos mundos! Es un territorio inmenso.

Casi el doble de la Tierra. La región es fértil y rica en minerales de toda clase. Y la luz posee cualidades superiores a la del sol en muchos aspectos. La atmósfera es de una composición especial: emanaciones desconocidas la saturan. Aquí se vive en las entrañas de la Madre, como el niño que crece y se desarrolla en el vientre materno,

rodeado de óptimas condiciones. La naturaleza se ha esmerado en dotar a la subtierra de toda clase de cualidades, con las cuales suple ventajosamente las condiciones de la superficie externa.

Absorto en la contemplación del cielo, escucho sus palabras como algo lejano. Más allá de la atmósfera, hay un vacío sin meteoritos ni rayos cósmicos. Otras fuerzas actúan en él. Energías vitales, que simplifican las actividades humanas. Por mucho rato me quedo en silencio, recorriendo el techo con el prismático, atestada la mente con un millar de interrogantes. Habría podido permanecer así durante horas, la cabeza hundida en el pasto, sumergido en un éxtasis, gozando de la vertiginosa emoción de contemplar un mundo al revés.

—¿Sabe, L.? ¡Cualquiera supondría que un mundo subterráneo es en todo opuesto al otro!

Oscuro, habitado por seres sombríos, por una forma de vida distinta. ¿No encuentra extraño que, habiendo tanto espacio disponible, la naturaleza haya construido estos mundos? ¿Con qué objeto?

La naturaleza prefiere determinadas formas, simplemente. ¿Quién sabe si existen otros planetas con las mismas características? Y en cuanto a que la naturaleza se repite, es un hecho. Basta mirar los millones y millones de estrellas: son idénticas en su forma y composición. De existir otros sistemas planetarios, deberán ser iguales al nuestro, en cuanto a funcionamiento: alrededor del astro de mayor magnitud giran los de masa inferior, La naturaleza se repite, pero siempre con una pequeña variación.

—Claro que no es tan natural que digamos —continúo—. Es muy simétrico, como hecho a mano.

Por ejemplo, esos mares en forma de canales. ¿Marte es el planeta de los canales?

—Sí, Marte. Pero ésas son teorías: pueden ser una ilusión óptica, como muchos creen. En cambio, esos canales existen. Y como usted dice, son tan simétricos que no parecen obra de la naturaleza.

VI

Penetramos en un bosque por un sendero de césped. Una luminosidad azul se filtra en la floresta, acentuando su aspecto de irrealidad. L. me informa que, exceptuando una fauna propia, bastante particular y una variada vegetación, no se han encontrado nativos. Quizá hace siglos los hubo.

—Cuando este secreto sea conocido, cada nación va a reclamar la porción territorial que queda debajo de ella. Y con todo derecho. En teoría, tengo entendido que cada país es dueño de su suelo hasta el centro de la Tierra.

—Sólo en teoría —puntualiza L.—. En la práctica los lugares de acceso, los que hasta la fecha se conocen, se hallan en Polonia.

Caminábamos sin apuro.

—Existe un mapa completo del nuevo mundo, y se sabe con exactitud cuáles son las regiones que quedan bajo los países superficiales. Con máquinas apropiadas sería posible minar anticipadamente los países enemigos, y en caso de guerra, apretar un botón. ¡Terremotos artificiales! ¿Imagina el poder que tendremos?

Llegamos a un claro del bosque, en cuyo centro hay una esfera de color nacarado.

—Nuestro navío interplanetario. —Avanza hasta el aparato—. Un sistema ingenioso y económico de viajar. Sin combustible: sólo se aprovecha el magnetismo. Es silencioso y suave.

Señala el cielo. El mapamundi se ha desplazado un tanto. Los lugares que observara con el binocular ya no flotan sobre mi cabeza, sino más hacia la izquierda. Haremos un viaje vertical. Aquí se cumple el axioma que dice que la línea más corta que hay entre dos puntos es la recta. En la superficie exterior, al trasladarse de una ciudad a otra, se describe una curva, ya que se recorre un sector de la circunferencia terráquea.

Coloca una mano en la zona ecuatorial de la bola. Se eleva ésta y se detiene a la altura de un hombre. De su parte inferior se desprende una plataforma circular que se posa en el pasto con suavidad. Semeja una enorme rueda de ferrocarril, con tres altas pestañas concéntricas que no son sino otros tantos escalones. Ascendemos como en un ascensor. El magnetismo de la esfera, al actuar sobre la escalinata, hace subir la plataforma hasta que encaja en su alvéolo.

Encima y en nuestro alrededor se extiende el paisaje exterior. Sobre el piso plástico hay asientos dispuestos a la redonda. Vista por dentro, la cúpula es transparente; por fuera ofrece un compacto color nácar. Me dejo caer en uno de los sillones. Árboles inquietos por la brisa. En el cielo el otro planeta. Como hallarse al aire libre.

L., también sentado, silabea algunas palabras en un micrófono. De inmediato mis pies se hunden en el piso. Alcanzo a divisar, en una visión fugaz, cómo el bosque y

las colinas son tragados por la tierra. Pasado el golpe de inercia, me acerco al borde de la tarima y miro a tierra. Mi piel se humedece con una fría transpiración. Los árboles, las dunas y el mar se hunden con progresiva celeridad. Alargo una mano. Mis dedos se apoyan en la diáfana pared.

El funcionamiento de la bola es simple: el magnetismo del planeta central la atrae con una velocidad uniformemente acelerada. Cuando la esfera llega a la zona donde la energía de ambos mundos se equilibra, se invierte para que el magnetismo de la corteza la frene hasta hacerla aterrizar con velocidad cero: el casquete inferior del vehículo es neutro. Basta con dar la clave de partida. Lo demás ocurre solo.

Cobramos altura. Arriba: la mole continental se aproxima girando con lentitud, porque las fuerzas opuestas que actúan sobre la esfera le confieren un movimiento de tirabuzón.

Me aventuro a pasear por el centro de la cubierta.

—Por desgracia este sistema de locomoción sólo es posible aquí, donde el magnetismo, activado por dos masas planetarias tan próximas, es muy intenso.

La esfera —que ellos llaman «magnetón»— puede trasladarse en cualquier sentido. En el vacío, previa elección de una órbita apropiada, es capaz de girar indefinidamente en torno a los planetas.

Los flancos del mundo inferior suben hasta desaparecer.

—¡L.! —gritó de súbito—. ¿Qué es eso?

En lontananza, donde la ladera de la concavidad desaparece, asoma una franja oscura. Describe un arco invertido que abarca más de la mitad del horizonte.

Mientras observo, ofuscado, el fenómeno, las precisas palabras de L. lo describen: es un aro dentro del cual flota el planeta central. Gira alrededor de un eje imaginario, perpendicular al de los planetas. De espesor y anchura uniformes, lo sostiene la gravedad. Son tres iguales. Dos se hallan regidos por la gravedad de la corteza y uno por el planeta interior. Su regularidad de separación se aprecia en los Cruces: así como en un mapamundi los meridianos se cortan en los polos, lo mismo ocurre con los anillos. En cuanto a su origen, son naturales. Su longitud equivale a la circunferencia de los planetas, siendo su extensión de millones de kilómetros cuadrados. Y sin ser ése su objetivo específico —al respecto sólo queda hacer conjeturas— sirven de puntos de referencia aquí, donde no hay estrellas ni sol, pues su posición es invariable con el correr de los años.

En los anillos regidos por la gravedad de la corteza uno apoyaría los pies en su parte cóncava. Lo vería como una carretera más ancha que el territorio chileno subiendo al cielo por ambos extremos.

En el del planeta interior sucedería lo contrario: la carretera presentaría un aspecto normal. Si yo me hallase en el segundo anillo de la corteza y L. en el del

planeta interior y nos mirásemos con prismáticos, nos veríamos mutuamente cabeza abajo.

A mitad de camino. Arriba se aproxima el otro mundo. Más acá del horizonte el aro máximo se hincha. Imagino el aspecto de la Tierra, con tres anillos casi pegados a su faz, como esos avisos de artículos eléctricos donde aparece una esfera —el núcleo del átomo— rodeado de aros metálicos que simulan órbitas. Así se vería la Tierra desde la Luna.

Cierro los ojos. Las imágenes giran vertiginosas. En el fondo del remolino el impertérrito rostro del polaco sonríe sardónico. Me afirmo en la cúpula. El mundo gira.

—¡Empezamos a caer! —exclama—. ¿Notó que el mundo daba vueltas? Hemos atravesado la zona neutra, y la esfera se ha invertido. ¿Sintió una sensación de falta de peso por algunos segundos?

El cielo: cóncavo. Los detalles del mapa han cambiado. Ya no son canales que se cortan en variados ángulos, sino continentes de graciosas formas. Hojas de trébol. Figuras redondeadas.

Pétalos. En el cielo, muy alto, un arco negro en posición correcta. ¿Y todo es obra de la naturaleza?

—¡Hemos llegado! —La voz de mi compañero me vuelve a la realidad.

Descendemos en la plataforma. Suben las paredes del hueco y la rueda se posa sobre el pasto. El magnetón flota encima de nuestras cabezas.

Es una pradera rodeada de selvas. Más allá se divisan las cumbres de las colinas. Hacia el norte los cerros adquieren cada vez mayor elevación. Al fondo una cordillera, cuya cima desaparece en el vacío.

—¿Qué altura tiene ese monte?

—El Vigía. Su altura es la de cinco Everest. ¡No se extrañe! Hay montes aún más altos. Estamos en un mundo subterráneo, en el cual, de existir un paredón que sostuviese el techo como usted creía, mediría mil kilómetros de alto.

Partimos hacia un bosque de colosales árboles. Al mirar sus copas se me hiela la sangre. Algo que semeja un hombre surge por detrás del follaje y desciende como un proyectil, perdiéndose luego tras las colinas de la izquierda. A la distancia reaparece y sube.

—Esquí aéreo —explica L. con naturalidad, al ver mi rostro—. El magnetismo aquí es muy intenso. Colocándose unos aparatos apropiados es posible esquiar en el aire. O sea, volar.

Otros dos esquiadores inician un descenso vertiginoso. Uno viene hacia nosotros. Se oye el rumor del aire hendido por su cuerpo. Me echo para atrás. Tropiezo, y caigo de espaldas. Con el silbido de una saeta cruza a menos de veinte metros de altura.

Temo que vaya a estrellarse contra los árboles. Pero ha empezado a cobrar altura. Sube verticalmente y pasa rozando las últimas ramas.

Una de éstas queda moviéndose.

Tras el bosque comienza un nuevo paisaje: una explanada con peñascos de color oscuro, cuya tétrica apariencia posee cierta vitalidad.

—Aquí el magnetismo está muy concentrado. —L. indica la pradera—. A cinco mil metros de altura pasa una corriente magnética, ancha como el Amazonas, que atraviesa mares y continentes.

La atmósfera enervante, cargada de electricidad, me produce un cosquilleo en la piel. Nos dirigimos a una serie de cúpulas plásticas, de vivos colores. Allí hay esquís y trajes de un material semitranslúcido. Además, una veintena de escafandras. Podemos conversar sin dificultades, pues éstas llevan diminutos radiotransmisores. Los equipos son tan livianos que permiten una gran soltura de movimientos.

—El mirador del casco le permitirá ver las corrientes magnéticas. Haga exactamente lo que yo hago. El tronco y los brazos puede moverlos a su antojo. No así las piernas. —Coloca en sus muñecas pulseras con cuadrantes.

Sale. Alcanzo a ver como flota a ras de tierra antes de desaparecer de mi vista.

Dominando el pavor, cruzo el umbral. Mediante una torsión del pecho y un balanceo de brazos consigo mantener el equilibrio al completar el paso de salida. No me apoyo en el suelo. Me deslizo sobre una película azulina, tenue como el aire. Unos cinco metros adelante se halla L.

—Para detenerse basta hundir la punta de los esquís.

Realizo la maniobra al llegar junto a él, a un metro de tierra. Bajo la corriente el terreno es pedregoso. Me detengo en seco. El éxito me hace lanzar una risita.

—Mire: allí está la gran carretera magnética.

Siguiendo su indicación, diviso una ancha cinta que cruza el cielo de lado a lado.

—Allí se pueden alcanzar velocidades de mil kilómetros por hora. Circunvala el planeta con una anchura constante.

Las grandes vías forman una red que atraviesa ambos planetas en todas direcciones. Se encuentran dentro de la capa atmosférica. Transitables en ambos sentidos, su utilidad como medio de transporte rápido y económico es evidente. Verdaderos caminos rodantes. Estamos en un mundo privilegiado para el transporte. Seguramente que de haber existido habitantes aquí, habrían descubierto la manera de servirse del magnetismo. La rueda jamás habría sido inventada. Sólo el deslizador.

Flotamos a bastante altura. Los senderos se extienden hacia todas partes. Suben, bajan, forman verdaderas montañas rusas, se entrecruzan: verdaderas colinas que cubren el desierto. El vuelo se efectúa en silencio.

Cada vez más altos. Paulatinamente mis movimientos adquieren seguridad.

—Ahora aterrizaremos.

Miro a tierra. Volamos sobre uno de los canales, cerca de su simétrica costa. Comenzamos a bajar por uno de los innumerables senderos. El litoral, cortado vertical con una rara perfección.

El borde del paredón. Con su color gris oscuro se extiende interminable hacia sus dos extremos.

Apariencia de pulimento que sólo su opacidad disminuye. Su altura es la de un rascacielos mediano.

Hasta donde es posible ver, su elevación es constante. En el interior del continente se destacan pétreas colinas saturadas de energía.

Nuestro caminillo dobla hacia la costa. Luego sube abrupto y cruza a pocos centímetros del filudo borde del acantilado: su verticalidad es rigurosa. No presenta hendiduras ni salientes.

De súbito, en una explanada rodeada de rocas aparece una serie de cúpulas amarillentas de singular diseño. Son veinte en total; forman una hilera a la orilla misma del paredón.

L. salta a tierra, luego de frenar en seco. Al efectuar la misma maniobra, ésta me resulta desprovista de gracia y agilidad. Caigo a tierra en un torpe tirabuzón. Golpeo mi hombro contra la planicie de granito.

L. acude en mi ayuda y me levanta. Medio aturdido, esbozando una sonrisa estúpida, hago esfuerzos por tenerme en pie.

— ¡Vaya manera de aterrizar!

—¿Dónde estamos?

—En una villa costera. Sáquese los esquíes. Alojaremos aquí.

Nos aproximamos a los domos, cuya elevación sobrepasa la de un edificio de diez pisos. Son casi esféricos, de un color blanco amarillento. Me recuerdan algo.

El paisaje es melancólico. A derecha e izquierda, peñascos; atrás, el pedregal con arbustos esqueléticos y agudas espinas; el frente, los domos. El oleaje retumba bronco, arrancando lejanos ecos. La luz empieza a decrecer.

—¿También hay noche aquí? ¿Cómo se explica eso cuando la luz es una propiedad de la atmósfera?

Es una característica de la atmósfera; pero su origen es electromagnético, y la acción del Sol influye. Se supone que su mecanismo es similar al de las mareas. Cuando los planetas interiores, al girar sobre su eje, presentan su cara al Sol —en sentido figurado—, el aire se torna luminoso. El fenómeno disminuye y desaparece al ponerse el Sol. De ahí resulta que los períodos de noche y día coinciden con los de afuera. Por mucho que nos encontremos a más de mil kilómetros bajo tierra, continuamos subordinados al Sol.

—Por otra parte, hoy en la mañana usted presenció un amanecer.

La primera cúpula. Su estructura: un material poroso y duro. No es el plástico de las casas. El tiempo ha corroído la sustancia dándole un aspecto de antigüedad. La luz comienza a parpadear.

Ondas luminosas recorren el cielo, haciéndose cada vez menos intensas. Por último asoman en lontananza como una silenciosa tempestad. A medida que su potencia disminuye el colorido se torna rosa, rojo sangriento luego, y arroja, por fin, destellos violáceos que envuelven el paisaje con una fosforescencia espectral. Desaparece el centelleo: una luminosidad verde se esparce en el ambiente.

Nos hallamos en la orilla del acantilado, de espaldas a los domos. Me doy vuelta. Me quedo helado. La rapidez con que la imagen llega a mi cerebro y lo inverosímil de la misma me ofuscan.

Doy un paso atrás: si no es por la agilidad de L. me habría precipitado al mar. Una formación de enormes calaveras.

A la luz del crepúsculo su aspecto es siniestro. Su constructor les ha dado una apariencia tan real que parecen legítimos cráneos agrandados por un misterioso proceso. Una muralla semicircular de dientes, cada uno tan alto como un hombre, encajados en sus alvéolos, coincide con los dientes de la mandíbula inferior.

—Su futuro oficio requiere de un sistema nervioso a toda prueba. Estamos en el Villorrio de la Calavera.

La voz mesurada se destaca apenas del estruendo del oleaje. Parece insinuar: «Y si no resiste, ¡qué le vamos a hacer!»

—Siempre han estado aquí.

Penetramos por debajo del extremo de la mandíbula. Por fatídico que sea su aspecto, el arquitecto fue un artista de primer orden. No ha descuidado detalle. La luz del atardecer penetra por tres agujeros que integran un triángulo. Se filtra por varios resquicios. Adosado a una pared, un entarimado rústico, accesible mediante una escalinata de piedra. Hay allí varias camas. L. enciende una lamparilla. Se distinguen instalaciones de cocina y una construcción cúbica que hace las veces de baño. Todo oscuro y de antigua apariencia. El techo en forma de cúpula. Las aberturas, por las cuales entra la luz ya debilitada, son las cuencas y fosas nasales de la calavera.

En derredor reina una tranquilidad de muerte. El oleaje se escucha apagado. En tanto L. prepara la comida, analizo los últimos acontecimientos. La contemplación del planeta interior, con sus simétricos mares y continentes; el viaje en el magnetón; los anillos-satélites; el aerosquí, y por último las calaveras. Ahora acuden en la penumbra de la cúpula. Todo es de una absurda vaguedad.

Hundido en un sillón, semidormido. La campanada. Me levanto de un salto.

—¿Qué pasa? ¿Todavía no se acostumbra?

Me quedo escuchando.

—¿Me quiere decir que aquí también se oye? ¿A más de mil kilómetros de profundidad?

Coloca dos platos en una mesita y la empuja entre los sillones para dejarla a nuestro alcance.

Luego se vuelve hacia mí. La única luz, a sus espaldas, deja su rostro en sombras. Se distingue el vivo fulgor de sus pupilas.

—El ruido proviene de aquí —empieza con lentitud—. Sus causas son naturales, pero las desconocemos.

Muchos factores concurren: la abundancia de magnetismo, los mismos anillos que por su peso influyen en todos los fenómenos meteorológicos de estos lugares. Se desconoce el comportamiento del espacio herméticamente comprimido entre dos masas planetarias. Sin duda dicha conformación se presta para los fenómenos acústicos. Barajando esos factores podrá determinarse un día el origen de ese sonido. En todo caso es útil: permite medir el tiempo con exactitud, pues se repite cada veinticinco horas con matemática precisión. Sin ser más comprensible, el origen natural de la campanada parece más lógico que el mecánico. Por lo menos, se comprende mejor su grandiosidad.

Acostumbrado uno a vivir en un mundo al cual la mano del hombre aleja día a día de la naturaleza, de tal manera que el hombre puede llegar a la optimista conclusión que todo es obra suya, la súbita revelación de las creaciones telúricas desconcierta.

De todo lo anterior saco una consecuencia: L. es un mentiroso. Viendo como ingiere su colación, impasible el rostro, no puedo menos de admirar su facilidad para improvisar una interpretación razonable para mis dudas.

—¿Cómo se explica que esa campanada se oiga en la superficie?

—Mediante un mecanismo que la transmite desde aquí. Nuestros científicos decidieron que, debido a su periodicidad, era útil llevarlo a Polonia, en lugar de basar la medición del tiempo en la sola observación astronómica.

Imposible descubrir si miente.

—Usted se aprovecha de mi ignorancia. Sabe que cualquier historia que me cuente estoy obligado a creérsela.

—Siempre estamos esclavizados a algo o a alguien. El hombre nació para ser sojuzgado. La curiosidad es su peor maldición. Algún día lo comprenderá.

Esta vez ha sido sincero. Lo observo mientras recoge los platos.

Tendido en un camastro, observo la cúpula débilmente iluminada por los últimos fulgores del crepúsculo. El reflejo me crispa los nervios, como el rumor del oleaje con su extraña resonancia.

De súbito, un silbido lúgubre. Una ventisca penetra por los resquicios.

L., a menos de dos metros de mí, respira con ritmo acompasado. Duerme profundamente.

VII

El día avanza. Una tenue neblina flota a ras del agua. Me aproximo a la orilla del acantilado, pisando un suelo liso, a medias recubierto por una capa de polvo. Se extiende aquél en línea recta como una vereda, interrumpido a veces por las colinas y rocas. El muro desciende vertical hasta el mar, formando un ángulo recto con el sendero superior. Comprendo ahora la simetría de los continentes y de los océanos.

—¿Quién hizo esto?

—¿Quién? —L. vuelve la mirada a las calaveras—. «Ellos». Construyeron esto. Y aquello —señala el cielo.

—¿Me va a decir que esos cráneos son de verdad?

—Son sus restos. Se estima que sus dueños eran tan altos como un rascacielos de setenta pisos.

Me aproximo al que nos sirviera de alojamiento. Palpo sus paredes. Se explica la perfección del trabajo. Y también la atmósfera opresiva que impregna el lugar. Un cerebro que sufrió y pensó. Y el cuerpo que sostuvo aquellas toneladas de masa encefálica se dio maña en construir malecones para librar al continente de la erosión marítima.

—¿Seguro que no queda ninguno vivo?

—El último representante de la raza desapareció hace miles de siglos.

Cada uno debía pesar alrededor de ochenta mil toneladas, tanto como un gran transatlántico.

Trabajaron los anillos recubriéndolos de planchas metálicas, que les dieron su forma actual, simétrica y pulimentada. Para ellos la Tierra era un planeta de baja gravedad en relación con su masa. Lo mismo que le ocurriría a un hombre en la Luna, por ejemplo. Se explica así la magnitud de sus trabajos, concluye.

—¿Cómo han podido mantener en secreto este descubrimiento?

—Es fácil vigilar los puntos de acceso. Y la gran mayoría de los colonos ha venido a quedarse definitivamente, para garantizar su discreción.

Aquí se vive mejor que arriba, continúa. Es posible que la vida se prolongue más allá de lo que puede durar afuera, donde el ser humano se halla expuesto a todos los peligros del cosmos.

—¿Cree usted que los colosos llegaron alguna vez a la Tierra?

Los veinte cráneos, empequeñecidos por la distancia. La neblina disfuma sus contornos.

Podría ser el origen de la leyenda de Prometeo y otros titanes. Toda mitología se basa en sucesos reales. También la Biblia lo dice: «Hasta gigantes hemos visto allí;

ante los cuales nos pareció a nosotros que éramos como langostas; y así les parecimos nosotros a ellos». Quizá algún representante de la raza encontró los caminos y apareció entre los hombres. Y por primera vez pudo contemplar las estrellas. Fue un pueblo que creció y evolucionó sin tener el cielo estrellado sobre sus cabezas. ¿Qué concepto tuvieron del universo? Vivían entre dos planetas, en un mundo perfectamente limitado. Para ellos las palabras «infinito» y «nada» no tuvieron sentido. Y sin embargo efectuaron viajes interplanetarios.

Marchamos por la orilla izquierda de la gran vía. Carga aérea montada sobre trineos y dirigida por control remoto se desliza rauda por la pista. A la distancia se divisa un cruce de caminos gigantes. Decenas de líneas auxiliares los unen previamente, y otras bajan al continente, donde se destaca un pueblo. Hacia allá nos dirigimos.

—Las colinas y el paisaje en general, ¿son obra de los titanes?

—En gran parte. Fueron consumados jardineros.

Es un pueblo de administración y recreo. Los constructores han aprovechado la policromía de los plásticos para lograr un efecto de armonía. Todas las calles son de colores distintos. De nuevo reparo en que nadie saluda a nadie. A veces las personas cambian algunas palabras entre sí, y prosiguen su camino. Algo le falta al pueblo. Tal vez dicha sensación la produzca la seriedad de la gente. Nadie levanta la voz. La misma disciplina que observé en L. se advierte en los hombres y mujeres.

La puerta de una casa.

—Desocupada —explica L., señalando una plaquita nácar.

Cuando la placa está negra, hay huéspedes. Aquí no existe la propiedad privada. Las casas pertenecen a la colectividad. La calle se ve con nitidez a través de cristales polarizados, que impiden ver desde afuera.

Entra L.

—Debo salir. Me necesitan en la Central de Vigías. No. No se trata de usted. Regresaré a las tres en punto de la tarde. Debe permanecer aquí, y no salir por ningún motivo hasta mi vuelta. Estoy seguro que no contravendrá mis instrucciones. ¿Entendido?

—No hay nada que me impida huir.

—Está equivocado —su voz se endurece—. Hace dos noches se le inyectó un reactivo que nos permitiría encontrarlo rápidamente. No sólo eso. El líquido lo ha transformado a usted en un receptor de ondas electromagnéticas. Podemos provocarle un golpe que le sumiría en un estado cataléptico. Y a cualquiera distancia.

Contemplo la calle. Me observo las manos para ver si la inyección ha producido algún cambio de color en la piel. No. Su aspecto es el mismo. Ordeno el almuerzo. Tentado estoy por salir a la calle o al jardín. Pero el recuerdo del reactivo me hace

detenerme.

La casa respira. Es como estar en el interior de un organismo. La calle, a su vez, parece convertirse cada cierto tiempo en un harnero. Se cubre de orificios de regular tamaño, y en seguida recupera su apariencia normal. Periódicamente se humedece por breves segundos. Ha sido construida con los mismos plásticos orgánicos, pero sus poros son de mayor diámetro. Aspiradoras contráctiles situadas a ambos lados de la vía complementan la tarea de mantenerla limpia.

Mujeres ligeras de ropa. Y jóvenes: entre los veinte y treinta años. Sólo entonces descubro qué es lo que le falta a la ciudad. No se ven niños. Ningún chico corretea por las calles. Ninguno camina al lado de sus padres. Ninguno es llevado en brazos por una madre. No se oyen sus risas. Ni sus llantos. Ni sus juegos. Y comprendo que la ciudad necesita de ellos.

VIII

Un gong me despierta. La luz ha disminuido de brillo. Al principio paso por alto el detalle. Pero de pronto recuerdo a L. Y, al pensar en él, la debilidad de la luz se materializa en una advertencia: ¡tienen que ser más de las tres de la tarde!

Rápido me dirijo a la sala de estar. Tras la ventana circulan los polacos. Es un hecho que la luz es menos intensa. L. está retrasado tres o cuatro horas. Puntualizó de manera especial que regresaría a las tres. Claro que puedo estar equivocado en mis cálculos. Si bien es cierto que la actividad electromagnética disminuye junto con el declinar del Sol, aún no poseo la experiencia necesaria para medir el tiempo con la simple observación.

L. debía suponer que un atraso suyo me inquietaría. Hay una sola razón para explicar su impuntualidad: que la sustitución haya sido descubierta. No es necesario analizar las consecuencias de un acontecimiento así. Estoy en peligro.

A pesar de mi opacidad emocional, aquella idea me provoca una violenta reacción. Debo irme: abandonar la casa cuanto antes. ¿Y después? Salgo a la calle. Con la mayor calma de la que soy capaz, me alejo de la casa. Nadie se da vuelta a mirarme. A mis espaldas, la puerta se cierra. En medio de mi agitación había olvidado el automatismo de las viviendas. No miro atrás sino una vez que me he alejado unos cincuenta metros de la residencia. Temo; sin ninguna razón especial, que el peligro venga de ese lado.

¿Adónde encaminar mis pasos? La explicación que me diera L. respecto al líquido que se me había inyectado contribuye a devolverme los ánimos. Mediante aquel reactivo están en condiciones de encontrarme en un santiamén. Claro que aquella facilidad también puede hacerse extensible a los demás polacos. Pero si es cierto que mi presencia en la subtierra sólo la conocen pocos, únicamente, éstos sabrán localizarme. Aprieto el tranco, confundiéndome entre los hombres y mujeres que circulan por la avenida. A cada instante, me parece sentir que una mano robusta se aferra a mi hombro. Tuerzo por la primera bocacalle. La esquina me protege de cualquier posible visitante de la casa. Sólo entonces me permito un breve suspiro de alivio. Sigo avanzando con naturalidad. Pienso que, entre aquella gente disciplinada, cualquiera actitud que delate mi nerviosismo tal vez me perjudique.

¿Adónde ir? Estoy en el fondo la tierra, en un mundo desconocido para los de arriba. A nadie puedo recurrir sin delatarme, y, perdida la ayuda de L. o D., nunca podré salir de aquí. Si mi aventura ha sido descubierta, mi destino se limitará a eludir a los polacos por el mayor tiempo posible.

Horas antes, aquella ocurrencia habría bastado para quitarme los ánimos. En el momento actual, sólo el instinto de conservación me sostiene.

Un hombre avanza a mi encuentro. Sin detenerse echa una mirada al cielo:

instintivamente, le imito. Una ancha franja oscura, de bordes paralelos, divide el planeta superior en dos porciones.

Semeja un puente, tendido de horizonte a horizonte, cuyas proporciones son suficientes para ocultar una amplia extensión del cielo. Uno de los aros máximos: su vista me inmoviliza.

—¿Se ha quedado dormido?

Una voz suave, cálida. Frente a mí hay una mujer alta. Tez morena. Ojos oscuros. Me observa con curiosidad. Sus facciones son ligeramente toscas: el conjunto, hermoso. El incidente me hace olvidar, por el momento, mis preocupaciones. Confuso, no sé qué replicar.

—Pues… —empiezo.

—¡Ah! Permiso médico. ¿Se siente mal? —Observa mi placa identificadora.

¡Qué gran precaución la de L.!

—¡No, no! ¡Estaba mirando el anillo! —Algo tranquilizador se desprende de la mujer. Mi imaginación trabaja veloz. ¿Qué debo decir? El instinto, de nuevo, me hace callar.

—Sí, lo noté. —Sonríe—. ¿Va hacia allá?

—¿Adónde?

Frunce el ceño. Viste tenues ropas ajustadas. Mueve la cabeza.

—Cuando se mejore, tal vez nos veamos. Debo irme.

Se apresta a cruzar la calle. Desconcertado, me quedo observándola.

—¡Espere! —Me pongo a su lado—. ¿La puedo acompañar?

—¡Ah, no lo sé! Eso es cosa suya…

Algo funciona mal, sin duda. Sigue ella su camino, sin preocuparse mucho de mí. Trato de ajustarme a su paso ágil. Temo estar haciendo el ridículo. Miro a los demás transeúntes: no se han dado por aludidos de nuestra conversación. Entonces recuerdo mi condición de fugitivo. Echo otra mirada en derredor: no se advierte nada sospechoso. Mi cerebro trabaja febril: pienso que, acompañado por una mujer, mi huida se facilitará. Claro que mi riesgo es mayor, porque puedo delatarme al hablar.

Caminamos callados. Es más alta que yo: una mezcla de sensualidad y pureza. La melancolía se refleja en su rostro. No ha vuelto a mirarme. Aquella actitud no parece motivada por alguna hostilidad hacia mí. Tampoco es indiferencia. Debo decir algo.

—¿En qué piensa?

—En muchas cosas. ¿Y usted?

—También. —Y ahí me quedo.

Todo lo que sale de mis labios se me antoja falto de gracia.

—¿Sabe? —empiezo, vacilante—. Es posible que mi modo de ser le parezca extraño… Recién me estoy recuperando de un grave accidente…

Me mira.

—¿Usted es vigía?

La pregunta me deja confuso. Otra vez recuerdo la placa.

—Sí. Pero… —Necesito salir del paso—. Voy a estar un tiempo largo alejado de mi trabajo.

Una plazoleta con varios magnetones. ¿Pensará embarcarse? Se detiene frente a uno y al toque de su mano, el aparato se eleva. La plataforma desciende.

—Ah… —dice, ascendiendo los tres escalones. Al ver que me he quedado en tierra, añade—: Voy a Ernn. ¿Viene?

En un segundo me decido. De nuevo se me hace presente la necesidad de alejarme del pueblo.

¿Qué será Ernn? De un salto, estoy a su lado. Me observa con una sonrisa indefinible.

—Usted es un tipo muy especial. Tiene que haber sido muy grave su accidente.

—¡Gravísimo!

La plataforma se integra con el magnetón. Tras la cúpula transparente el pueblo me parece hermoso. Tres o cuatro personas trepan a otro magnetón, disponiéndose a zarpar.

Sin replicar, se dirige a un sillón y toma el micrófono. Afuera, oscurece rápido. En el cielo, la negra masa del anillo presagia el advenimiento de las tinieblas. Dice la clave de partida.

El golpe de inercia me toma desprevenido. Manoteo en un inútil intento por aferrarme de algo. Se hunden los techos de las casas, y junto con aquella breve visión, caigo de costado. Acude ella en mi auxilio. Me pongo en pie, y me aferró a su brazo.

—¡Aún estoy muy débil!

Se desprende sin premura. Solamente entonces reparo en su manera de mirar. En alguien he visto antes aquella mirada triste y fría. En L. Claro que en ella se trasluce otro sentimiento, pero en ningún caso la hace perder su falta de interés por todo.

En su pecho hay una placa: A., seguido de una cifra, la que indica su profesión. Como desconozco los signos, no puedo averiguarla.

Se deja observar.

—¿Le parezco bien?

Enrojezco.

—¡Pues…, muy bien…! —digo, en un débil intento por salir del paso.

Ríe. Luego se aproxima a la pared translúcida. La sigo avergonzado. Algo que emana de ella me inhibe. Algo nos separa. Tal vez sea esa mezcla de sensaciones que en mí despierta. Inquieto me sitúo junto a ella. El paisaje se esfuma en el atardecer. Abajo, el pueblo parece una rueda de rayos multicolores recostado entre verdes praderas y colinas. Se divisan grandes extensiones cultivadas que se distinguen por su

uniforme coloración. Debemos hallarnos sobre una región agrícola. Veo, también, rebaños de animales inidentificables por la distancia y la falta de luz. Hacia el sur los campos labrados se pierden en el horizonte. Al norte y este, las cordilleras limitan la llanura.

Nuestro vuelo es vertical. No queda duda que nos dirigimos al anillo, cuya negra mole nos sirve de techo. A juzgar por su tamaño, deduzco que se trata del primer aro, el más próximo al planeta interior.

Continuamos ascendiendo veloces, y mientras el parpadeo crepuscular juega con los detalles continentales, el magnetón devora los doscientos cincuenta kilómetros que nos separan del satélite.

A. se vuelve hacia mí, envuelta en un resplandor fosforescente. Ensimismado en la contemplación del panorama, no había reparado en la luminosidad que invadía la esfera. Aquélla comunica a la mujer y a las cosas un aspecto fantasmal. Descubro que la luz proviene del piso, construido, seguramente, con la misma sustancia del cielo raso de las casas.

—Tengo que hacer dos visitas en Ernn. Después dispondré de algún tiempo.

Su voz me retrotrae a la realidad. Toma asiento en el brazo de un sillón.

—El accidente me ha convertido en una calamidad.

—Conozco la labor de los vigías, aunque sólo una vez estuve en la Cáscara; pero sé que es una de las regiones más peligrosas. Claro que, con todo, usted no deja de parecerme un hombre especial.

¿Cáscara? ¿Qué podría significar eso? Estoy a punto de hacer la pregunta. Pero tengo que tragarme la curiosidad. Me aproximo a A. Me mira desde abajo, lo que me permite apreciar en una sola perspectiva el óvalo de su rostro. La fosforescencia hace fulgurar su piel. Tomo su mano izquierda, que mantiene apoyada en la rodilla. No me rechaza.

—¿Se demorará mucho en sus visitas?

—No. Es cosa rápida.

Se separa de mí, y toma el micrófono. Al perder su contacto, vuelve a parecerme inmaterial. Dice dos o tres palabras. Se vuelve. Mis dedos se hunden en sus hombros. La atraigo. Bruscamente se separa.

—Eres un tipo raro —dice en voz baja—. Agradable. Pero raro.

—¿Raro?

—¡No lo sé! Eres distinto a los otros. Me interesan los hombres distintos. Pero tú…

—¡No entiendo…!

—No te preocupes. No tiene mayor importancia. Sé que los que vigilan la Cáscara están expuestos a terribles accidentes. Y a veces sufren cambios muy grandes.

La figura de Raquel, bailando desnuda en el departamento. La intoxicación alcohólica. La clínica.

Veo rojo. La tomo por los hombros y la atraigo hacia mí. La estrecho con fuerzas. No se resiste. La beso. Sus labios están fríos. De súbito reacciona. Siento todo su cuerpo. Envuelve mi cuello con violencia. Sus dientes se oprimen contra los míos hasta producirme dolor. Se revuelve ella como un animal joven. Su actitud lejana ha desaparecido: es una mujer que está en mis brazos. Cada vez se entrega más. Se desprende violentamente. Se levanta, desfigurado el rostro. Tiembla, acometida por una brusca ira. Le brillan los ojos. La respiración le dilata las aletas nasales. Con rápidos movimientos se arregla el vestido y los cabellos. Va a decir algo. A insultarme quizá. Pero la furia desaparece de su cara: sólo una expresión cansada. Y de nuevo el frío.

—¿Por qué…? —Al acercarme, la mujer retrocede un paso. No demuestra temor ni inquietud.

Tropieza en un sillón: allí se queda, afirmada en su respaldo.

—Esa es una pregunta que no se puede contestar. Lo sabes muy bien.

—¡No sé nada!

—Ustedes, los vigías, piensan de un modo distinto.

Brillan sus ojos. Algo funciona mal. Creo que no he hecho ni dicho nada fuera de lo común. Su interés hacia mí se ha desvanecido.

—Ernn —dice ella, mirando a la distancia.

Me vuelvo ofuscado. Lejos: un conjunto de rascacielos que avanza a nuestro encuentro. Una gigantesca ciudad que desprende un halo policromo; una ciudad sin arrabales, en cuyas afueras comienza la sombría silueta de un bosque, que, al parecer, la circunda por completo. En pocos segundos cruzamos sobre una avenida, que se curva alrededor de la población, separándola de los macizos arbóreos. Y después, rascacielos y rascacielos, todos de altura uniforme, bien espaciados entre sí, que se yerguen en medio de verdes prados, jardines y parques de corpulentos árboles. Las calles desprenden aquella fosforescencia, cada una con su tonalidad propia: quietos ríos luminosos.

Advierto grandes plazas, con fuentes que lanzan surtidores de agua. Y sobre aquel conjunto, se eleva el halo fantástico, que se degrada en suaves gamas hasta esfumarse en la altura.

—¿Te sientes mal?

No debo hacer preguntas. El peligro se presenta por segunda vez en el curso de la tarde.

—No.

Desciende el magnetón sobre una azotea, donde se divisan otras esferas estacionadas. Pálido, a punto de ser poseído por el vértigo, me instalo en el centro de

la plataforma. A., tranquila, se mantiene a prudente distancia. Baja la rueda. Estamos sobre la terraza, en medio de un grupo de personas que abandonan las esferas o que acuden a ellas. Tras la baranda, la urbe se extiende inmensa. No es bulliciosa: sólo un zumbido suave, que se diluye a lo lejos, delata la presencia de una multitud de transeúntes.

—Debemos separarnos —dice A.—. Tal vez volvamos a vernos.

¿Dará cuenta a las autoridades? Es posible que, en cuanto nos separemos, parta a delatarme. No obstante, su rostro nada indica. Se dirige hacia una construcción que se destaca en el centro de la terraza. La sigo, sin tratar de alcanzarla. Pronto nos encontramos frente a una serie de puertas, entre varias personas que se dedican indiferentes miradas. Ella finge no advertir mi presencia. Un hombre se le acerca, mirándola con tranquilo interés. En la penumbra, le dedica una sonrisa. Me siento enfermo.

—A. —la llamo. Ella se vuelve. El hombre se detiene—. Necesito hacerle una pregunta.

Viene hacia mí. La llevo lejos de la construcción, que es un terminal de ascensores.

—¿Qué quieres?

—¿Ha oído hablar de Polonia?

—«¿Polonia?» ¿Un santo y seña?

—No; no se trata de eso. ¿Tampoco conoce el régimen comunista? ¿La cortina de hierro?

—Es la primera vez que los oigo nombrar. —Me mira sorprendida. Mueve luego la cabeza, apenada—: Ojalá te recuperes algún día. Eres un hombre de veras agradable. ¿Qué es eso de Polonia?

—No tiene importancia —digo, asustado.

Se aleja. Allí está el otro, esperándola. Veo cómo le rodea el hombro con su brazo. Entran así en el ascensor, sin volverse una sola vez. Se cierran las puertas, y A. desaparece de mi vista con su nuevo amigo.

¿Dónde estoy? Sobre un edificio de una fantástica ciudad, iluminada por el reflejo lunar que de ella emana: en la subtierra. Una incógnita se despeja: nada tiene que ver el nuevo mundo con Polonia. Las respuestas de A. han sido decisivas. Comprendo ahora el porqué de mi incredulidad respecto a los «descubrimientos polacos». Estoy, seguramente, en las entrañas del planeta; pero tales territorios son desconocidos para los de arriba. Ésa es la parte que L. no alcanzó a contarme. Quizá se disponía a hacerlo aquella tarde.

¿Qué puedo hacer ahora? ¿Continuar mi huida? ¿Mezclarme entre aquellas gentes hasta que me descubran? Por otra parte, no debo quedarme en la terraza. Todos se han ido. Hay allí seis o siete magnetones dispuestos a trasladarme a cualquier parte. No

los sé conducir.

Me dirijo al ascensor. Me detengo confuso, tratando de encontrar un medio para llamar los vehículos. Temo quedarme abandonado en la azotea. Debo salir de allí. Una puerta se abre frente a mí: un ascensor desocupado me espera. Se cierran las puertas a mis espaldas. No se ven tableros ni palancas de ninguna clase.

—Bienvenido a Ernn, señor. ¿Desea alojamiento?

IX

Es una voz metálica, de amables inflexiones. Miro en derredor, sobresaltado.

—¿Quién…, quién habla?

—El ascensor, en nombre de la ciudad de Ernn, señor. ¿Desea alojamiento?

—Este…, sí…

—Hay departamentos desocupados en todos los pisos, señor. ¿Cuál prefiere?

—Cualquiera.

Una fría transpiración. Es un hecho que necesito alojamiento. Pero, ¿estaré en peligro? Termina el viaje y se abre la puerta.

—Séptimo piso, señor. Departamento seis.

—Gracias.

No hay respuesta. Un pasadizo amplio y bien iluminado. Aún confuso observo los números estampados en las puertas. El seis. La hoja se abre servil sobre un cuarto pequeño y cerrado. El suelo cede de manera casi imperceptible. Tengo la fugaz impresión de ser observado desde todos los rincones de la habitación. Al frente se abre otra puerta.

—Adelante, señor. —La voz afable y metálica.

A mis espaldas la puerta se cierra. Poseído por un repentino pavor me doy vuelta para salir. La hoja vuelve a abrirse.

—¿El señor se marcha?

—¿Quién habla?

—El departamento, señor, en nombre de Ernn, la ciudad.

Su eficiente tono me devuelve la tranquilidad. Si bien las casas del pueblo eran automáticas, no hablaban. Estoy en un bien iluminado vestíbulo, separado por un vano de una extensa sala de estar.

Todo se ve limpio, reluciente. El departamento ha sido decorado con elegancia.

—¿El señor desea beber?

—Todavía no.

El muro de enfrente es de paneles cristalinos. A través de ellos la urbe despide su fantástico halo.

Me aproximo. Un paño de cristal se desliza con silenciosa rapidez. La terraza.

—¿Cómo se llama esta ciudad?

—Ernn, ciudad de Cronn. CLVIII ciudad del primer anillo.

La voz me sigue desde invisibles parlantes instalados, de seguro, en todas las habitaciones.

Emerge ahora de algún rincón de la terraza.

Mi escena con A. me impidió fijarme en el rumbo que tomábamos. El anillo estaba en el cielo, y en tan poco tiempo era imposible que hubiésemos regresado a la

corteza. Pero los aros se encuentran en el vacío. ¿Cómo se explicaba entonces la existencia de aquella población? Recuerdo también los macizos arbóreos adyacentes a la ciudad. Es un vasto territorio. ¿Queda en el satélite?

Los hermosos rascacielos, con sus audaces volados y atrevidos diseños, han sido proyectados en un estilo propio. Todos son de un tamaño uniforme, de no más de veinte pisos. Semeja la urbe un bosque bien raleado, que se extiende ilimitada envuelta en el resplandor que emana de las calles.

Abundan los árboles. Como la luz diurna proviene de la atmósfera, no producen sombras. Por ello se les ha utilizado con profusión con las consiguientes ventajas para la pureza del aire. Sopla una brisa vivificante, con olor a flores y a vegetación, que respiro a grandes bocanadas.

A. y su nuevo amigo deben estar hablando un lenguaje común. Con toda probabilidad ya ha olvidado a su compañero de viaje. Recuerdo, asimismo, que la mujer necesitaba hacer dos visitas antes de quedar desocupada. Su amigo tal vez la está esperando con la frialdad y falta de entusiasmo que caracterizan a los pobladores de este mundo.

—¿Cómo se llama el país?

—Cronn, señor.

—¿Dónde queda?

—En Cronn, señor.

—¡Vaya respuesta! ¿Qué es Cronn?

—La patria de los cronnios, señor —replica la voz sin el más leve asomo de chanza.

Sin duda, hay preguntas que no sabe o no puede contestar. Directamente debajo de la terraza, los transeúntes —puntos oscuros sobre un río de luz azul que se pierde a lo lejos— se desplazan calmosos. No se divisan vehículos. Ni ruidos de motores ni bocinas. Las calles son para el uso exclusivo de los peatones. El tránsito mecanizado debe ser aéreo o subterráneo. No se ven letreros por ninguna parte. También había observado aquel detalle en el pueblo continental, aunque sin que me llamase la atención. En la ciudad es más notorio. Ningún aviso luminoso o mural. Quizá sea esto lo que confiere mayor singularidad a la urbe, junto con su austera belleza. En la distancia, los perfiles de los rascacielos aparecen diluidos en la vaporosa claridad.

—¿Le gusta Ernn, señor?

—Sí —replico, sorprendido.

—Ha sido construida obedeciendo leyes orgánicas, señor. Cada edificio es un individuo, con un espacio suficiente alrededor para que pueda respirar sin trabas. Lo que es justo, por cuanto nuestros órganos-plásticos se comportan en la práctica como la piel. De estar hacinados como en la antigüedad, se asfixiarían. ¡Esta es una colectividad de rascacielos, señor! Cada edificio es un célula de este maravilloso

organismo que se llama Ernn. Día a día nuestra ciudad adquiere mayores derechos. Hay abundante legislación al respecto. ¡Estando a gusto los rascacielos, la ciudad será feliz y acogedora! ¿No le parece, señor?

—Evidente.

—Puedo decirle con seguridad, señor, que Ernn no necesita del cronnio. No lo tome a mal. En todo caso se ha logrado una perfecta convivencia entre la ciudad y sus habitantes. Ernn es hospitalaria con sus huéspedes. Jamás se ha sabido que haya rehusado dar hospedaje a un forastero.

—Y añade, con legítimo orgullo—: Nuestros edificios siempre se mantienen con sus departamentos bien surtidos de provisiones y ropas. ¡La cúspide en materia de urbanización! Porque, ¿cuál es el primer deber de una ciudad? Mantenerse limpia y atractiva de manera que sus moradores vivan a gusto sin el problema habitacional, que es deprimente. ¡Hasta los cronnios son felices cuando las ciudades obedecen las leyes de la urbanización! Hemos obtenido el ideal de muchos soñadores: que nuestras ciudades se pongan al servicio incondicional de la colectividad.

¿Por qué la ciudad me dice todo eso? De súbito salta la sospecha. ¿Está aleccionada para que a cada ocupante le hable de sus cualidades? Nervioso, echo un vistazo al departamento. Desde la sala de estar un confortable sillón parte hacia la terraza, deslizándose con extrema suavidad sobre el piso plástico. Contengo la respiración. Simultáneamente una mesita acude servil y se detiene a mi lado junto con el sillón. Ya había visto muebles automóviles: el mozo mecánico que nos sirviera el desayuno a L. y a mí, cuando desperté en la subtierra. Bajo el piso del departamento debe existir una red de conductos magnéticos que guía a los muebles hasta donde se encuentran los huéspedes.

—¿Quiere algo de beber el señor?

Pido un trago.

—¿Por qué me has hablado de todas esas cosas? —Me siento espiado.

—Porque el señor nunca había estado en Ernn.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque preguntó cómo se llamaba esta ciudad.

Lanzo un suspiro de alivio. Tomo asiento. ¿Dónde he venido a parar? ¿Qué es Cronn?

—¿El señor desea una compañera para esta noche?

—¿Cómo es eso?

—Si el señor tiene la amabilidad de pasar a la sala le puedo mostrar varias ocupantes de los departamentos del edificio, que se encuentran solas. Si alguna es de su agrado se la llamo. No le respondo de su venida porque quizá tenga algún compromiso. Pero más de una debe estar desocupada. Y aburrida.

En ese instante llega a la terraza el carrito con el trago. Además trae una bandeja

con dulces y bocados. Antes de contestar a su ofrecimiento la voz se me adelanta.

—Una señorita llamada A. lo busca, señor.

—¡A.! —exclamo, incrédulo.

—Sí, señor. ¿La hago pasar?

—¡De inmediato!

A. entra con rapidez. La noto ligeramente agitada.

—Menos mal que no habías salido del edificio —exclama, con alivio.

—¿Cómo me encontró? —pregunto, atónito.

—Me informó el ascensor. —Me indica silencio llevándose un dedo a los labios —. Salgamos.

Dispongo de poco tiempo.

Señala el departamento con un gesto.

—¿Se va el señor?

—Sí —replica A.

Mientras esperamos el ascensor, me cuchichea al oído:

—Al aire libre podremos conversar.

Hay dos hombres en el vehículo.

—¿Desean alojamiento los señores?

—No —responde A., cortante.

Ambos sujetos nos dedican indiferentes miradas. Uno de ellos permanece examinando a mi compañera por breves segundos.

—Tercer piso, señor, departamento cuatro.

Sale uno de los cronnios.

La avenida azul, la misma que observara segundos antes. Los transeúntes deambulan tranquilos, sin apuro, pero con propósito definido. No se ven grupos. A veces un hombre y una mujer marchan juntos, conversando en voz baja. Otras, una mujer detiene a un hombre, o a la inversa, sin que al parecer exista un conocimiento previo; cambian breves palabras en voz baja, y luego se separan o siguen juntos. Las parejas de hombres solos son escasas.

Siento un ligero soplo. Es una brisa que parece venir de arriba. Junto con ella se escucha una succión leve y rápida. La calle respira. La luz proviene del suelo y es suficiente para caminar con tranquilidad, sin temor a tropezar o a extraviarse. La visión de la gente que se mueve en aquella penumbra. El rostro de las personas que se distingue con claridad, rodeado de un halo. A. marcha a mi lado en silencio. Me echa rápidas ojeadas.

—¿Por qué volviste?

—Tú no eres un cronnio. Cuéntame todo. Nada temas: he vuelto para ayudarte.

La voz de la ciudad, amable y servicial. El impávido rostro de los peatones. Y su silencio. No se oyen gritos. Tumultos. Risas. Nada. Mi instinto de conservación se ha

diluido en el ambiente fantasmal. La mujer me toma de un brazo. Fluye de su mirada una leve ternura. En forma sucinta le narro mis aventuras. Me escucha en silencio. No intercala comentarios, pero a veces creo percibir atisbos de sorpresa en su rostro.

Una plaza extensa, llena de flores y árboles, pero sin monumentos. De su centro, periódicamente, se eleva una cúpula de espuma que se convierte en una infinidad de surtidores, los cuales se estrellan en la altura en nubes opalescentes. Caminamos hacia el interior de la plaza. La luz también proviene de los caminillos que serpentean entre la floresta. Escasos paseantes.

—¿Qué es Cronn? ¿Dónde queda?

Durante varios segundos permanece callada. Luego habla con lentitud:

—En el fondo de la Tierra. Los hombres ignoran que existen estos territorios.

—¿Y cómo llegaron X. y L. a la Tierra? ¿Cómo me trajeron?

—Hay caminos. Yo no los conozco. L. debe pertenecer al grupo de exploración. Cuando vuelva a encontrarte te explicará todo.

—Es posible que todo haya sido descubierto —murmuro, sombrío.

—Es de esperar que no sea así. Tal vez L. ha tenido algún contratiempo imprevisto, que le impidió avisarte. Quizá no debiste abandonar el pueblo.

—Tuve miedo.

En la inmensa pileta central el agua prosigue con su caprichoso juego. Cilindros de espuma que se pierden en la altura. Me reanima el espectáculo. Una neblina húmeda baña mi rostro, reconfortándome. A. observa el agua rielante. Árboles temblorosos se hunden en las profundidades.

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. ¿Qué es Cronn? ¿Cómo es posible que no se le conozca afuera?

Se sienta en el reborde de la laguna. Los caminos han sido descubiertos en fecha reciente, explica la cronnia. Habla en voz baja, como todos los de su raza. Mide el efecto de sus palabras. Sin embargo, no le doy mayor importancia a ese detalle. Multitud de ideas confusas me agitan. Otra vez todo se presenta como algo irreal. La ciudad, a través de los árboles, parece dotada de un suave palpitar. La misma mujer despide los fantásticos reflejos. Me invade un sordo pánico.

—Siéntate. Estás muy pálido.

Me toma una mano.

Cronn ha alcanzado un alto grado de civilización sin tener nociones de la existencia del hombre, dice A.

—Sólo soy una cronnia que trabaja. Los problemas de tipo social y político no me incumben.

Tampoco me interesan.

Sus vagas explicaciones me hacen bien, a pesar de todo. Cronn, como un mundo ignorado por los hombres, es más explicable que los «descubrimientos polacos». Aun

cuando la nueva realidad, por otra parte, hace más difícil mi situación.

—¿Por qué volviste? ¿Qué recordaste?

—Recordé que una expedición cronnia acababa de regresar de la Tierra. Es decir, el cronnio que encontré en la terraza me informó.

—¿Sospechó algo?

—Nada. Quedé intrigada con tus últimas preguntas. Y lo interrogué sobre Polonia.

—¿Qué debo hacer?

—Esperar a que L. te encuentre. Nadie sabe que estás aquí, excepto la ciudad misma.

—¿Cómo es eso?

—Cuando entraste en el departamento la ciudad te pesó y televisó tu imagen, desde cuatro ángulos, a la central. Todas las ciudades cronnias llevan un cuidadoso registro de sus huéspedes. Por eso te hice abandonar el edificio. Hay micrófonos que oyen y registran las conversaciones.

Al ver mi expresión de pánico me tranquiliza. Nada debo temer, porque el control de los cronnios es automático. Al nacer se les inyectan determinadas substancias que les hace emitir ondas electromagnéticas. Es decir, tales reactivos acentúan las radiaciones naturales del organismo, y permiten que máquinas ultrasensibles sigan la trayectoria de los cronnios donde se encuentren. ¿Por qué una vigilancia tan rigurosa? Porque la organización de la subtierra es compleja, dada su inmensidad territorial y poblacional. Cronn es un pueblo de trabajo y nadie puede eludir sus labores.

—L. me inyectó un reactivo.

Tiene que ser uno distinto al de los cronnios. Las substancias identificadoras son personales de cada cronnio, y como se las utiliza desde fechas remotas han llegado a hacerse hereditarias, pasando a constituir un nuevo factor del organismo. Cada cronnio tiene además una clave para individualizarlo. Y aunque la mía sea la de X. —cosa que ignoro—, sin el correspondiente reactivo es imposible que me vigilen.

—Yo hablé con la ciudad. Le hice varias preguntas.

—No tiene importancia. Para un cronnio cualquiera la tendría. Como la imagen es televisada la ciudad registra la clave, y mediante ella, desde las centrales de identificación es fácil encontrar a una persona que se encierra en un departamento. Pero no a ti, pues no estás fichado.

En resumen, el automatismo me favorece. Ni siquiera la posibilidad que L. se haya visto obligado a confesar su delito complica mi caso. Dentro de la extraordinaria organización cronnia no se contempla la eventualidad del hecho que un extranjero pudiese colarse subrepticiamente en sus territorios. Y menos que aquél llegase a conocer la manera de vivir entre ellos sin delatarse. Por cierto que mi modo de llegar a Cronn es único e imprevisible: ayudado por los propios cronnios.

Las explicaciones de A. contribuyen a aclarar —aunque sin llegar a explicarla por completo— mi relativa seguridad. Lo único que debo hacer es evitar mezclarme con la gente. No es alentador el porvenir que se me presenta: deambular solitario por las ciudades cronnias. En cuanto a mi subsistencia, está asegurada. En Cronn no existe la propiedad privada ni el dinero. Todo es patrimonio de la colectividad.

—¿Dónde queda Ernn?

Se encuentra, junto a cientos de ciudades similares, en el interior del primer anillo. Este es hueco y encierra en su interior un inmenso territorio: un valle interminable, con bosques, tierras de cultivo, lagos y ríos. Si el hombre llegase un día a la subtierra, ¿podría imaginar que en el interior de aquellos extraños satélites existían grandes países?

No es la A. del magnetón. Antes ignoraba quién era yo. Ahora procede con seguridad: ya no me teme. He perdido el misterio. Soy un hombre extraviado en su mundo. Un nativo en medio de esta supercivilización. Desenmascarado. Nada de vigías que protagonizan románticas aventuras, expuestos a tremendos peligros. Sólo un hombrecillo desamparado en la multitud. Ella, generosa, me alarga una mano. Me invade una oleada de rabia.

—Por desgracia no puedo quedarme mucho tiempo contigo. Tengo una labor que cumplir. Pero te indicaré los medios para que estés en condiciones de vivir sin gran peligro.

—No te preocupes. Olvídate. Anda a juntarte con tu amigo.

Mis sentimientos son otros. Estoy a punto de insistir en la plaza solitaria. La gente apenas se divisa entre los árboles, a lo lejos. Los hombros de la mujer, húmedos con la neblina, fulgen suaves.

—Estás molesto conmigo, ¿no? Poco en común tienen los hombres con los cronnios. Ustedes son unos niños: impetuosos e irresponsables. Primero debes conocernos.

Me oprime la mano. La suave expresión de su rostro me desarma.

—No quiero atemorizarte: corres peligro. En Cronn no son bien mirados los extranjeros. A eso se debían las precauciones de L.

Sí: soy un fugitivo. Nada temo, no obstante. Poco me preocupa el futuro, pero ella sí.

—¿Sólo volviste para ayudarme?

Asiente.

—Me gustas, ya te lo dije. Pero los cronnios pensamos y sentimos de otra manera.

—¿Cómo hacen el amor? ¿Por telepatía?

Ríe.

—No nos entregamos tanto, simplemente. Olvídate de eso. No es el momento

más oportuno, ¿verdad? Cualquier cosa que sucediera entre los dos podría atarte a mí. Y eso sería fatal.

Se para. Me aproximo. Ella me mira sin bajar los ojos.

—Debemos evitar los sentimentalismos. No debí volver en tu busca dado tu especial modo de ser. Pero no podía dejarte así. ¿Ves? De algo te ha servido conocerme. No me pidas más.

Su rostro bello, triste. La atraigo hacia mí, pero ella se separa con suavidad.

—¿Qué temes? ¿Es peligroso que te vean conmigo?

—No. Nadie podría acusarme de complicidad. Esta ciudad es muy grande, y el anillo también, y Cronn aún más. Son mínimas las probabilidades para que pudiesen sospechar algo de mí. Excepto si me quedase contigo un tiempo largo. Pero debemos evitar que nuestras relaciones sobrepasen ciertos límites. Por tu seguridad.

—No te preocupes por eso.

—Eres un niño. Vamos. Tengo que hacer una visita más. Pero antes te voy a dejar instalado.

—¿Qué vas a hacer después?

—Tengo un compromiso.

—¿Con tu amigo, el de la terraza?

—Podría ser.

Las hospederas: garitas de primoroso aspecto que se suceden cada cierto trecho a lo largo de las avenidas. Desde allí es posible reservar alojamiento en cualquier edificio de la urbe. También en ellas se escucha la servil voz de Ernn. Contrasta su tono con la frialdad general de los cronnios.

Simple compensación, me explica A. Ya que los cronnios han perdido la costumbre de ser amables, a sus máquinas les han inculcado buenos modales. Es gracioso oírla cómo habla de las curiosidades de su país. Esto se hace así, o no se hace, simplemente. No posee el criterio científico de L.

Tampoco la atosigo con preguntas. Muchas son mis preocupaciones. Otro mundo. Se explica, en parte, mi estado psíquico de angustiosa desconfianza.

—¿Hasta cuándo podrás estar conmigo?

—Hasta mañana. Quedarás bastante interiorizado sobre las costumbres cronnias luego que te haya mostrado dos o tres cosas que es necesario que conozcas.

—¿Y después?

—Deberás esperar a que L. te encuentre. No creo que demore mucho. Seguramente ya anda en busca tuya.

No entra en el edificio donde me ha reservado departamento. Me da las señales del suyo para que la llame en caso de necesidad. Ella, a su vez, ha tomado las del mío.

—No aceptes ningún ofrecimiento de mujeres, ¿entendido? Tienes que

prometérmelo.

—Está bien.

—No salgas esta noche…

La campanada interrumpe sus palabras. Por primera vez noto algo nuevo en ella. No parece un simple son: es el producto de un coro de millones de voces ahogadas que estallan en una palabra larguísima. Y esa palabra, que se hace inteligible tal vez porque en los anillos el fenómeno es más nítido, dice: ¡crooonnnn…!

—¿Es idea mía o la campana dice Cronn? —pregunto, sobresaltado.

—Sí: dice Cronn. De ahí deriva el nombre de nuestro país. Los primitivos pobladores creyeron que las voces de sus antepasados gritaban una vez al día el nombre de su tierra. —Añade, enigmática—: Nuestro mundo siempre nos recuerda dónde estamos.

El flujo de transeúntes no amaina. Nadie parece percatarse del estruendo. No obstante toda la ciudad parece quedar vibrando con él.

—Ya sabes: ningún ofrecimiento de mujeres. Duerme tranquilo. Y no pienses mal de mí. Mañana temprano te llamaré.

X

—¿El señor desea beber?

—No, gracias.

—¿Desearía comer el señor?

—Bueno, sí.

Me ofrece toda clase de guisos. Elijo varios al azar.

La terraza flota sobre una avenida color verde. Contemplo la hermosa metrópoli. Todas las calles son de colores distintos, para facilitar su identificación. Ha sido construida íntegramente de órganos-plásticos. Tiene capacidad para cinco millones de habitantes. Los tres satélites contienen más de seis mil poblaciones similares.

¿Qué será de L.? Ernn, transportada por el anillo, ya se ha alejado de los territorios que visitara aquella tarde en compañía del terco cronnio. El aro es en cierto sentido la órbita de un satélite que, al rotar alrededor de un eje perpendicular al de los planetas, permite que Ernn y las demás urbes del valle pasen por sobre todos los puntos de aquellos cada determinados períodos. O sea, basta quedarse en Ernn para que, llegado el momento, mediante un magnetón, sea posible dirigirse en un viaje vertical a cualquier lugar de ambos mundos.

—¿El señor desea una compañera para esta noche?

—No; gracias. A propósito, ¿es posible presenciar algún espectáculo artístico o cualquier cosa así?

—Sírvase pasar a la sala de estar, señor.

Había olvidado la televisión. La especial conformación de la subtierra es privilegiada para transmitir microondas. Éstas, al saltar de planeta en planeta, dan la vuelta al mundo, permitiendo que las imágenes lleguen nítidas a los puntos más remotos de ambos planetas y de los anillos. En la Tierra, para conseguir un efecto semejante, se requeriría de un complejo sistema de satélites artificiales.

Se ilumina toda la pared del fondo. Crece la sala de estar: un amplio vano la separa del dormitorio. Es tan nítida la imagen tridimensional que por un momento creo que el muro se ha descorrido para dejar al descubierto un dormitorio colindante. Una mujer entra por la derecha. Me lanza una lánguida mirada, y por un instante estoy seguro que se ha dirigido a mí. Es alta y de pelo rojo. Da la sensación que, de llamarla, me contestaría. Y que podría cruzar el vano y llegar donde ella. Tan real es la escena. La mujer vuelve a mirarme y sonríe. Luego comienza a desnudarse.

—¿Qué es esto?

—La señorita del departamento ocho, señor. Está sola. Parece que usted le agrada. ¿La llamo, señor?

La cronnia ha terminado de desvestirse. A la izquierda, a través de un muro transparente, se ve un baño. La pelirroja va hacia él.

—¡Basta! —grito—. ¡Terminemos con esto…!

La joven me mira sorprendida. La imagen se desvanece rápida.

—Perdone, señor. No creí que se molestaría.

—¡He pedido un espectáculo!

—No sé a qué se refiere el señor, entonces.

Sentimientos confusos me asaltan. ¿Hasta cuándo podré mantenerme así? Apenas probé la comida. Los últimos acontecimientos me han quitado el apetito. Ernn, solícita, me ofreció una docena de platos en cambio. Los rehusé. Ernn pareció evidentemente molesta por mi actitud. ¿Está enfermo el señor? ¿Desea que llame a una clínica? ¿Algo le ha parecido mal? Me ha costado bastante convencerla del hecho que sólo se trata de una vulgar inapetencia. De inmediato ha enumerado un sinfín de aperitivos, todos infalibles. He tenido que decir que no con firmeza.

—¿El señor desea tomar un baño antes de acostarse?

—No, gracias.

No tengo sueño. Respiro una brisa fresca.

—Hay una señorita en la puerta, señor.

De inmediato la puerta de calle se torna transparente. Es una pantalla que refleja a los visitantes.

Una muchacha rubia, alta y delgada. Sus ojos me escudriñan sin verme a través de la hoja. Apoyada en el marco a menos de dos metros de mí ofrece un aspecto tan vívido que casi le digo:

«¡Adelante!». Viste un traje celeste que armoniza con el color de sus ojos. I.: el nombre se destaca en su placa identificadora.

—¿A qué viene? —pregunto confuso.

—Busca alojamiento, señor.

—¡Tú se lo ofreciste!

—No, señor. Ella preguntó en el ascensor si había un departamento con un hombre solo. Y le indicaron éste.

—¿Le indicaron? ¿Quién le dio la información?

—Ernn, la ciudad, señor.

—¿Y quién eres tú, entonces?

—También Ernn, señor.

En el rostro se marca un leve rictus de impaciencia. El visor se apaga. La puerta se abre.

—¿Puedo pasar?

Una voz alta. Tratando de aparentar frialdad hago un gesto indefinible, entre asentimiento e interrogación.

—Estoy muy cansada para buscar alojamiento. —Entra, caminando con soltura.

Esparce un perfume suave, enervante—. Usted es el único que está solo en el edificio, según lo que me informó el ascensor.

—¿La señorita desea servirse algo?

—Nada. —Se deja caer en el sofá, y me mira—. ¿O prefiere que me vaya?

Tengo que proceder con dominio de mí mismo. Ya no hay escapatoria.

—No. Puede quedarse.

Sonríe, complacida. Todos sus gestos tienen algo de malicioso e infantil.

—Vengo llegando de Ors. He tenido un día muy agitado.

—Yo también. ¿Comió?

—Sí. —Agrega, observándome con serenidad—. Me agrada usted. Ha sido una suerte encontrarlo. Anoche también llegué tarde a Ors. En el edificio donde aterricé el imbécil del ascensor me dijo que había un hombre solo…

—¿Desea algo de beber la señorita?

Ordena un trago, irritada.

—Estas ciudades parlantes me tienen hasta la coronilla. Qué impertinentes son, ¿no? ¿Siempre habrán sido iguales las ciudades cronnias? Bueno: como le decía, me fui para allá. El huésped era un tipo maduro y con una cara antipática. Estaba durmiendo. No le gustó que lo despertara.

—¿Y?

—Me pidió que durmiera en la sala de estar. Estaba tan agotada que acepté —añade, con un divertido fruncimiento de labios—: Espero que usted no me hará dormir en el sofá.

—No. No es necesario. —«Puedo hacerlo yo», estoy por agregar, nervioso.

Toma el vaso que trae el carro, y sale a la terraza. Sus movimientos son felinos. No parece apoyarse en el suelo. Cada gesto suyo destaca su extrema juventud. Me posee una gran agitación. I. me llama. En la penumbra me es fácil disimular mi nerviosidad. Apoyada en la baranda, la muchacha lanza una lánguida mirada a Ernn.

—Me gusta esta ciudad. ¿Y a usted?

—También.

—Nunca he estado de día aquí. Voy a tratar de cambiar mi horario de trabajo. Estoy llegando siempre tarde a dormir. ¿Me creerá que nunca he encontrado un departamento vacío?

—Es cuestión de preguntarle a las hospederas.

—No es para tanto —exclama, riendo—. Me gustan las sorpresas. Llamar a una casa, donde se sabe que hay un hombre. Y ver cómo es. ¡Me cargan los alcahueteos por televisión!

—¿La señorita desearía tomarse un baño antes de acostarse?

—Sólo una ducha.

—¿Nunca se ha arrepentido?

—¿De qué? —Sus finas cejas negras se enarcan, interrogativas.

—Que el ocupante sea demasiado desagradable.

Se encoge de hombros.

—Nunca he conocido un cronnio tan desagradable. ¿Le ha sucedido eso con alguna cronnia?

—No.

Me acuerdo de A. y de la promesa que le hiciera. De haberse quedado conmigo, I. no estaría aquí, tan suelta de cuerpo.

—Ya es hora de dormir, ¿no le parece? —Se dirige al dormitorio, anunciando con tono soñoliento—: Voy a darme una buena ducha.

—Sírvase pasar al dormitorio, señor.

Me echo en la única cama —ancha y sin ropa: el aire acondicionado la sustituye —, y trato de serenarme. Tras el ventanal, Ernn y su halo.

—Tenga la bondad de mirar a la izquierda, señor.

La pared que separa el baño del dormitorio —un cristal polarizado— se ilumina. Detrás del invisible panel la muchacha se apresta a entrar en la ducha. Sonríe, entre ingenua y picaresca. Su cuerpo se cubre con un manto de espuma. Algo hay en aquel desenfadado modo de proceder que inspira temor.

—¿Qué le parece la rubia, señor?

—Está bien —contesto, irritado.

—Siempre resulta mejor lo imprevisto, ¿verdad, señor?

—¿Quieres callarte?

—Muy bien, señor.

I. continúa bañándose alegre. No parece que una pared nos separase. El agua limpia su cuerpo de espuma.

—Llaman, señor.

Me pongo en pie de un salto. Lanzo una última mirada a I.: se apresta a entrar en la cámara de aire caliente para secarse. El muro que me separa de la sala de estar se convierte en un amplio salón.

No es el de mi departamento. Allí está A., de pie. Me hace un nervioso gesto para que me aproxime.

—Abandona de inmediato el departamento —cuchichea, agitada—. Van en tu busca.

—¿Cómo? ¿Quién?

—No puedo explicarte. Llámame de nuevo cuando estés lejos. Rápido. Estás en peligro.

Su figura se desvanece. Me quedo petrificado.

—¡A.! ¡Espera! —Pero ya es tarde.

No hay nada que hacer. Veloz abandono el dormitorio.

—¿Se va el señor?

—Sí.

—¿Qué le digo a la señorita?

El visor de la salida indica que el pasadizo está vacío.

—Que tuve que irme.

A mis espaldas la puerta se cierra en silencio. Aún aturdido entro en el ascensor.

—¿El señor desea alojamiento?

—¡NO!

—Está bien, señor. ¿Piso?

—Subterráneo.

Segundos después camino por un amplio pasaje, que desemboca en una de las cintas transportadoras. No miro para atrás.

Estoy en una vereda que se extiende hacia ambos extremos, dentro de un túnel colosal, iluminado por una fosforescencia verde. A mi derecha, dos escaleras mecánicas conectan el subterráneo con la ciudad. Pero no es eso lo que me sorprende, sino la manera de desplazarse de la gente. Avanzan con mucha rapidez desde el fondo del túnel deslizándose sobre algo. De pronto disminuye su velocidad, y la corriente se detiene. El público abandona la vía, salta a la vereda y parte hacia la calle o hacia los pasajes que conducen a los edificios. Separado por un andén central, corre otra vía en sentido contrario, de la cual también desciende una multitud que se dirige a las escaleras de la vereda opuesta, al otro lado del túnel.

Impulsado por el gentío, me instalo sobre la superficie luminosa. Estoy rodeado de gente tranquila. Algunos conversan en voz baja. Repentinamente siento que me empujan por los pies y que me voy de espaldas. Pierdo el equilibrio. Desesperado, trato de tenerme en pie con torpes movimientos del tronco y los brazos. Me encuentro sobre una cinta transportadora.

Como acelera progresivamente, debo ofrecer un curioso espectáculo. El público, a mi alrededor, me mira entre sorprendido y risueño, apartándose con prudencia. Por último, caigo a tierra. Sonrisas en los rostros de los demás.

No se escucha ni el más leve rumor de máquinas o de roce. Me pongo de rodillas, avergonzado.

Con alivio noto que otras personas se han sentado en el piso plástico. De nuevo la falta de niños.

El detalle me hace relegar a segundo término a I., A. y mi misterioso perseguidor. Al principio, cuando aún me creía en Polonia, su ausencia podía ser explicable. Si recién empezaba la colonización de los territorios, no era raro que los polacos hubiesen prescindido de ellos. Pero disipada la duda acerca de los «descubrimientos polacos», el problema vuelve. ¿Dónde están los niños?

Al otro lado, en la segunda cinta, la gente atraviesa en sentido contrario a enorme velocidad. La fosforescencia comunica a la multitud un tono que podría ser siniestro de no ser por el brillante pulimento de las paredes del túnel. El transportador se detiene al cabo de avanzar unos trescientos metros. Baja y sube público. Me quedo: pienso que es preferible alejarse al máximo de mi alojamiento. En cada paradero hay un paso bajo nivel, por donde cruzan otros dos caminos rodantes.

Se les puede alcanzar por intermedio de escaleras automáticas. Los distintos tonos de los túneles transversales forman en los cruces curiosos efectos cromáticos. Reparo en la quietud del aire.

Seguramente, el magnetismo que impregna el subterráneo actúa sobre las moléculas atmosféricas y las desplaza junto con la cinta.

Pero no hay niños. Tampoco se ven ancianos. Es decir, no se notan grandes contrastes. La persona de mayor edad que he visto hasta ahora es D. Y no es tan viejo. La luminosidad acentúa la extrañeza de estos detalles. La falta de humanidad que observé en L. se refleja en cada uno de los transeúntes, especialmente en los hombres. Aquel detalle no me preocupa tanto en las mujeres.

En nada disminuye esta impresión los cuchicheos, las distanciadas y económicas sonrisas. La cinta se detiene. Miro hacia adelante. A treinta metros el transportador describe una curva. Gira en torno al terminal del andén central, y se convierte luego en la segunda vía. Un circuito cerrado.

Todos abandonan el camino, y se dirigen a las salidas. Me pliego a la multitud. Lo funcional de cuanto me rodea suaviza mis temores. Siempre lo mecánico ha sido contrapuesto a lo sobrenatural.

Por otra parte, todo es sobrio, sin adornos superfluos. Los fulgores de las amplias escaleras semejan corrientes de energía que resbalan por una pendiente: no se distinguen sus peldaños. El camino se pone en movimiento.

De nuevo al aire libre, en la misma avenida verde, a cuya vera se yergue el edificio que abandonara minutos antes. La arteria desemboca en otra que circunda un enorme parque. Tras los árboles se destaca una gigantesca construcción globular, de color rojizo, bajo cuyos volados fulgen largos ventanales gualdas que rodean la cúpula. Sus pisos inferiores desaparecen detrás de la vegetación. Es posible que me halle en el centro de la ciudad. La calzada amarilla en la cual remata la verde es la que circunvala el núcleo de Ernn. Tentado estoy de visitarlo. Pero A. se hace presente en mi memoria. Y también I., bañándose con toda naturalidad a mi vista. Me dirijo a la próxima hospedera.

—¿El señor desea…?

—¡Nada! Ni mujeres, comida, ni trago. Sólo tranquilidad.

—Muy bien, señor. —Prosigue, en un tono melifluo—: ¿Quizá el señor querrá

presenciar un espectáculo artístico?

—¿Ah, sí? ¡Por ningún motivo! Tienes buena memoria, ¿no?

—Ernn se esmera por atender a sus huéspedes —replica, ofendida—. Eso es todo, señor.

—Comunícame con 435, sexto, siete.

A., a menos de un metro. Al alcance de mi mano. Se ve hermosa, envuelta en una bata translúcida. La miro con amargura. Sonríe.

—Mi amigo. Se le puso que tú eras un vigía que él conoció hace tiempo. No lo pude detener.

Mañana te explicaré lo demás. Mala suerte, ¿verdad?

—Pésima suerte —repito con rabia, al recordar a I. Y pregunto, esperanzado—: ¿Qué piensas hacer?

—Dormir —responde, soñolienta—. Te aconsejo hacer lo mismo. Mañana nos vemos.

Pero mi sueño se ha desvanecido. Frustrado salgo a la terraza. Muy cerca, la maciza construcción despide un halo rojo.

—¿Qué es eso?

—El corazón de Ernn, señor. ¿Aún no lo ha visitado? Vale la pena conocerlo, señor.

Pronto marcho por un camino de grava bajo los árboles.

El edificio. Allí nacen dos amplias escaleras mecánicas. Ascienden por el interior de una galería roja que desaparece en lo alto. Fulguran los escalones con reflejos sangrientos. Avanzo. Varias personas me han precedido, y sus figuras, envueltas en el fulgor, se esfuman en la altura. En un peldaño, ancho como una plataforma, inicio la subida. Mis acompañantes más próximos son jóvenes. Por la escalera vecina regresan varios muchachos. Miro hacia arriba: la escalera interminable. Aquella galería parece el interior de una arteria: la escalera, el torrente sanguíneo. La fosforescencia roja me provoca una especie de somnolencia.

No. No estoy en una escalera. Bajo mis pies, un río de sangre, que me arrastra hacia el corazón de Ernn. Las personas que van delante: espectros que ascienden veloces por el espacio. Los detalles de las gradas y del pasillo se funden en un solo túnel de sangre que late acompasadamente. Trato de salir de mi estupor. Vano intento. Algo que emana de la luz o de las paredes me ha inmovilizado.

Las imágenes se desvanecen. Sólo una pantalla escarlata se extiende ante mí.

Un ruido profundo y acompasado. Latido que aumenta en intensidad. El foco verde que brilla. La luz se agranda. Sin darme cuenta me aproximo a ella. El latir. El pulso. El corazón de Ernn. Doy un paso. Salgo de la escalera. Avanzo por el interior de lo que debe ser una gigantesca cúpula. Mis ojos fijos en el verde fanal que flota en

el vacío. El latido resuena. Súbitamente cesa. Corto silencio. El latido. El pulso.

XI

Ernn: ciudad de Cronn. CLVIII ciudad del primer anillo.

Visión del anillo. Una llanta metálica de superficie rigurosamente pulimentada. Un cuerpo geométrico de sección rectangular. Es hueco: mide doscientos ochenta kilómetros de ancho por veintiocho de alto. Sus paredes, altísimas cordilleras. Muros oscuros y lisos. La de arriba es transparente. Vista por fuera es un espejo donde se refleja una franja de la carta geográfica de la corteza. El interior del aro: un valle sin fin. Un aeroducto cuyo suelo está formado por una capa de tierra seleccionada. Sobre ella la atmósfera, que no alcanza a llegar al techo translúcido. Un territorio fértil. Selvas, bosques y montañas. Tierras de labranza. Lagos y lagunas. Ríos bien canalizados. Navegándolos, se puede dar la vuelta al mundo a doscientos cincuenta kilómetros de altura. La extensión del anillo es suficiente para abastecer a las poblaciones sin recurrir a los planetas.

Ernn: visión panorámica. Su exacta posición en el anillo. Rectos caminos que nacen de su última calle, la unen a las demás urbes. Caminos que siguen a través del valle, circunvalándolo.

Ferrocarriles subterráneos que circulan por tubos al vacío aseguran su comunicación con todo el aro.

La conectan con los centros de producción automáticos, situados lejos de la ciudad. Allí las máquinas siembran, cosechan y conducen la materia prima a las elaboradoras. De allí parten a Ernn, ya transformadas en productos.

El corazón de la ciudad. De aquí nace la red de tubos neumáticos —el sistema circulatorio— que distribuye a cada uno de los edificios, automáticamente, alimentos, enseres, prestación de servicios, etc.

Bajo el corazón, la Mente. La Mente regula. La Mente vigila. La Mente dirige toda la ciudad.

Cada edificio reclama sus provisiones antes que se le terminen: el tubo se las lleva. Desde el subsuelo de aquellos, otro sistema distribuye a cada uno de los departamentos.

Almacenes, tiendas y mercados. Conectados a los edificios y al corazón. De cualquier departamento pueden solicitarse sus servicios: la red satisfará la demanda.

Cualquiera falla, cualquiera irregularidad, cualquiera falta de cortesía: ¡reclamen a la central!

La movilización: cintas transportadoras que se deslizan sobre polos magnéticos. No descansan jamás. Tómenlas en cualquier barrio y podrán recorrer toda Ernn.

¿Necesitan volar? ¿Quieren recorrer la ciudad, sus alrededores y el anillo por el aire? Vayan al edificio más próximo: en su azotea hallarán magnetones.

Aquí están los museos, donde se guardan los sagrados principios de la

colectividad. Aquí las clínicas. Aquí los restaurantes.

¿Quieren salir del anillo y dirigirse a los planetas? Tomen los magnetones y enfilen a la más próxima salida. Cráteres situados a lo largo de todo el valle, cerca de las ciudades, desembocan en la pared inferior del aro. Los accesos: enormes tapas circulares que se abren y cierran por magnetismo, periódicamente, para evitar la más mínima pérdida de aire.

Ésta es Ernn, CLVIII ciudad del primer anillo.

¡Respétenla y ella les servirá con sumisa lealtad!

Estoy bajo una enorme cúpula rojiza, sobre una cinta transportadora que gira con lentitud en derredor de un foso central. Tomo una escalera de bajada. Por la vecina suben varias personas.

Siempre los ojos fijos.

El tránsito urbano, por calles sólo para peatones. No se conocen los accidentes del tránsito.

¿Quiénes son los cronnios? ¿Qué hacen? ¿Por qué su silencio? Un salvaje trasladado bruscamente a una metrópoli: eso soy. Siglos de cultura sedimentada. Siglos de vivir en ciudades como Ernn.

Siglos de disciplina síquica. Una brisa fresca aquieta mis nervios. En el cielo, más allá de la neblina iridiscente, está la cubierta diáfana. ¿Quién había hecho todo eso? ¿Los titanes? Parecía una tarea gigantesca aún para ellos. El hecho que hubiesen actuado en un planeta de baja gravedad, según L., la hacía más comprensible. Colocar un techo de doscientos ochenta kilómetros de ancho. Si los anillos son de origen natural, bien pudieron los titanes limitarse a darles su actual aspecto y función: estuches herméticos, en cuyo interior corría un valle de mayor tamaño que Siberia. Allí los herederos de los gigantes habían levantado dos mil ciudades como Ernn.

Cronn nada tiene que ver con el mundo superior. La corteza terrestre vuela en mil pedazos, y surge de sus entrañas un nuevo planeta rodeado de anillos. Habrían podido hacerlo.

El restaurante está en una terraza, en el segundo piso. Lo he elegido al azar. Tengo hambre.

Las mesas, para dos y cuatro personas, se ven bastante separadas entre sí. Se nota que aquí los restaurantes no persiguen fines de lucro. Me instalo al lado de la baranda, junto al parque. A pesar de lo avanzado de la hora, varias personas están comiendo. A través de un cristal se divisa un salón.

La iluminación es suave: deja los rostros de los demás en la penumbra. A mi izquierda, la ciudad se proyecta con su infinidad de rascacielos dejando oír su

zumbido de colmena, interrumpido a veces por su apagada respiración.

Hago mi pedido al mozo mecánico. La silueta de I. vuelve a mi mente. También A. No me quedan ánimos para insistir con las cronnias. A. tiene razón. Debo esperar. De lo contrario, todo me saldrá al revés. Tal vez ha sido preferible que lo de I. haya tenido un desenlace tan poco afortunado.

Pude meterme en un lío. Había empezado bien. Pero, ¿habría podido mantener la farsa hasta el final?

Para ser un restaurante, poco o nada en común tiene con los que conocí en Chile. No se ven rostros congestionados, ni mujeres que miran a hurtadillas. Los diálogos se mantienen en voz baja.

Las risas jamás sobrepasan un tono discreto, cuando llegan a producirse.

El hombre aparece cuando empiezo a comer. De inmediato llama mi atención. Es alto, flaco; viste uniforme gris oscuro. Toma asiento al lado de la baranda, separado de mí por una mesa.

Entonces veo su rostro. Muy pálido, con ojos rodeados de negras ojeras que se destacan en su cara hierática. Varios comensales lo observan, haciendo comentarios en voz baja. Hasta me parece notar en dos de ellos algo como preocupación. En ese preciso instante me lanza una rápida ojeada.

Destellan sus ojos, y, por una milésima de segundo, me siento traspasado. Luego se inclina sobre la mesita rodante, y ordena su comida. Parece olvidarse de mí.

El incidente me ha intranquilizado. Siento un impulso irrefrenable de marcharme de allí. Me contengo, y sigo comiendo, lanzando disimuladas miradas al hombre. Sobre su pecho, a pesar de la distancia, distingo su placa identificadora que se destaca por su tamaño. Técnico. Las demás cifras son ilegibles.

¿Policía? Nada había dicho Ernn sobre ella. ¿Sería un agente? Su aspecto inspira desconfianza.

Ese es el sentimiento que creí advertir en los comensales, a pesar de su frialdad.

Trato de desentenderme de él, a pesar que lo tengo al frente. Me inclino sobre el plato. Una extraña sensación me obliga a alzar la vista: el Técnico ha clavado sus ojos en mí. Me escruta impasible, sin que un solo músculo de su cara se altere. Nervioso miro en derredor: la gente sigue comiendo tranquila. El segundo plato. El Técnico continúa observándome. Un centelleo hipnótico riela en sus ojos. Sin pensarlo dos veces me levanto y, paso a paso, me dirijo hacia la rampa de salida. Ya oigo una voz dura que me conmina a detenerme. Al llegar a la salida, doy un vistazo al hombre. No deja de mirarme.

Segundos después avanzo por la calle. Por la primera escalera bajo a las cintas transportadoras.

Miro hacia atrás. No distingo al Técnico entre la multitud. La vía se pone en movimiento. ¿Tendrá algo que ver este personaje con el peligro que me advirtiera A.?

—¿Quiénes son los Técnicos?

—Los que dirigen Cronn, señor.

—¿Cómo así? ¿Qué dirigen?

—Las ciudades, las máquinas, todo.

—¿Qué es «todo»?

La voz calla. Insisto. El mismo silencio. Otra pregunta sin respuesta. ¿Por qué? Los ventanales de Ernn me escudriñan a través de la terraza.

Me he serenado. Mi situación no puede seguir así, indefinidamente. ¿Qué será de L.? Sólo ahora comprendo la falta que me hace. Aún no estoy recuperado por completo de los efectos del narcótico.

¿O he cambiado? No hay duda que mis reacciones son opacas. Siempre fui nervioso. ¿Regresaré algún día a la superficie? Me encuentro en condiciones de encarar con entereza las posibles conclusiones. Ha desaparecido en parte la sensación de estar viviendo un sueño. Poco avanzo sin L.

Pero debo partir de la base de que lo volveré a encontrar. Posiblemente A. me ayude a ello.

¿Volveré a Chile? Los habitantes de este mundo nunca lo consentirían. Ha pasado la peor parte de la aventura. Alejado de Chile, hallarme en Polonia o en Cronn resulta lo mismo. Hay, no obstante, un hecho favorable para mí: los cronnios se han visto forzados a justificar su error. L. y D. —hay otro en el secreto que aún no conozco— necesitan que las autoridades cronnias ignoren la fuga de X. O sea, nadie en Cronn sabe que no soy X., aunque esta confidencia también se la he hecho a A. ¿Habré procedido bien? Después de todo, ¿quién es A.? Pero su imagen, al volver a mi memoria, me inspira confianza.

Nadie debe saber que X. ha intentado escapar. Puedo entonces comenzar una vida nueva, bajo circunstancias favorables.

¿En qué consistirá mi oficio? ¿Qué deberé vigilar? Por cierto que no es el campo experimental mencionado por L. De nuevo el mundo subterráneo, de ahí debo partir. Cronn nada tiene que ver con la Tierra. Está separado de ella por mil kilómetros de granito. ¿Cómo se va a la superficie? ¿En qué forma llegó X. a Chile? ¿Por dónde me trajeron? Debe existir algún camino. L. me había hablado de él en el Villorrio de la Calavera. Una senda muy bien resguardada. Un camino que traspasa la corteza, sorteando bolsones de lava, pantanos en ebullición. Zonas donde la gravedad está alterada. El infierno. Puras divagaciones. A., alegando ignorancia, también rehusó darme explicaciones.

L. pudo ser sincero al decirme que sería devuelto a mi patria. Recapturarían a X., y yo volvería a ser Hernán Varela. Pero, ¿y si X. hubiera huido? Ha tenido tiempo demás para abandonar la personalidad de Hernán Varela y buscarse una nueva.

¿Cómo no pensé antes en eso? X. tiene que haberlo hecho. No podía ignorar que sus compatriotas volverían a buscarlo en cuanto descubriesen su truco. ¡Hernán Varela ya ha desaparecido de Santiago!

La historia relatada por L. en la clínica. El plazo que los cronnios —polacos en esa época—tenían para recuperar a X. ¿Cuáles serían las causas de aquél? Otra vez la subtierra. Mientras no sepa a qué atenerme sobre ella, todas mis disquisiciones son ociosas. En todo caso, mis posibles alternativas se reducen a dos: que los cronnios me devuelvan a Chile, o que me vea condenado a representar el papel de mi antecesor por el resto de mis días. Siempre que el secreto de la sustitución no haya sido descubierto. Porque entonces…

—¿Algún recado para mañana, señor? ¿A qué hora desea que lo despierte?

Salgo a la terraza a echar un último vistazo a Ernn. Continúa el ir y venir de transeúntes. Vuelvo al dormitorio.

—¿Quiere oscuridad, señor?

Ernn desaparece bruscamente, hundiéndose en las sombras.

XII

—Buenos días, señor. Le espera un día hermoso. ¿Qué se va a servir de desayuno?

Me doy un largo baño. Chorros de agua pulverizada se deshacen contra mi piel produciéndome un infinito bienestar. Me visto, tomo el desayuno y salgo.

La calle se curva a lo lejos. Varios cronnios miran el cielo. Un cruce. Ernn, transportada por el anillo —un valle rodante—, va llegando al polo. La blanca llanura, delineada por un canal circular, aparece atravesada por oscuros arcos. Ernn aún no se encuentra bajo el vértice. El relieve y simetría de los anillos que surcan pesadamente el espacio. Sólo la gravitación los sostiene.

En una tienda de artículos ópticos me premuno de prismáticos. Basta pedirlos por un micrófono, y allí están.

Una cruz de cuatro brazos plateados comienza a extenderse contra la zona alba. Algunos cronnios se detienen a observarla. Otros, la mayoría, la ignoran. En la azotea hay tres personas contemplando el cielo. ¡La cruz ha desaparecido! Miro a los cronnios. No les ha llamado la atención el fenómeno.

Tampoco advierten —por suerte— mi ofuscación. ¿Qué ha ocurrido? Recorro el cielo con el prismático: nada. Veo todo envuelto en una niebla. Y entonces… Ernn lo dijo: la cara superior de los aros son espejos. Sí: en el segundo y tercer anillo se reflejan, en este instante, los territorios polares del planeta central. Blanco sobre banco. Minutos antes, al observar los satélites, había visto sus paredes laterales. A medida que Ernn se aproximaba al vértice, aquéllas se hicieron más delgadas, y desaparecieron cuando la ciudad llegó bajo el punto de intersección.

Lentamente se perfilan dos líneas que se cruzan: son las paredes opuestas de los dos satélites.

Ernn sigue su marcha, y se aleja del vértice. Fuera del polo, los dos espejos —que se distinguen por un borde— retratan una franja de los continentes inferiores. Un canal, que comienza en el linde del segundo anillo, desaparece bruscamente en el vacío. El mapa de la corteza está atravesado por una carta geográfica de orillas paralelas; se interrumpe en el polo, y reaparece en su lado opuesto hasta hundirse en el horizonte. Lo mismo sucede con el tercer aro. Desde allí los cronnios, cabeza abajo, contemplan el mismo espectáculo. Pienso que, con un telescopio y fuera del anillo, podría verme a mí mismo escrutando el cielo.

Me deshago de los prismáticos y los echo en un tubo recuperador. Este lo conducirá a la Central.

Allí la Mente, que todo vigila, se encargará de devolverlo a una tienda de artículos ópticos.

Es una hermosa ciudad. Limpia, de bellos colores. Marcho por el centro de la

avenida. De tarde en tarde la calle parece transformarse en una criba. Se abren los innumerables poros de plástico y aspiran profundamente. Además, las aspiradoras laterales engullen cada cierto tiempo los escasos desperdicios. El detergente complementa el aseo humedeciendo las arterias a grandes trechos.

Camino sobre una piel.

El deambular de los cronnios tiende a disminuir. Gran movimiento de magnetones en el cielo.

Esferas opalinas que cruzan raudas, destacándose apenas contra la corteza. Todo en silencio. El cruce ha quedado atrás. El planeta superior es una tela floreada. Limpieza y resplandor en todos los detalles. Sí: Cronn es un mundo limpio. Pero detrás de aquella pulcritud se oculta la amenaza.

Las fuentes que lanzan chorros caprichosos a enorme altura. Y entonces… Los niños siguen ausentes. Me dedico a corroborar el detalle. No se ve ningún chico. Como en el pueblo.

La sastrería. En un cuarto pequeño un invisible sastre mecánico toma mis medidas mediante sutiles instrumentos y pantallas. Se abre una especie de guardarropa, y allí está mi atuendo. No ha sido confeccionado especialmente para mí. El sastre se ha limitado a pedirlo luego de verificar mi talla. El tubo neumático ha hecho el resto. Es un uniforme azul, de sobria comodidad. Me servirá, además, para despistar a mis probables perseguidores. En Cronn los hombres no se destacan por su elegancia. Sólo las mujeres exhiben mayor variedad de vestiduras.

—¿Has esperado mucho? —La cronnia lleva un vestido más recatado.

Nos dirigimos al próximo paradero de cintas. Repara en mi flamante tenida. Le informo que he visitado el corazón de Ernn.

—Eres casi un cronnio —comenta.

La escalera automática. No tomaremos los transportadores. Un tercer juego de escaleras nos lleva más abajo.

—¿Qué son los Técnicos?

—¿Has visto alguno? —pregunta, con un leve sobresalto.

Escaso público en la amplia galería. En la pared que enfrenta el acceso se destaca una serie de puertas. Cuando le narro el incidente del restaurante me insta a hablar en voz baja. Nadie repara en nuestro confidencial coloquio. La inmensa galería, reluciente, iluminada por la delicada fosforescencia del cielo raso, presenta sobrios dibujos. Es una de las estaciones de trenes subterráneos.

Los Técnicos son los que tienen la responsabilidad del funcionamiento automático de Cronn.

Reciben una educación especial, sometidos a una férrea disciplina. De ahí su curioso aspecto.

—¿Curioso? Diría fatídico.

Movimiento entre el público. A lo largo del muro las puertas se abren. Cruzamos un corto pasillo que desemboca en otro larguísimo, perpendicular al primero. Siempre la tenue iluminación que, no obstante, permite ver hasta los menores detalles. Apagadas exhalaciones de compresoras. Tengo la curiosa impresión de hallarme herméticamente aislado del exterior. A ambos lados del pasaje hay puertas. Un confortable camarote: cómodos sillones, transformables en camas. Un minúsculo cuarto de baño. También, una pantalla de gran tamaño que asemeja una ventana.

Una fuerza invisible me empuja con suavidad contra el respaldo del asiento. Por el tubo al vacío el «subte» resbala como un proyectil impulsado por los polos magnéticos.

Oprimo una mano de A.

—¿Siempre tienes que aferrarte a las mujeres?

—Toda la vida.

En la pantalla relucen líneas y puntos, que forman una especie de mapa. Es el itinerario del tren.

—Dnak —musita A. en un micrófono. Luego contesta a un comentario mío—: Los cronnios son amigos de la intimidad.

—¿Todos los vagones están divididos en camarotes como éste?

—Todos. Los bienes materiales sobran en Cronn.

Siempre es posible encontrar departamentos disponibles, tanto en las ciudades como en los ferrocarriles. Nunca faltan los magnetones en las terrazas. Sobran la comida y el vestuario.

—Y siempre encontrarás una mujer dispuesta a compartir estas comodidades —concluye, en un tono indefinido—. Sobran las A. y las I.

—¿I.? ¿La conoces?

—Anoche tuve el gusto de escuchar su voz, por lo menos.

—¿Cómo?

—Mi amigo nada sospechó. Pero yo sí. En la imposibilidad de prevenirte contra todas las asechanzas cronnias, pedí una comunicación confidencial con tu departamento. Tú no te diste cuenta. I., que estaba tan deseosa de dormir, tampoco. Y escuché vuestra amable charla.

—¿Por qué lo hiciste?

—Para defender a mi buen X. de tentaciones. Aunque sé que tú no deseabas ser defendido de I.

Se recuesta. Entrecierra los ojos, al proseguir:

—No te desanimes. Con el tiempo, si todo resulta bien, no te faltarán amigas comprensivas y libres de prejuicios.

—¿Por qué hablas así?

—Vienes de un mundo donde existen cosas que aquí han desaparecido. Somos mucho más distintos de lo que crees.

En Cronn sólo se convive, prosigue A., cansada. Todos colaboran por el bienestar de la colectividad. Se desconoce el egoísmo. No existiendo el matrimonio ni la familia, el cronnio es libre para hacer lo que le plazca. Siempre que no perjudique los intereses colectivos. No hay mujeres feas ni hombres sin atractivos en Cronn. «Todos somos más o menos iguales». La voz de A. resuena extraña al decir aquello.

—Trabajamos duramente. No hay tiempo para el amor: sólo para convivir.

Fulgen las paredes plásticas. Se espesa la atmósfera del camarote. El expreso engulle espacio en el vacío. Una bala que jamás abandonará al ánima de su cañón. Comodidad, limpieza, funcionalismo. Tras ello, una gran frialdad. La gente: simples accesorios de aquel fabuloso poderío económico. La ocurrencia se esfuma rápida. Pero queda latente en el fondo de mi conciencia.

—¿Y los niños?

—En salas-cunas. A cargo de personal especializado. Son engorrosos dentro de un pueblo que trabaja.

A veces la fuerza me empuja hacia adelante. Una estación. De nuevo la inercia. Nueve mil kilómetros por hora. El ferrocarril se desliza por las tuberías de la gran máquina cronnia. Transporta en silencio a sus callados pasajeros. Va y viene. Se para. Vuelve a resbalar. Todo controlado desde la distancia. Un Técnico de expresión hierática y profundas ojeras mueve palancas y conmutadores.

Sus ojos penetrantes escrutan diales, barajan ecuaciones, miden el tiempo. Las imágenes desfilan veloces por mi imaginación.

—¿Qué labores les quedan a los cronnios por realizar si todo es automático?

La verdad es que todo el mundo podría descansar en Cronn, me explica A., con desgano. Sería posible vivir sin trabajar. Pero la colectividad, temerosa de la corrupción, ha limitado el automatismo. Además de protegerlos contra la degradación, la fuerte disciplina a que se encuentran sometidos los cronnios impiden que el progreso se estanque.

—L. te explicará todo eso algún día. —Decididamente, hay tópicos que la aburren.

—¿Sería posible que tú me ayudaras a localizar a L. o D.?

—¿Conoces su clave identificadora?

Se refiere a las cifras que van estampadas en la insignia. Advierto que A. no lleva la suya.

—No.

—Es imposible hacer lo que pides, entonces. Pero ellos podrán localizarte llegado el momento.

De pronto se me ocurre pensar que A. está en connivencia con L. Es una sospecha repentina. L. pudo dejarme escapar adrede. La mujer apareció de manera providencial.

—Tú conoces a L.

—Estás equivocado —replica con tranquilidad—. No conozco a L. ni a D. Tampoco sé qué planes tienen respecto a ti.

Brillan sus ojos suavemente.

—¿Planes? No entiendo…

—Tú me contaste una historia. Yo te la creí. Pero a mí no me consta que la historia que L. te contó sea verdadera.

Se acentúa la irrealidad del ambiente. Un ligero escalofrío me sacude. Ella es la que me toma la mano ahora.

—Nada temas. Los cronnios no acostumbran a inmiscuirse en la vida del prójimo. En tanto más solo andes, menos riesgos correrás.

—Procedes de un modo extraño.

—Piensas eso porque desconoces nuestra mentalidad. Es posible que haya hecho cosas que te han herido. Pero no he tenido tiempo de trazar un plan para adaptarte a nuestro medio como L. Además, no serviría para eso. Soy poco aficionada a pensar. Me has caído en gracia. De lo contrario te habría dejado solo.

De nuevo una gran debilidad.

—Tú no te das.

—Las cronnias nunca se dan.

—¿Y tu amigo?

Sonríe. Sus labios rojos, húmedos. Un poco abultados. La escena en el magnetón. Me revuelvo inquieto.

—Dale con lo mismo. No tengo amigos. El de anoche lo conocí en la terraza.

—¿Y por qué te fuiste donde él entonces? —A duras penas contengo mi furia.

—Convivencia, simplemente. —Lo dice sin cinismo.

—Pero conmigo no convives.

El aislamiento del camarote. Los sillones. El silencio. Mi vista se oscurece. Su mano me acaricia el pelo. Experimento una gran sensación de alivio. Y dulzura.

—Es lo único que he hecho desde que volví en busca tuya.

—¡No es ésa la colaboración que quiero!

—¡Cálmate! Eso lo encontrarás en todas las cronnias, cuando llegue el momento.

—Sólo te quiero a ti.

—Dnak —dice una voz seca.

—Nada de impulsos. —Se desprende de mí.

—¿Y cómo lo hacías con tu amigo anoche?

—Telepatía —exclama riendo. Y añade con un tono de reproche—: Eres bastante

grosero, ¿no?

XIII

Dnak: selva umbría y esbeltos edificios.

Flores de raras formas y colores. Las calles cruzan a gran altura sobre la floresta. Puentes audaces sólo apoyados en los rascacielos, que se yerguen en medio del inmenso parque, sobre robustos pilotes por cuyo interior circulan ascensores. Salvajismo y civilización. Un colorido intenso y un perfume enervante emergen de la urbe. Canales serpentean entre la espesura. Debajo del manto agreste corre el alucinante sistema de cintas transportadoras.

—¿Te gusta?

La visión de la urbe: fantasía descabellada. Sólo una incalculable riqueza ha sido capaz de concebir y realizar Dnak. Los anillos que ruedan alrededor de los planetas. La corteza que se desplaza lenta en el cielo, con sus océanos y continentes.

—No te quedes así embobado. Recorre la ciudad sin aparentar asombro, mientras yo hago mis visitas. Si quieres baja al parque y me esperas allí.

—¿No hay fieras?

Ríe.

—Creo que no. Encontrarás de todo. Cualquier cosa que necesites no tienes más que pedirla a las proveedoras.

Las márgenes de una laguna. Hojas de un verde intenso se inclinan sobre las aguas. Las flores exhiben corolas de tamaños monstruosos. Un jardín de mutantes. Bajo el agua se deslizan extraños peces. Aves semejantes a zancudas me miran desaprensivamente.

Me tiendo sobre el césped aterciopelado. Rumor de brisa entre las hojas. Piar de pájaros. Pero arriba, a poca distancia, atraviesa una calle plástica bordeada de jardines. Y a través del paisaje selvático aparecen los bellos edificios. Una perfecta amalgama entre la naturaleza y la obra del hombre: el rascacielos y la selva. Los cronnios gozan con los contrastes. Pronto me duermo.

—¿Nadie viene aquí?

—Únicamente después de las horas de trabajo.

—¿Y los niños?

—Las grandes ciudades son para mayores.

—¡Ah!

—¿Quieres darte una zambullida antes de almorzar?

El agua me sienta bien. Me devuelve los ánimos. Hasta me pongo optimista. Con lo que podría esperarse de la moda cronnia, los trajes de baño son discretos. Pero en las proximidades dos mujeres y una pareja se bañan desnudos. Chapalean sin gran

alborozo. A pesar de todo el parque es solitario.

Tendría que bajar toda la ciudad para que se mostrara poblado.

Almorzamos recostados en el pasto. ¿Qué hay tras tanta belleza y comodidad? Salta la interrogante de tarde en tarde. Entonces todo parece ponerse el acecho. Miro a la cronnia. Como siempre, está cerca pero lejana. Sonríe a veces. Otras, me observa pensativa.

—¿Quién construyó todo esto, A.?

—¿Qué cosas?

—Los anillos.

—Son naturales, que yo sepa.

—¿Tan simétricos? ¿Con ese techo transparente?

—Hubo una raza antiquísima que los trabajó y les dio su forma actual.

—¿Los primitivos pobladores de Cronn?

—Sí: la raza de titanes de la que te habló L. —asiente con lentitud.

—¿Cuál es tu trabajo?

—Inspectora.

Cada vez que ocurre un caso de percepción extrasensorial A. u otra inspectora acude al lugar del hecho. Verifica y toma nota de todos los fenómenos externos que pudieron influir en la percepción: calor, presión atmosférica, luminosidad, magnetismo, etc. Además, hace una especie de reconstrucción de la escena. Es una labor de tipo estadístico. Los datos así reunidos los envía al laboratorio. Tampoco se explaya mucho sobre la naturaleza de tales investigaciones. Sólo me explica que en Cronn se efectúan importantes trabajos en ese campo. Por lo demás sus actividades son de carácter rutinario. Las desarrolla dentro de un sector que comprende tres ciudades del primer anillo, que incluye Ernn y Dnak.

—¿Qué hacías en el pueblo?

—Cuando dispongo de ratos libres me agrada ir a los continentes.

—¿Te gusta tu trabajo?

Hace un gesto de indiferencia.

—Tengo condiciones para él.

—¿No te agradaría criar niños, por ejemplo?

—No. —Su tono se endurece instantáneamente.

—Por lo visto las cronnias tienen poco desarrollado el instinto maternal.

—No creas. No sólo los niños lo necesitan. Somos muy maternales con los mayores.

—No conmigo.

—Tú eres un niño todavía. Deberían introducirte en una incubadora por algunos años más.

La brisa inquieta las hojas y el agua. Arriba flota la calle. Más arriba, el cielo

translúcido. Tras él: la envoltura de la subtierra. A veces, rumores de voces en las cercanías. Risas ahogadas. Los cronnios se hacen el amor en contacto con la naturaleza. Es decir, conviven.

En la galería A. echa la cesta y demás adminículos en un recuperador.

—¿Existen policías aquí?

—No. Únicamente la autoridad central.

—¿Qué es ella?

—Esta tarde te llevaré a un Museo. Ahí conocerás todo eso.

Un reducido número de personas marcha por el pasaje. Todo fosforece con una tonalidad rojiza.

Las personas, a lo lejos, adquieren rasgos demoníacos. La cinta transportadora avanza veloz con su cargamento humano. Se detiene. A. se nota triste.

—¿Qué te sucede?

Está a punto de decir algo. Se arrepiente.

—Nada.

—Mientes. Te reprimes conmigo.

—Menos mal que lo puedo hacer.

Escaso público en el transportador. Nos separamos un poco del grupo para continuar nuestro diálogo.

—A., no me dejes. Yo creo que tú y yo podríamos…

—No podríamos —me interrumpe, en voz muy queda.

—¿No significo nada para ti?

—Si fuese así no haría lo que estoy haciendo.

—¿Por qué te vas entonces?

—Porque Cronn no es la Tierra.

—¿No hay ninguna manera para que un hombre y una mujer puedan vivir juntos?

—Ninguna. Nuestras leyes prohíben la convivencia por períodos largos. Toda persona que ve una pareja por más de veinticinco horas debe dar la alarma. Es una obligación.

—¿Por qué?

—No me hagas explicarte esas cosas. Poco a poco lo comprenderás. Cronn es miles de años más evolucionado que la Tierra.

Ciertas instituciones desaparecen con el progreso. En especial aquellas que generan intimidad.

Me insta a caminar por la cinta hasta que alcanzamos al resto del público.

—¿Y si un hombre se enamora de una mujer?

—En Cronn nadie se enamora.

—No es cierto.

—¿Por qué habría de mentirte?

—Para alejarme. Podrías ser franca. Decirme: no me gustas. Me has inspirado lástima, y por eso te ayudo. Nada más.

Me mira con aire regañón.

—Si así fuese no te quedaría otra alternativa que aceptar, ¿verdad?

Me pide silencio. Nos encontramos rodeados de personas. En lugar de dirigirse al parque toma el pasaje que conduce a un edificio. Antes de llegar a los ascensores se detiene, y me cuchichea:

—Cuando me haya ido, recorre la ciudad. Trata de andar apurado, como si fueses a hacer algo. Si te cansas vas al parque o te encierras en un edificio.

Me da la dirección del Museo. Allí nos juntaremos.

—Cualquiera cosa que te ocurra procede con naturalidad. Nadie te va a tomar preso para interrogarte.

De pronto, con un impulso repentino, me echa los brazos al cuello y me besa. Tiembla. Antes que pueda reponerme entra en un ascensor. Espero el próximo vehículo. Cada vez me siento más sólo.

I. Creo ver visiones. La esbelta cronnia me espera a la salida del edificio.

—Qué tal, vigía —me saluda, con un tonillo gatuno.

Aparento tranquilidad. Si bien me sorprende, nada temo de la mujer.

—¿Cómo me encontró?

Sonríe con dulzura.

—¡Vaya! El llamado de anoche de su amiga A. quedó registrado. ¿No sabe que todos los llamados se graban? En la mañana llamé al departamento de A. y vi que estaba durmiendo. ¡No quise despertarla!

Me toma de un brazo, y me hace avanzar por la calle. Me invade una leve inquietud.

—Tengo que hacer. Acompáñeme un rato. Usted está con permiso médico, así es que tiene tiempo, ¿verdad?

Procede con su desenvoltura de costumbre. Todo lo hace al desgaire, como si no hubiese nada de importancia en el mundo.

—¿Y qué hizo cuando averiguó que mi amiga estaba en el departamento?

—Me di un buen baño. Pero me sentía un poco molesta. Me acordé que usted me había dejado plantada anoche. Recién bañada y todo. Me fui donde su amiga y la seguí. La vi junto con usted.

Tomé el mismo «subte». Dnak está dentro de mi sector. Y aquí me tiene.

—¿Y?

—La ley dice que es de mal gusto que un cronnio se junte dos noches seguidas con una morena.

Y menos con la misma. Así es que esta noche tendrá que dedicársela a la pobre I.

—¿Y si tengo otro compromiso?

—Siempre que no sea con A. tendré que conformarme. Aunque reconozco los méritos de su amiga, es un poco más gruesa que yo. ¿O es que no le gustan las jovencitas delgadas?

—Sí, me gustan.

—No hay nada más que decir, entonces. Espéreme en Ernn, en el mismo departamento de anoche. Llegaré tarde.

—Debo quedarme en Dnak.

—Entonces tendrás que indicarme dónde vas a alojar para ver a tu compañera.

Bajo la calzada se extiende la floresta. Varias personas marchan en las proximidades. Jardines con bellas flores bordean la calle. Un edificio. No hay nada que hacer. La ley es la ley. Pero A.: ella me está ayudando. En cambio I…

—¿Qué me dice? ¿Me espera?

—No lo sé.

—Eres un tipo extraño —me interpela de pronto, deteniéndose—. No me voy a meter en tus asuntos particulares. Pero una cosa te aseguro: esta noche no te juntarás con A. De lo contrario la hago vigilar.

—Está bien —digo, disimulando mi preocupación.

—Si no puedes estar conmigo, qué le vamos a hacer. Me gustas, pero no puedo obligarte. Eres un mal cronnio. No debiste dejarme anoche para juntarte con A.

Sería difícil hacerle creer que no estuve con ella. Prefiero no decir nada.

—Tengo mala suerte. Nunca puedo elegir. Pero por lo menos me encargaré que esta noche A. tenga otro compañero.

—¡Eso no lo harás! —digo con furia.

—¿Qué modales son esos? —me observa sorprendida—. Nunca había visto un cronnio tan violento.

—No puedes hacerme eso —insisto, tembloroso, tratando de contener mi rabia.

—Al menos te obligaré a buscarte otra amiga —replica displicente. Antes de entrar en el edificio añade—: En el mismo departamento de anoche. En Ernn.

Desaparece. No hay oficinas en los edificios. ¿Cuáles serán las actividades de I.? Sigo avanzando por la calle. Me sosiego. I. es inquietante por donde se la mire. Pero separado de ella, A. vuelve con fuerza. Y me va a abandonar. No hay vuelta que darle. En Cronn no se toleran los sentimentalismos.

La luz disminuye. Frente al Museo —un edificio color crema, de aspecto imponente, que se alza en medio de una plaza aérea— me encuentro con A. Se la ve preocupada.

He esperado la cita recorriendo Dnak. No he vuelto a ver a I. Tampoco lo deseo.

A medida que transcurrían las horas me ha ido poseyendo una curiosa melancolía. El dejar hacer —actitud predominante de mi personalidad desde mi llegada a Cronn— vuelve con renovados bríos. Estuve en el parque, recostado en la hierba, observando el planeta superior, hasta que su insensible desplazamiento me produjo vértigo.

Con gran calma A. escucha la historia de mi encuentro con I. La calle, bajo mis pies, aspira profundamente. Una hojita seca es engullida con gran voracidad.

—Malo estuvo eso.

—¿Crees en sus amenazas?

—A mí me puede vigilar. A ti no.

El Museo. Flores hermosas, fragantes. De nuevo reparo en la falta de la placa.

—¿Qué se te hizo?

—Se me extravió anoche. —Me toma de una mano. Así trasponemos el amplio portal.

Solemnidad y silencio. Tristes presentimientos.

XIV

El museo aparece vacío. Escasa iluminación. En una extensa sala, una máquina. El foco verde.

Lo miro. A. pierde materialidad. Sólo tres personas se distinguen en la penumbra verde. La voz.

Sí, al cronnio debe prohibírsele todo para enseñarle a valorizar lo que la colectividad le permite hacer. El cronnio es débil, y es su debilidad la que le hace crear los convencionalismos. La historia de nuestra raza tiene como protagonista al miedo. Sentimientos tan profundos como el amor y la amistad no son sino reflejos de esa sorda lucha contra el temor. El cronnio se teme a sí mismo, y teme a sus semejantes. Es así como en los comienzos de nuestra civilización buscó apoyo en el individuo, en su prójimo. La colectividad, aún en pañales, no constituía un respaldo suficiente para él. Le horrorizaba su propia flaqueza. Sabía que sus leyes, sus principios y normas dependían, en último término, del enfoque subjetivo de quienes las aplicaban: es decir, de sus semejantes.

La familia llegó entonces a constituirse en el núcleo más fuerte de la sociedad. En aquel pequeño grupo el cronnio dictaba sus normas, se sentía obedecido y compensaba las desazones e injusticias de la colectividad. Era su único baluarte, lo único real y tangible, lo único que lo impulsaba a luchar.

Allí estaban su mujer, sus hijos, su casa. La colectividad era, en el fondo, un mal necesario.

Pero el cronnio, como ser solitario y aislado, no tiene ningún valor. Le cuesta incluso encontrar un lenguaje inteligible para comunicarse. La famosa incomunicabilidad de los espíritus es el fracaso del cronnio solo frente a sí mismo. Únicamente al integrar una colectividad, al desempeñar la labor de un simple tornillo dentro de la máquina social, alcanza toda su grandeza. Porque al aislarse, por sentirse incomprendido, se convierte en un ser inútil. Es necesario que transcurran siglos de vida colectiva para que el cronnio sea libre, pues por naturaleza es incapaz de utilizar su libertad.

Los primeros grupos sociales se organizaron para defender al individuo contra las acechanzas externas: las fieras y las tribus salvajes. En una etapa superior, desaparecidos tales riesgos, la colectividad pareció perder su eficacia, pues los hombres exigían cada vez más libertad, hasta el extremo de poner en peligro la civilización. No habrían vacilado en ir a una guerra atómica con tal de asegurar sus derechos personales.

Fue entonces indispensable una reorganización para defenderse de una nueva

amenaza: ellos mismos. Y para esto hubo que suprimir la gran fuente de los sentimientos personalistas: el matrimonio, que da origen a la familia y a toda su secuela de taras sociales. Fue necesario suprimir el amor y la amistad morbosa para reemplazarlos por la simple convivencia. En lugar de exigirle al individuo, el cronnio exige a la colectividad. Ella está por encima de todas las cosas materiales, y cada uno de sus miembros puede y debe sacrificar cualquier sentimiento egoísta frente a tan magnífica realidad: la raza unida que trabaja por su bienestar, y deja a un lado los intereses particulares. Un grado excesivo de amor o amistad perjudica a la sociedad. Los amigos siempre decepcionan; lo mismo las mujeres. Y toda decepción es contraproducente. Porque las consecuencias de la ruptura de un gran amor o de una gran amistad pueden acarrear fatales consecuencias para la vida colectiva.

¿Y qué hemos logrado con este sistema? Una raza con un nivel intelectual cada día más alto. En Cronn ya no existen los arquetipos, los ídolos ni los guías. Los superdotados, los que forjaron los albores de nuestra cultura, han desaparecido. ¿Por qué? Gracias a nuestra evolución cerebral. Hemos logrado la aristocracia del talento. Y esto a pesar de quienes sostenían que el medio progresaba gracias a la capacidad de la minoría, la cual había salvado a la gran masa de la selección natural. Se temía en forma infundada que la mediocridad llegara a imponerse. ¿Por qué? Porque nadie comprendía que esa clase media, al seguir progresando como un solo bloque, mejoraría día a día su capacidad intelectual, hasta el extremo que cada uno de sus componentes, gracias a los nuevos métodos educativos y de selección, sobrepasase en talento a cualquiera de los genios que le dio el impulso inicial.

Porque la cultura se sedimenta y pasa a transformarse en un légamo común a todos los seres.

Avanzamos por una ancha galería. Al fondo, a través de un alto vano, la luminosidad verde. A. me oprime la mano. Una solemne expresión en su rostro.

En el centro del Museo hay un enorme anfiteatro, débilmente alumbrado.

Oscuridad. Sensación de inmaterialidad absoluta. Un suave ulular. A. está junto a mí, pero distante. Cesa el ruido. Vuelve la luz. Un foco que se agranda veloz. Una gigantesca pupila que se abre. Floto a través de una inmensa galería cilíndrica. Anillos de luz, dispuestos alrededor de las paredes del tubo. Al fondo se abre otra compuerta con el mismo movimiento pupilar. Silencio. Una segunda galería. Algo muy bien resguardado espera tras las compuertas. No percibo la presencia de A. Pero la siento a mi lado. Cinco galerías. La rara somnolencia.

—Las Nodrizas, las Madres de Cronn —susurra una voz en mi oído. ¿Es A.? Es una voz que despierta lejanos ecos. Triste, solemne. Con un tono maternal. Aquieta y

confunde.

Un cielo tachonado de soles. Es la primera impresión. De soles soñolientos, cansados de alumbrar. Pero se trata de una colosal caverna iluminada por una claridad crepuscular. Emana de un techo elevadísimo, perforado por una multitud de círculos luminosos, colocados uno al lado del otro en una sucesión interminable. Fichas nacaradas esparcidas contra un paño negro.

Abajo hay una ciudad radial, formada de miles de simétricas construcciones blancas, altas como rascacielos, sin ventanas, que se yerguen en el silencio como una visión brumosa. En la techumbre y paredes de los edificios se distinguen luces. Una atmósfera de clínica, recargada de antisépticos, parece emanar del paisaje. La inmensa colmena se ve desierta. Ni hombres ni vehículos circulan por sus avenidas. Las solitarias calles, delineadas con hileras de focos multicolores, van a converger a una construcción central, maciza y similar a un hemisferio.

El fantasma de un vagido. Quiero salir del sopor. Trato de revolverme. De nuevo la voz suave, profunda:

—De aquí, de estas colmenas, nacemos. El cronnio no nace en medio de los dolores del parto. No ha sido engendrado por nuestras hembras: las cronnias son estériles.

El vagido parece transformarse en una risa ahogada. Un siniestro susurro que se desvanece lento.

—Una atrofia hereditaria impide que las cronnias den a luz un niño. La Colectividad ha burlado a la naturaleza. Ha conseguido la absoluta libertad del cronnio para que pueda dedicar todas sus energías a engrandecer Cronn.

Cada una de las Nodrizas —las construcciones blancas— contiene mecanismos de alta precisión, capaces de reproducir el nacimiento con mayor seguridad que la hembra más apta. Nace así un producto de probada robustez y capacidad. No hay hijos de madres famélicas o padres degenerados.

La Central: una majestuosa cúpula blanca, rodeada de un alero que le da el aspecto de un yelmo.

Una reja, bajo la visera, se ilumina de rojo cada cierto tiempo, como el pestañeo de un ojo ciclópeo.

La voz se metaliza. Se endurece. La Máquina que grita su técnica insuperable:

—¡La Central! Aquí hay un almácigo de células generativas cronnias, abastecido periódicamente con células extraídas de cronnios y cronnias seleccionados. Porque no somos androides. La atrofia no impide que las hembras produzcan óvulos: sólo evita que conciban hijos. Por un proceso físico-químico las células son enviadas desde la Central a las Nodrizas, para producir seres de ambos sexos a voluntad. En un medio especialmente favorable, se repite el acto de la fecundación. Luego: el embarazo y el alumbramiento. En el recinto de las Nodrizas no interviene la mano del cronnio.

La parte superior de una Nodriza. Una luz roja, que se sucede a lo largo de las avenidas.

Durante ciento ochenta días el embrión se desarrolla en un ambiente superior al vientre de una mujer en óptimo estado de salud. Desde la Central una Mente artificial controla las diversas fases del embarazo: da a cada una de las máquinas el tiempo preciso para cada ser, de acuerdo con sus características de resistencia y adaptación. Y la Nodriza informa a la Mente. Esta compara, calcula y saca conclusiones en milésimas de segundo, que transmite de inmediato a la Nodriza. Son responsabilidades exclusivas de la Mente la eugenesia y la eutanasia. Si el ser producido es inapto, la Máquina lo hace morir en su vientre, antes de producirse el alumbramiento. La Mente vigila la evolución de los embriones, lleva una cuidadosa estadística de todo su desarrollo biológico, y en cuanto aparece un progreso visible, algún factor capaz de determinar un mejoramiento de la especie, gradúa automáticamente a las Nodrizas para que las próximas camadas contengan ese factor. Las ajusta a los seres más evolucionados desechando los anteriores.

Intento sacudir la visión. Las Nodrizas, con sus vientres fecundos, crecen en la penumbra.

Aplastan con su perfecto funcionamiento. La Máquina. La Colectividad. Toda la ciudad parece estremecerse con su rítmico tictac. Uno, dos, tres.

Pasado un período de seis meses ocurre el alumbramiento, que se materializa en el traslado del niño a otro depósito de la misma Nodriza, perfectamente esterilizado. Allí la Máquina lo alimenta de acuerdo con un programa dietético preparado por la Mente, previa consulta a los laboratorios para cada caso en particular. Lo limpia, lo acuna, vigila su salud y desarrollo.

—El control de los cronnios comienza con la concepción. —La voz se torna amenazante—. La Nodriza transmite el hecho a la Mente, la cual lo fija en una memoria central, que puede ser consultado desde la superficie.

Las Máquinas llevan una ficha de vida de cada cronnio: allí anotan sus características antropológicas, fisiológicas y síquicas. Ellas los bautizan. Le inyectan los reactivos identificadores y de control, y no los abandonan hasta su muerte. Porque las Máquinas dan la vida y la muerte. Cada cronnio tiene un período de cien años de existencia sana y útil. Al terminar este lapso la Máquina lo hace morir dulcemente donde se encuentre. Porque los reactivos que hacen al cronnio emitir determinadas ondas permiten que la Máquina «sepa» dónde se encuentran sus hijos. Y ellas son las primeras en saber cuándo éstos fallecen por causas no naturales.

A los seis meses de edad el niño, encerrado en una cápsula, es enviado a las salas-

cunas. En ese instante termina la labor de la Nodriza.

De nuevo la Central. Ahora en primer plano. La construcción abisma por su descomunal tamaño.

A pesar que en su interior se trabaja febrilmente seleccionando genes, clasificándolos, analizando nuevos alimentos de mayor poder nutritivo, el silencio mantiene su continuidad. Ni el más leve rumor de maquinarias o de cualquier estrépito revelador de actividad mecánica. En lugar de una maternidad saturada de llantos infantiles, una calma serena inunda el lugar.

Una nueva caverna, emplazada directamente debajo de la primera, pero mejor iluminada. Las construcciones no ofrecen la misma uniformidad en cuanto a dimensiones y diseños. Conservan la misma distribución radial, pero son en general de mayores proporciones que las Nodrizas.

—Las salas-cunas. El cronnio se desarrolla aquí hasta cumplir cinco años, bajo el exclusivo cuidado de las Máquinas.

A través de herméticos cristales desfilan salas donde se ve a los niños entregados a sus juegos.

Los más pequeños se hallan en cunas donde se les alimenta artificialmente. Todo con religiosa puntualidad. Brazos plásticos, con delicadas manos, dan vuelta a los chicos, asean sus cunas y sus cuerpos desnudos —el ambiente temperado torna innecesaria la ropa—, y les hacen efectuar ejercicios adecuados a su edad. Cada cuna es un completo laboratorio que periódicamente les toma la presión, los pesa y los ausculta, datos aquellos que de inmediato son transmitidos a la Central para su verificación y control. Cualquier llamado desusado es oído por la Mente a través de micrófonos ultrasensibles, y Ella subsana la anormalidad en fracciones de segundo.

En otra sala los niños aprenden a caminar. Reciben imágenes y paisajes del mundo exterior por intermedio de pantallas tridimensionales. Se les hace escuchar ruidos y percibir los olores de los objetos así representados. El niño cumple los cinco años, con un acabado conocimiento del mundo externo.

—Los cronnios han obtenido el ciclo lógico: hombre-máquina-hombre. Así como las máquinas jamás podrán superar a sus inventores en cuanto a labor creadora, así también el hombre nunca podrá aventajar la calidad, precisión e imparcialidad de sus mecanismos. Se ha conseguido de ellos algo único: su insuperable ayuda en la conservación de la especie. Si un día cualquiera una peste o una guerra destruyese la raza cronnia, las Nodrizas repoblarían nuestros planetas. Se encuentran lo suficientemente protegidas para eludir cualquiera catástrofe, por imprevista que sea. Por ese motivo se les ha instalado a cientos de kilómetros de profundidad. Basta con que los recintos escapen a la destrucción —en la práctica son inaccesibles— para que al cabo de una generación salgan nuevos cronnios más perfectos física e

intelectualmente que sus antecesores. Los depósitos de células generativas se hallan bien abastecidos para que la raza esté en condiciones de renacer las veces que sea necesario.

Una tercera caverna, tan simétrica y espaciosa como las anteriores, aunque mejor iluminada. En medio de las construcciones se extienden parques, zonas verdes y plazas de juego. Aquí son trasladados los cronnios mayores de cinco años. En esta etapa transcurre el aprendizaje. Las Máquinas enseñan a leer y escribir; determinan las aptitudes, y de acuerdo con ellas, el cronnio se especializa. Las Máquinas les inculcan los principios de amor a la colectividad, y los deja aptos para ingresar en la vida cívica.

La voz adquiere un tono épico: canta la grandeza de la raza cronnia. Acerados matices de orgullo tremolan en el silencio. Un orador invisible e hierático que ensalza las grandezas del sistema político-social.

—El cronnio llega a los quince años, a una edad en que ya está completamente desarrollado, con todos los conocimientos necesarios para cumplir con la vida colectiva. Como todo su saber le ha sido enseñado por máquinas, infalibles e imparciales, no contrae complejos. Se han extirpado los lazos que acarrea la convivencia familiar, la rémora más pesada en el desenvolvimiento de una civilización. Se ha extinguido el mito de la madre, con toda su cadena de complejos, ya que es imposible sentirse unido por vínculos afectivos a una máquina.

—En Cronn no existen ni pueden existir las clases sociales, pues todos son hijos de la madre común: la Nodriza. Desde niños saben que están destinados a «gravitar en una órbita previamente trazada» dentro de su país, en la cual siempre son solícitamente cuidados y seguidos por las Máquinas, que nunca pierden su control. Ellas cuidan de su equilibrio emocional, de sus arranques instintivos, de todo cuanto pueda alterar su racionalidad. ¡Todos los cronnios trabajan por la grandeza de Cronn, ya que no existen otros objetivos dignos de sacrificio! No hay padres que respetar, ni hijos que educar, ni hogares que mantener. No hay parentescos que coarten las obligaciones colectivas. Hombres y mujeres son libres para desempeñar sus labores de producción dentro de las posibilidades de sus respectivos sexos. Libres para amarse y vivir con intensidad, sin prejuicios de ninguna especie.

Pienso que A. está cerca. No la veo. Cambia la visión. La somnolencia. Se aquieta mi temblor. La voz de la Máquina-madre. La voz que inyecta el conocimiento y que no deja hacer preguntas.

—Este Nodrizal tiene capacidad para cinco millones de seres, que a los quince años lo abandonan definitivamente.

Las centrales de identificación —construidas en la superficie de los planetas y directamente enlazadas al correspondiente Nodrizal— se yerguen en medio de los continentes, en lugares estratégicos. En ellas es posible averiguar de una ojeada cuál es la cantidad de personas que están por nacer o han nacido, o, al revés, el número de personas que han muerto, segundo a segundo. Se puede determinar exactamente en qué lugar de Cronn se encuentra una persona cualquiera, y, en caso de necesidad, reducirla a la impotencia con un golpe electromagnético dado desde la misma central. A su vez, las diversas centrales se hallan conectadas entre sí, de modo que también se puede averiguar en cualquier momento cuál es el número exacto de habitantes de Cronn. Las Máquinas suman automáticamente los nacimientos, restan los decesos y totalizan. Es decir: un censo automático.

Periódicamente las Máquinas presentan un balance de los nacimientos y defunciones ocurridos en Cronn en el mismo período, con lo cual se lleva un exacto control del ritmo de natalidad. Antes de esta ceremonia, que es de gran trascendencia, los cronnios acuden a su central de origen y enfrentan al Identificador. Es un laboratorio automático, que determina, luego de un completo análisis —se les miden a los cronnios hasta sus ondas telepáticas—, si el analizado es en realidad el mismo cuyos datos se encuentran registrados en la correspondiente ficha.

XV

El museo a nuestras espaldas, es una mole color crema. La naturaleza. El pasto se hunde bajo mis pies. Una brisa cargada de perfumes. Los rasgos de la corteza van desapareciendo. El parpadeo crepuscular. Respiro a pleno pulmón. A. camina a mi lado en silencio.

—Ha llegado el momento de separarnos —dice de pronto en voz baja—. Te será fácil olvidarme.

I. te aguarda en Ernn.

—No —reacciono bruscamente—. No te vayas. No puedes dejarme ahora. Te necesito.

—Ya sabes lo que soy. No podría corresponderte como tu deseas. Por eso he evitado llegar a una mayor intimidad contigo. Somos distintos, nada más.

La visión de las Nodrizas erguidas en la penumbra.

—Algún día comprenderás todo esto. La Colectividad ha deseado que seamos libres. No pienses mal de mí.

Su rostro hermoso, cansado. Tras la supercivilización, la amargura. La hija de las Máquinas: ha renunciado a su papel natural.

—No pienso mal de nadie. Cada vez comprendo menos. ¡No entiendo nada de nada!

—No te compliques. Otro mundo, ¿ves? Esa es la única explicación. Ya tomarás el ritmo.

Caminamos lentamente por el prado. Macizos de plantas arbóreas: siluetas que se agitan sombrías. Es tarde. Las calles aéreas despiden luz. Aplastado. Las ciudades mecánicas y parlantes son, hasta cierto punto, comprensibles. Pero las Nodrizas. El presentimiento de algo siniestro.

¿Cómo se llegó a «eso»? Otro mundo. Mi mente es un caos.

—Bien: he cumplido con mi labor. Te he ayudado. I. te introducirá en la rutina.

—¡No quiero!

Me toma ambas manos. Sus rasgos oscuros, esfumados en el crepúsculo. Otra vez su piel reluce con suavidad. Me deshago de ella, y la atraigo con fuerza. Se resiste con debilidad.

—Quiero que guardes un buen recuerdo de mí. No es espíritu romántico. ¿Para qué hacer algo vulgar?

—¡No trates de ser distinta! No sé qué me pasará mañana. Tampoco sé si podré mantener la farsa por mucho tiempo. Tal vez L. no aparezca nunca. ¿Qué buen recuerdo tuyo podré guardar?

—No esta noche. —Se desprende—. Mañana. Juntémonos en Ernn. No seas niño. Echaríamos todo a perder. I. no se va a quedar tranquila.

—No iré donde ella.

—Pero ella me vigilará. Eso lo puede hacer. En cambio mañana…

Una sospecha súbita: A. no tiene su placa. Desconociendo la clave jamás podré encontrarla. El parque está solitario. Vuelvo a aferrarla. Adivina ella mis intenciones.

—¡Por favor…! Tengo que hacer una visita…

Trata de desasirse con un violento tirón. La oprimo con furia. Exhala un gemido apagado. Sigo apretándola. Lentamente se doblan sus rodillas, y cae. Sólo entonces la suelto. Me mira ella desde abajo, anhelante. La luz de la calle desciende cautelosa. Ilumina apenas las copas de las plantas.

Todo calla. Las hojas trémulas por la brisa. La piel de A. despide un suave fulgor. Y una fragancia.

—Vas a echarlo todo a perder…

Sus pechos suben temblorosos. Las frías aristas de las Nodrizas se diluyen sobre la hierba fresca.

—¿El señor está desvelado?

—No tiene importancia.

—El insomnio hace mal, señor. ¿Desea un soporífero?

—No, gracias.

La voz de Ernn calla. Pero queda al acecho en medio de la oscuridad. Soledad y silencio. Cerca de medianoche me separé de A. Se quedó en Dnak. Mañana volveremos a juntarnos. ¿Estaré enamorado? Aún no soy capaz de definir mis sentimientos en el nuevo ambiente. Siempre la sensación de pisar en falso. Las Nodrizas. ¿Quiénes son los cronnios? ¿Qué pretenden? No estoy en condiciones de juzgarlos. Algo sombríamente amenazador. Trato de alejar la imagen. Pero vuelve.

Las blancas construcciones crecen y crecen. Rebasan el techo de la caverna. La risa. El vagido.

Espectros que se desvanecen. Producción en serie. Repoblarán Cronn las veces que sea necesario.

—Me permito insistir en mi ofrecimiento, señor. Un buen somnífero le sentaría bien.

—¿Te preocupa mi salud? ¿Sientes algo por mí?

—El señor no se dará cuenta. Desde el techo descenderá un haz hipnótico que relajará su organismo y lo hará disfrutar de un sueño tranquilo.

—¡Contesta! ¿Qué soy para ti?

—Un huésped de Ernn, señor. ¿Le aplico el soporífero?

—¡Cállate! ¡No necesito nada! —Y agrego, débilmente—: Sólo A.

—¿Cuál es su clave?

—¡Imbécil! ¡Cretino!

El infierno. No más de veinticinco horas. Desconozco las cifras identificadoras de A. Cuando se las pedí en el parque se las ingenió para desviar mi curiosidad. Si no acude a la cita… Pero me lo prometió. I., ¿qué será de ella? Seguramente me ha esperado hasta tarde. Para introducirme en la rutina, al decir de A. Un problema basta por ahora. Tengo que aprender a funcionar como un cronnio. ¿Podré hacerlo algún día? Todo depende de L. Mi destino en la subtierra se halla subordinado a su regreso. Vuelve I. Por su culpa no pude quedarme con A. Pero ella es una verdadera cronnia. No como A., que posee algo de humano.

—Señor: si no quiere somníferos tómese un baño caliente, y vuelva a acostarse. ¿Quiere que se lo prepare?

—Ya te dije: déjame tranquilo. ¿Te molesta que esté despierto?

—Es necesario dormir bien, señor, para que pueda cumplir con sus labores. De lo contrario, el día se le hará pesado.

El control automático. Es imposible eludir las funciones que ha encomendado la colectividad.

Las Máquinas se encargan de hacer cumplir las leyes.

—Acaba de llegar una hermosa mujer al tercero, departamento ocho. Ha estado otras veces aquí.

Es muy solicitada por los huéspedes. ¿Se la llamo, señor?

—¡No!

—Vale la pena, señor. Mire.

La pantalla muestra una sala de estar. La mujer habla con la ciudad. Formas opulentas. Está en los comienzos de la madurez. El pelo negro enmarca un rostro de rasgos sensuales. «Todos somos más o menos parecidos», había dicho A.

—¿La señorita desea un compañero?

El diálogo se oye a los pies de mi cama. Como si los interlocutores estuviesen en el dormitorio.

—¿Qué le parece, señor?

—Es inútil. Apaga eso.

—Se la recomiendo, señor. Le garantizo que no quedará decepcionado.

—No. Búscale otro. Dame un soporífero. Has ganado.

La calle reverbera suavemente. Es una mañana luminosa, pero Ernn me ha advertido que habrá lluvia. Ausencia de nubes. Los cronnios, abstraídos en sus ocupaciones, se dirigen a los ferrocarriles subterráneos y a los magnetones.

Avanzo con rápidos trancos por el centro de la calzada. Quizá la cronnia ya llegó al lugar de la cita. Siento una leve angustia. Trato de no pensar en nada. De llenar mi mente con el espectáculo de la ciudad automática. El ritmo de la máquina que late acompasada. Uno: se abren los orificios. Dos: una poderosa inhalación. Tres: se

cierra la criba. Los escasos desperdicios son ávidamente engullidos. Recorrerán el sistema circulatorio de Ernn para ser enviados a los atomizadores centrales. Un crepitar fulminante; y ¡*zas*! el humo que se desvanece veloz. La piel se humedece con la transpiración química que asea pulcramente las células plásticas. Hasta la más leve partícula de suciedad es disuelta por el detergente. Nada. Ni rastros del hombre que pasa. Siempre limpia, reluciente.

La esquina del encuentro. A. no ha llegado. La soledad avanza silenciosa por las calles. Soledad materializada en una multitud de transeúntes herméticos. Han iniciado, como todas las mañanas, el recorrido de su órbita. Mujeres que miran indiferentes. A. no llega.

La calle reverbera. La avenida, azul pálida, se alarga dividida por su franja identificadora. Cada vez más rápido. Y solo. Los cronnios, concentrados en sus problemas. Ellas, liberadas de sus funciones naturales. Todos funcionan: mecanismos de carne. ¡Siglos de cultura sedimentada! Amar y funcionar, funcionar y amar. ¡Son piezas de la máquina social! La Mente les da la felicidad: les guarda, les conserva, les alimenta. Pero, ¡cuidado! Sin salirse del carril, sin desviarse del camino: siempre adelante, y con anteojeras. Esa es la primera ley. No pueden morir de hambre; estarán muy cuidados, limpios. Perfectísimo. Funcionen intensamente. Pero siempre que la intensidad no vaya a entorpecer vuestra labor de tornillos sociales. Reverberan los edificios, los muros, los ojos. En el cielo, fulge un anillo. Una plaza. Escasos transeúntes. Los cronnios han abandonado la ciudad, y regresarán al caer la noche, luego de cumplir con su trayectoria orbital. No serán los mismos de ayer. Una población nómada, que gravita sobre dos mil ciudades como Ernn. Giren, giren, sigan en vuestros caminos. Yo les guardo, les velo. Pero sigan. Uno, dos, tres. Tres, dos, uno. La náusea que domina. Dos, uno. Uno. Giro, doy vueltas. El círculo que avanza y me rodea.

—¡Eh! —grito—. ¡Ustedes, sí, ustedes! ¡Estúpidos! —La gente se detiene. Todos brillan, ojos fosforescentes en medio de la oscuridad que me envuelve, aunque todo brille fuera de mí. Me miran.

Se aproximan—. ¡Imbéciles! —Quedo en el interior de un círculo de rostros impávidos. Atisbos de sorpresas—. ¡Soy un hombre! ¡Un hombre…!

—¡X.!

La voz seca, dura. Alguien se destaca del círculo.

La azotea. Magnetones. Nubes negras encapotan el cielo. Ernn no se ha equivocado.

L. interrumpe su silencio.

—Bien: no ha pasado nada, por suerte. También los cronnios tienen, a veces, esos ataques. En general, estoy satisfecho con los resultados de la prueba.

—¿Prueba? ¿Qué quiere decir…?

—Se estimó necesario dejarlo solo para ver cómo se desempeñaba en el nuevo ambiente.

Convenía que se enterara personalmente de ciertas curiosidades cronnias. Por ejemplo: el hecho que Cronn es un mundo desconocido para la Tierra; determinadas características de su sistema económico y social, y las Nodrizas.

—¿Y A.?

—Apareció de manera imprevista. No estaba dentro de nuestros planes. Pero pensamos que sería una buena ayuda. Yo fui el cronnio que la abordó en la azotea.

—¡Usted!

—Emulando a su antecesor me hice un pequeño disfraz. Llegué junto con ustedes a Ernn.

Aterricé, por cierto, en el mismo edificio. Cuando vi que A. se disponía a abandonarlo, me presenté.

Quería saber qué había ocurrido entre ustedes.

Contengo la respiración.

—Ella me preguntó qué eran Polonia y la cortina de hierro. Se lo expliqué. Era imposible que un cronnio cualquiera lo hubiese sabido.

Ernn se aleja. Desciende la lluvia como una cortina vaporosa. Tras ella el paisaje se esfuma.

Pronto nos envuelve.

—Ella dedujo el resto. Me pidió que guardara el secreto. Se lo prometí. Le di, de paso, varios consejos.

—¿Sabía ella quién era usted?

—Por cierto que no. Le repito: no figuraba en el plan. Pero como usted decidió seguirla, cuando abandonó el pueblo, no me quedó otro recurso que hablarle. Por otra parte, mi riesgo era mínimo.

No usaba mi clave verdadera. Además, ella guardará el secreto, en vista del aprecio que le tomó.

—¿Con usted se juntó anoche, entonces?

La semisonrisa.

—No, X. Se limitó a comunicarme cómo le había ido. Estaba desconcertada con usted. El hombre emite efluvios animales extinguidos en el cronnio. Todas nuestras mujeres tienen la sensibilidad suficiente para percibirlos. Para las cronnias usted tiene que ser un tipo de raro atractivo. Pero ellas temen. Las imposiciones de la Colectividad son más fuertes que el deseo de amar. Han llegado a integrar nuestro subconsciente colectivo. Como el miedo al Diablo entre ustedes.

La voz de L., fría, dura. Observa el panorama. Una túnica de agua cubre el magnetón.

—A pesar de eso, A. le dio todo lo que podía darle. Pero tuvo miedo de enamorarse. La mayoría de las cronnias reaccionarían igual. Excepto I. y otras como ella, que se sienten seguras de sí mismas.

—¿También habló con I.?

—No. En este caso especial era preferible evitarla. A. se encargó de eso.

—¿Por consejo suyo, también?

—No, X. Ella estaba interesada en usted y por eso hizo todo lo que hizo. Lo vigiló, y se las arregló para separarlo de I. Lo que estuvo bien, pues lo de I. sólo fue un capricho, activado por la llamada de A.

—¿Cuántas veces estuvo con A.?

—Una sola vez. Otras dos me comuniqué con ella por televisión. La hice creer que estaba tratando de localizar a L. Ayer en la tarde le dije que lo había conseguido.

—¡Usted fue el culpable del hecho que ella me dejara!

—Lo habría abandonado de todos modos luego de mostrarle las Nodrizas. El amor no es posible en Cronn, X. Ella, para no perjudicarlo, faltó a su promesa de juntarse con usted hoy día.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque me llamó en la mañana para avisarme.

—¿Y por qué esperó hasta ahora para presentarse?

—Porque quería observar su reacción después de la falla de A.

—Usted es un desalmado, L. —Me levanto, excitado.

El cronnio me observa fríamente.

—La visión de las Nodrizas le produjo a usted un verdadero trauma psíquico. Pero era indispensable que las conociera. Si yo hubiese aparecido anoche usted habría sido capaz de asesinarme. Por eso tuve que esperar que su estado hiciera crisis.

Me siento, abatido. L. se aproxima. Por primera vez noto en él un destello humano.

—Eso es fuerte. Créame, yo no interferí para que A. dejase de cumplir. Al contrario: por muchos conceptos era preferible que hubiese vuelto. Olvídela. Más adelante, cuando se haya aclimatado, la puede llamar.

—Ignoro su clave. Su placa identificadora se le había extraviado.

—Nadie pierde su placa en Cronn, X. —comienza L., con lentitud—. Desconocía esa parte de la historia. Eso significa que A. no quería, simplemente, que usted la volviese a encontrar.

Por esta vez al menos L. es sincero. Avanza el magnetón en medio de la lluvia. Ernn, a lo lejos, rodeada de bosques, prosigue su marcha. Fuera del anillo el tiempo debe ser calmo. Nadie podría imaginar que en el interior de aquel macizo aro una

tempestad de agua oscurecía el cielo.

—¿Y esto es civilización?

—Es la verdadera civilización, X. —La voz de L. adquiere su dureza de costumbre—. El egoísmo ha desaparecido. La cronnia no se «entrega». El cronnio no la «posee». Sólo hay un mutuo acuerdo para realizar algo sin sentimientos morbosos. ¡Todos iguales, X.! Nadie tiene más mujeres que otros. Esos dones especiales del instinto que usted posee no son necesarios aquí. Servirían si fuese posible la convivencia por períodos largos. Las cronnias han perdido sus facultades selectivas, debido a la homogeneidad de la raza, por una parte, y a las leyes de la Colectividad, por otra. Les da lo mismo cualquier hombre. Es cuestión de dirigirles la palabra. Sólo se negarán si tienen un compromiso previo. Y así todos son más felices. No hay frustrados. Las mismas ciudades se encargan de fomentar estos principios.

Se exalta por momentos. Su ceño es una sola raya negra.

—Liberados de las ataduras de la materia. Cualquier mujer está obligada a complacer al cronnio que sea, siempre que se lo pida en buenos términos. Y cuando existe absoluta libertad para hacer algo, ese algo queda relegado a segundo término. Así el cronnio ha quedado libre para dedicarse a otras actividades de más provecho para la Colectividad. No se olvide: el peor lastre de la civilización es el amor individualizado. El cronnio, como ser racional, está en condiciones de encauzar sus potencias sentimentales en amar a su raza y no a uno de sus componentes. No producimos por compensación, para llenar vacíos, como en la antigüedad. La capacidad de amar —todas las misteriosas energías que la componen— se ha canalizado hacia lo superior.

Cruza el magnetón a gran altura un extenso lago. Pintorescas construcciones en sus riberas. No sé cómo hacer la pregunta.

—¿Usted también es hijo de las…?

—Sí: soy hijo de las Nodrizas. Aún me quedan setenta años de vida. ¡No soy una máquina!

Piense: el cronnio, respecto al hombre, es como un adulto frente a un niño. De ahí que una convivencia con ustedes sea difícil. Mejor dicho, imposible. Hemos evolucionado mucho, pues nuestra ciencia no se ha diluido en la contemplación de las estrellas. El hombre se encuentra en la infancia de la civilización. Aún conserva su espíritu destructivo. Si llegaran a Cronn lo harían pedazos, como el niño que destruye sus juguetes para ver qué hay adentro. Y con juguetes tales como la bomba de hidrógeno y los cohetes teledirigidos, podrían causarnos graves daños.

En la práctica, estoy en otro planeta, como había dicho A. No es el espacio el que me separa de mi mundo sino una corteza de tierra impenetrable. En una hermética prisión. Había sido separado de los de mi especie. Mi instinto —una eternidad de ancestros y antepasados— me puso en guardia: todas aquellas raras sensaciones que

experimentara en la clínica.

—¿Cómo se va a la superficie?

—Pronto lo sabrá.

Con toda su enigmática personalidad, la presencia de L. me hace bien. Poco a poco valorizo su regreso. La imagen de A. se desvanece lentamente. I. permanece en mi conciencia como una figura graciosa. Pero nada más. ¿Volveré a ser alguna vez el mismo de antes? No, al parecer. Sigo siendo un ser amorfo, sin sentimientos definidos ni propios. Quizá esté atravesando por un período de transición entre mi antigua personalidad y la que deberé representar en adelante. Lo ocurrido en Ernn: un sueño. O una pesadilla. Las Nodrizas. A. en el parque de Dnak. ¡Insistió tanto en la imposibilidad de algo duradero entre los dos! Una vez más la abulia, la sensación de vivir una aventura absurda. Desde mi llegada a Cronn nada persiste en mi memoria. A. sólo es una figura inmaterial, esquiva.

Pero la proximidad de L. me restituye algo de confianza en mí mismo. De alguna manera el cronnio influye en mí para hacerme sentir un atisbo de personalidad. Mientras estuvimos separados fue un hombre lleno de torpes confusiones. No podía ser de otro modo. La sospecha respecto a que la sustitución hubiese sido descubierta acentuó mi desamparo desde mi segundo encuentro con A.

No pude evitar la idea secreta del hecho que mis días estaban contados. Sin confesármelo, tratando de no darle importancia. Latía, a pesar de todo, en el fondo de mi mente. Por mucho que la cronnia me hubiese asegurado que mi supervivencia se encontraba garantizada por un tiempo indefinido.

Sabía que, de nuevo solo, no tardaría en traicionarme. Habría sido incapaz de deambular por Cronn sin mezclarme con la gente.

El retorno de L., además, me hace presentir que mi futuro no tardará en definirse. Para mejor o para peor. Ideas confusas empiezan a debatirse. ¿Qué me aguarda? Se consolida la realidad de mi situación: soy la víctima de una intriga bien urdida, a consecuencias de la cual he venido a parar en Cronn. Y la trama seguirá adelante pues hubo un momento, en tanto vagabundeaba por Ernn y Dnak, que pensé en la posibilidad que L. me hubiese abandonado a mi suerte. Es decir, que allí terminaban mis aventuras. Que todo lo demás —mi adiestramiento para vigía, y mi próximo papel de X.— sólo era una de las tantas mentiras de L. Pero el regreso del cronnio destruye definitivamente dicha posibilidad.

A la distancia, otra ciudad corre en pos de Ernn. Las ciudades, dentro de los anillos, giran como en un carrusel que da la vuelta al mundo.

—Udar —indica L. la otra urbe. Una gigantesca rueda que se extiende a los pies

de un monte.

—¿Quién hizo esto? —Señalo el anillo.

—Los titanes. No el anillo mismo. Lo trabajaron y transformaron en estos estuches.

Refugios inaccesibles en caso de invasión. Los cronnios pueden vivir aquí durante siglos sin necesidad de acudir a los planetas. Y están en condiciones de vigilar éstos con toda comodidad debido a la trayectoria del aro. Desde fuera nadie podría verlos. Nadie sospecharía qué significaban dichos cuerpos.

—El techo trasparente, ¿también lo pusieron los titanes?

—Sí. Recuerde que para ellos la Tierra era un planeta de baja gravedad.

Desciende el magnetón por una de las salidas.

—Su pueblo es muy afortunado, L.

—¿Por qué?

—Porque son los herederos de una superraza. Ojalá el hombre hubiese tenido esa suerte.

L., por primera vez, pierde la impasibilidad. Me lanza una mirada de furia. Va a hablar. Pero se arrepiente y desvía la vista. Arriba, el cielo encapotado. La lluvia nos sigue por la chimenea. Abajo desciende la gigantesca tapa. Una luz radiante penetra por todos lados.

XVI

L. se ha recuperado del impacto. ¿Por qué su reacción?

—¿Cuál es la verdadera historia de X.?

—La que usted conoce. Sólo que huyó de Cronn y no de Polonia.

—¿Y los reactivos identificadores? ¿Cómo explica eso?

—Los que van a la superficie pueden anular temporalmente sus reactivos.

—¿Quiénes son los que van?

—Expediciones con personal elegido, por lo general, del Cuerpo de Vigías.

—¡Ah!

Sube el magnetón. La mole del aro cubre el espacio por la izquierda. Arriba y abajo, los continentes iluminados. El satélite gira llevando en sus entrañas el valle sin fin.

—¿Adónde vamos?

—A la clínica. Nos entrevistaremos con D.

La cara superior del anillo: un río de plata que se desenrolla inacabable. La corteza, con sus zonas boscosas y su sistema hidrográfico se refleja nítida en él. Rebasamos el borde. Por varios segundos la figura de nuestra esfera aparece allí, hundiéndose rápida, junto con los detalles continentales. Habría sido curioso poder vernos a nosotros mismos tripulando el magnetón. Pero es impenetrable por fuera: una bolita de nácar que se aleja veloz.

—¿Y su refugio? ¿El Sol? ¿El cielo estrellado?

—Uno de los planetarios. Los nuestros son enormes. Hemos aprovechado unas grutas hemisféricas construidas por los titanes.

Son muy útiles para observar el cielo estrellado, vedado a los cronnios, continúa. Como son tan inmensos, se les utiliza, además, como lugares de veraneo. Incluso, se pueden reproducir las condiciones meteorológicas de la superficie: lluvias, vientos, tempestades.

Recuerdo a A.

—¿Qué es la Cáscara?

—La corteza terrestre.

Mediodía. El techo se agranda como una hondonada policroma que gira. Se invierte el magnetón, y comenzamos a descender. Vamos hacia una región montañosa. El mar dibuja gráciles figuras en los litorales. Una de aquellas, parecida a una hoja con su pecíolo, penetra en tierra hasta las vecindades de un monte. Se divisan dos o tres pueblos en sus alrededores.

En el cielo, el mapamundi y un aro plateado.

El reloj de pulsera cromado sobre una mesa. L. casi sonríe.

—Esto y la lámpara con ampolleta esmerilada en la clínica: un proceso de adaptación riguroso.

—¿Y el plazo que tenían para recuperar a X.?

—Los caminos son transitables cada cierto tiempo. No siempre están habilitados.

Según mis cálculos, llevo tres semanas en Cronn. De ellas, dos pasé en la clínica, y solamente una visitando el nuevo mundo. La última, sin embargo, me parece más larga que las anteriores. E incluso, más extensa en el tiempo que todos los años vividos hasta el día en que conocí a Mendes.

L. prepara algo. Comienza a hablar de las máquinas. De las múltiples ventajas de utilizarlas en la conservación de la especie. Por de pronto, las cronnias no padecen los dolores del parto por generaciones. Para los terrestres esto constituiría una monstruosidad. Violación de las leyes naturales. ¡Pero qué de infinitas ventajas representa! Cronn es un pueblo de trabajo. Los cronnios, de ambos sexos, deben trabajar y producir. No hay tiempo para que las mujeres soporten el largo período del embarazo. Todas aquellas potencias que el sexo femenino ha dejado de utilizar se han encauzado hacia la producción. Se realizan importantes investigaciones en el campo de las percepciones extrasensoriales. En él, las mujeres se han destacado en especial: determinadas percepciones las tienen más desarrolladas que los hombres. ¡Ahí estriba la verdadera trascendencia de la máquina! Alivia al hombre del trabajo físico y lo posibilita para desplegar todas sus energías en la conquista de los poderes mentales.

Los ingenios mecánicos son limitados, porque es imposible dotarlos de espíritu. Y es evidente que la última etapa de toda civilización es la del predominio del espíritu sobre la materia. Pero para lograrla es indispensable pasar por muchos períodos, uno de los cuales es el maquinismo. Sin duda han existido razas que se quedaron en él. El perfeccionamiento de la cibernética, al transformar las máquinas en servidoras que satisfacen todas las necesidades, empuja al hombre a la corrupción. Pero la raza capaz de sortear el problema queda en óptimas condiciones para enfrentar el asalto final.

¿Es posible que un pueblo llegue a la última etapa sin pasar por el maquinismo? Para seres como el cronnio o el hombre, no. Su conformación morfológica los conduce ineludiblemente a la máquina.

En cambio sería posible que existiesen otros mundos en los cuales sus habitantes, por carecer de miembros apropiados para construir y manejar aparatos, se hayan visto en la necesidad de desarrollar desde el comienzo sus facultades mentales. ¿Significa que esos seres están en mejores condiciones que el hombre para perfeccionarse? No. En el mundo de lo material, nadie ha sido creado perfecto. Es imposible concebir un pueblo que no tenga nada que hacer, porque estaría en desacuerdo con las leyes cósmicas.

Presentimientos, como si fuese a suceder algo decisivo, de mayor gravedad de

cuanto ha ocurrido hasta la fecha. L. aún no lo ha dicho todo. Sus versiones relativas a mi rapto son ambiguas. Además de eludir preguntas, deja muchas en suspenso. «Lo sabrá más adelante. Tenga paciencia». ¿Para qué?

A pocos kilómetros, un majestuoso cerro de cabeza trunca se destaca en el selvático paraje.

Parece un volcán con sus agrestes faldeos verdes. Los magnetones pululan en el cielo. La gran mayoría se dirige hacia la cima del monte. También reparo en que las esferas, empequeñecidas por la distancia, parecen surgir del interior de la montaña.

—¿A qué se debe tanto tránsito?

—Ya lo verá. También nosotros iremos allá. —Señala el cerro.

Nos hallamos en el interior del continente. No se divisa el mar, excepto los caprichosos canales, golfos y ensenadas del techo. Uno de los anillos atraviesa el espacio transversalmente, ya en las inmediaciones del cenit. Es el segundo anillo del planeta. Casi en el horizonte otro satélite asoma escasamente por detrás del mundo superior. Su aparente proximidad a la Tierra le da el aspecto de una muralla contra la cual se recortan las sinuosidades de unas cumbres.

La cima. Una multitud de esferas nos precede.

—¡Un cráter! —exclamo.

Es el cráter de un volcán. Hacia él se dirigen todas las aeronaves, incluyendo la nuestra. Se hunden en el gigantesco agujero, y desaparecen luego en la penumbra. Simultáneamente, muchas emergen de sus entrañas. Pica[1] el magnetón. Las paredes de la chimenea son verticales, pulimentadas. Tal vez, otra obra de los titanes. Pronto la oscuridad nos absorbe. Arriba se divisa una porción circular del techo, formado por un brazo de mar y un continente de costas amarillentas. El piso del magnetón despide una suave fosforescencia. Afuera, contra la pared del cráter, numerosos puntos blanquecinos suben y bajan en rápida sucesión. Semejan chispas en las tinieblas.

La chimenea mide varios kilómetros de diámetro. El círculo superior se encoge más y más.

Debido al movimiento rotatorio de los planetas, ahora sólo es visible el océano como una mancha azul, que recuerda un trozo de cielo terrestre. Pero el de aquí es un pedazo de mar. Abajo las tinieblas parecen solidificarse, interrumpidas apenas por el fulgor de las esferas, que se agrandan o empequeñecen. Es como flotar en el espacio rodeado de estrellas que se mueven.

Descendemos cada vez más rápido. Penetramos en las entrañas del monstruo recorriendo su interminable intestino. La fosforescencia confiere a L. un aspecto curioso.

—¿Cuánto hemos bajado?

—Unos doscientos kilómetros.

—¿Falta mucho para llegar a la clínica?

—Aún nos queda bastante camino.

De súbito me parece que la esfera gira de manera casi imperceptible y que dejamos de caer. Me quedo inmóvil, tratando de comprender. Sí: nuestra dirección ha sufrido un giro de ciento ochenta grados. Nos hallamos en plena ascensión. Arriba, muy lejos todavía, creo distinguir una motita que crece vertiginosa. ¡Y no es un magnetón!

—¿Qué ha pasado? ¿Volvemos?

—¿Cómo íbamos a virar con la velocidad que llevamos?

—Pero, ¿por qué subimos entonces?

Una idea acude atropelladamente. ¡Vamos a la superficie! La gravedad ha cambiado de origen.

En el planeta cóncavo —la cara interna de la esfera terrestre— nuestra posición era antípoda con respecto a la Tierra. ¡Para hacer el viaje sólo se requiere de un magnetón! L. ha mentido por centésima vez. El camino que conduce a la superficie exterior es la chimenea de un volcán, ancha, limpia y calibrada como el ánima de un cañón. ¡Regresaré a Chile!

Doy una mirada de gratitud a L. Pero su cara impenetrable enfría mi entusiasmo. En lo alto se ve ahora un redondo agujero, a través del cual penetra la luz del día. ¡Nubes! No. No pueden ser nubes.

No obstante, algo hay en el cielo. En la rodela se perfilan figuras que podrían tomarse por llanuras.

Nunca he visto nubes verdes. ¿Y aquello no es la línea de una costa? ¿Y lo otro no es el mar?

Continuamos subiendo. Ahora, una enorme extensión de cielo. No queda duda: ¡en el espacio hay un mapamundi con sus detalles en relieve!

La esfera sale del cráter como un proyectil. Un paño de tierras labradas se hunde bajo el magnetón. Y encima, la cóncava superficie de otro planeta, con un anillo que lo cruza de lado a lado. Vértigo: desfilan raros continentes atravesados por ríos. Mares de tortuosas costas. Bahías, golfos y penínsulas. ¿Hemos regresado?

Atontado me hundo en el sillón. L. me observa.

—Sí. Cronn se compone de varias esferas concéntricas. Estamos haciendo un viaje interplanetario vertical. Nos hallamos en el segundo planeta del sistema.

La Tierra es un verdadero sistema planetario, integrado por una serie de esferas huecas, oculto a los ojos del universo. Como las sorpresas chinas, esas bolas talladas en marfil, que se encajan una dentro de la otra.

El anillo, el más próximo al planeta superior, es una barra metálica que centellea suavemente.

Todos los planetas de Cronn tienen anillos. ¿Cuántos son los planetas? Los ojos de L., con su fulgor hipnótico, me devuelven la calma. Intento hablar. Las palabras no

salen de mi garganta. Enormes flores abiertas en las selvas giran majestuosas. Son los pueblos continentales.

Se invierte el magnetón. Giran los planetas en derredor nuestro. Iniciamos el descenso. Nuestra velocidad va en constante aceleración. En el centro de una pradera se destaca un montículo, similar a los volcanes de la Luna. Volvemos a sumergirnos en las entrañas de la Tierra, con centenares de esferas que nos hacen cortejo. Ese es el motivo de tanto tránsito: los cronnios se trasladan continuamente de un planeta a otro. Y para ello, sólo cráteres. Centenares en cada planeta. En cada continente hay dos o tres, por lo menos. Todos iguales. Su longitud equivale al espesor de las esferas: quinientos kilómetros. Entre aquéllas hay un vacío de mil kilómetros, en el cual flotan tres anillos. Para ir de una superficie convexa a otra es necesario recorrer mil quinientos kilómetros.

Planetas concéntricos. Un sistema planetario dentro de un planeta. El sistema Cronn.

De nuevo al aire libre. La abertura del cráter se contrae rápidamente. Otra vez en plena travesía interplanetaria. Tempestad de lluvia y viento. Trasponemos las ráfagas y el agua. Hay un cruce de anillos a la izquierda. Debajo, nubes arremolinadas. Encima, la carta geográfica, vecinas las tierras a la zona polar. Los continentes y mares son distintos a los de los planetas anteriores. Cada mundo ha sido diseñado en forma diferente. Es una galería de planetas que se suceden unos a otros, con su sello característico. Y todo en el interior de un humilde globo terrestre. De un minúsculo satélite del Sol, una de las tantas estrellas de la Vía Láctea. Las esferas jamás chocan entre sí, porque poseen un centro de gravedad común. Cada mundo posee tres anillos, que son sus satélites. Todos idénticos al que yo conociera. Eso significa que la población de la subtierra es fabulosa.

El cruce en la actualidad, suspendido a nivel nuestro: materialización de sueños descabellados, de inconcebibles obras de ingeniería. Encerrados en aquellos estuches los cronnios, con sus ciudades, valles y cerros, aislados en el cielo, sobrevuelan eternamente los planetas. ¡Cuándo van a imaginar los hombres que bajo sus pies comienza un nuevo infinito, a menos de mil kilómetros de distancia!

Un infinito subterráneo, repleto de mundos que ruedan sobre sus ejes, empequeñeciéndose a medida que se acercan al centro común.

¿Dónde acaba el sistema cronnio? Quizá los planetas siguen achicándose hasta alcanzar el tamaño de una manzana. Y dentro de aquel gravita otro no más grande que una nuez. Y más al interior existe un espacio infinitamente pequeño en cuyo centro flota el Átomo. Así sucesivamente.

Los cronnios son los únicos hijos de la Tierra que tienen el privilegio de admirar ambos universos: el de las estrellas y el subterráneo, los dos inconmensurables.

En el centro de la concavidad se yerguen ruinas ciclópeas: murallas, colosales edificios, calles amplias como océanos. Una ciudad titánica. En sus vecindades se extiende una planicie desértica, de fuertes colores: un continente intensamente mineral. A la distancia un mar mediterráneo, con la configuración de un trébol de múltiples hojas.

Al vértigo se suma el miedo. Luego un desfallecimiento paulatino. El paisaje se reviste de un aspecto tétrico. Figuras confusas se retuercen tras una cortina de niebla. El cruce da vueltas como una rueda negra.

Vuelvo en mí, sentado en el mismo sillón. L., desde el suyo, me escruta tranquilo. La esfera de nuevo va subiendo. Encima aparece el eterno techo cóncavo, atestado de continentes oscuros y vastos mares con simétricas costas. Aquel techo, más que los anteriores, es de colosales proporciones. Dobla en tamaño a los precedentes. Es tan inmenso que casi no se nota su concavidad.

Oscurece. Los límites del planeta interior se desvanecen a una distancia infinita. Los bordes sutiles de un anillo: en su vítrea superficie se refleja un atardecer con verdosos destellos dorados. Y dicho aro es dos veces más ancho que el de Ernn. Parte el techo en dos porciones idénticas. En tanto el panorama longitudinal allí reproducido aparece lejano, el que se divisa a sus dos lados es más claro y grande, aunque se encuentra en el fondo de un abismo.

—¿Cuándo va a concluir este viaje?

—Ahora. Estamos en el último planeta. Ahí está la Cáscara. Atravesando ese cráter se llega a la superficie.

Pasamos al lado del anillo. Su oscura muralla, impenetrable, parece ilimitada.

—Ese anillo es el doble de los otros, por lo menos…

—Exactamente. Ahí se hallan las ciudades más grandes de nuestro sistema.

¿Cuántos planetas hemos atravesado? Por lo menos tres. Y hay que agregar aquel donde despertara. El primer planeta de Cronn conocido por mí. Como cada uno es doble, resulta que hemos sobrevolado ocho mundos. ¿Cómo una población tan numerosa no ha absorbido a la Tierra?

Inexplicable y absurdo. ¿Cómo los cronnios no han sojuzgado a los hombres? ¿Se conforman con vivir en el subsuelo? ¿En aquel mundo seguro y dotado de todo lo necesario para vivir, sin duda, pero privado de la luz del Sol y de las estrellas? ¿Ellos, incansables científicos, preocupados de lograr la última etapa?

Un pueblo. En seguida una pradera con animales. Un arenal: de su centro surge recta algo como una línea. Una interminable antena metálica. Pasamos a menos de una cuadra de ella. Es como una robusta columna que intenta tocar el cielo.

—¿Qué es eso?

—La Aguja de los Rebeldes. Un monumento nacional.

Es un verdadero pilar, ligeramente inclinado con relación al terreno. Cuando

mucho, mide un metro de diámetro. Y una longitud de kilómetros. Es difícil justificar su empleo en una zona tan desolada. La sigo hasta que sólo su extremo superior es visible detrás de un cerro. Pronto no es sino una línea estampada en una fotografía.

Mar adentro. Vuelo horizontal. Rodeado de lánguidas olas, aparece uno de los cráteres. Surge del océano como un caño trunco, con sus paredes externas verticales. Nuestra esfera emboca en él, y nos sumimos en la noche. Sólo los ágiles puntos de los magnetones perforan las tinieblas. Bajamos varios kilómetros. La esfera cambia de rumbo. Avanza en sentido horizontal y al hacer una curva, penetra en un túnel colosal, con un techo combado. Simétricos arcos luminosos lo dividen. Arcos que se achican a lo lejos y que irradian una luz azulina. Una multitud de vehículos de diversos tamaños —algunos enormes— se suceden por el piso de la caverna, que debe ser un gigantesco aeródromo.

Los cronnios entran y salen de los aparatos. Conversan en forma más animada que cuantos hasta la fecha conociera. Usan uniformes de colores opacos y de líneas sobrias.

En una explanada libre de magnetones, sobre una plataforma a ras del piso, nos hundimos en tierra junto a varios uniformados hasta un vestíbulo de grandes proporciones, cien metros más abajo.

Innumerables reproducciones de aparatos voladores se distribuyen en la sala sobre pedestales.

Pilotos o soldados van y vienen entre las maquetas. Se escucha un bronco zumbar, que el eco agranda.

L. no me da tiempo para contemplar el Museo. Me conduce por un bien iluminado pasadizo. Al fondo, una puerta se abre automáticamente. Una sala grande. Otra puerta. Una segunda sala: detrás de un escritorio, D. Al verlo me acomete la misma desagradable sensación de nuestro primer encuentro. Lo saludo secamente. No parece percatarse de mi presencia. L. se le acerca. Cambian algunas palabras en voz baja.

Me escruta el viejo con científico interés. Hace un gesto afirmativo con la cabeza. Luego acomoda al azar unos instrumentos pequeños dispersos sobre el escritorio.

—Me dice L. que usted ya se ha repuesto por completo de su enfermedad. En un par de días más comenzará su aprendizaje de vigía. Ya está en condiciones de entrenarse en forma seria. Espero que se desempeñará convenientemente en sus nuevas funciones.

Acostumbra acompañar sus palabras con dramáticos visajes: fruncimientos de ceño, y uno que otro gesto de sus manos nerviosas. Sin ser demasiado notorio, se advierte un trasunto irónico cada vez que me dirige la palabra.

—Así espero yo también, profesor —murmuro entre dientes—. Me gustaría saber, eso sí, cuándo podré regresar a Chile.

Mira D. a L. y éste a aquél. Permanecen un segundo sin decir nada. Acto continuo, el viejo me habla con su acostumbrada rapidez:

—Dentro de veinticinco horas podremos contestarle con seguridad esa pregunta. —Y añade, convencido—: Sólo debo advertirle una cosa: no se preocupe.

Es como para quedarse tranquilo.

—¿Y por qué tengo que esperar veinticinco horas? —La pregunta tiene mucho de infantil. Pero me es imposible evitarla. Presiento que D. contestará: «Porque sí».

—No puedo satisfacer ahora tan natural curiosidad —replica—. En algunos minutos más L. lo llevará a conocer ciertas cosas. Muchas de sus preguntas encontrarán respuesta. Ya ha esperado lo más. ¿No es así?

Debí darle una bofetada.

Abandonamos la construcción. L. no se preocupa de darme explicaciones. Una vez más atravesamos el aeródromo. Reina allí una extraordinaria actividad. Segundo a segundo los magnetones aterrizan y despegan. Algunos se dirigen hacia la entrada del refugio. Otros hacia el fondo. En medio de mi furia me detengo a admirar la magnitud de aquél. Las arcadas luminosas, que siguen la curvatura del techo, se achican progresivamente hacia el interior hasta adquirir minúsculas proporciones, esfumadas en una neblina azul.

XVII

El último despertar. El sueño, provocado por un narcótico, no me trajo pesadillas ni visiones como los primeros sueños. Me hundo en la oscuridad. Después de un lapso indefinible, vuelvo en mí. Sin malestares. Como si únicamente se hubiese tratado de una breve interrupción en el proceso de percibir los objetos y los hechos. Alguien nos tapa los ojos. Hay un instante de cesación de todo, producido por la sorpresa. Cuando descubrimos que es una jugarreta todo pasa.

La noche ha caído. El cielo se materializa en puntos luminosos. Algunos enormes, otros pequeñísimos. Una nube que abarca todo el espacio. Se hacen cada vez más penetrantes: ojos que comienzan a abrirse paulatinamente. Miles y miles de soles pegados a un techo negro. Saltan de la noche y del espacio. ¡Las estrellas! Millones de estrellas. Infinitas estrellas hundidas en la inmensidad. Palpitantes, vívidas, en un cielo negro. Recién me encontraba en una caverna artificialmente iluminada. Ahora estoy bajo otra caverna. Una bóveda sin paredes ni techo.

—El corazón de la galaxia.

Ahí está L. Su silueta se proyecta contra las constelaciones. Sus ojos me observan enigmáticos.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

—En la Cáscara. Venga.

Avanzo torpemente hasta la pared translúcida: abajo, una zona sin rasgos visibles, sombría como el alquitrán. Cerca del horizonte, moles de cadenas montañosas, débilmente perfiladas contra el cielo. Y encima del paisaje tenebroso: estrellas y estrellas. Su luz nos permite ver nuestros cuerpos, apretujados, a velocidades vertiginosas.

¡Nada importa! Todo ha cambiado, X. Puedes preguntar. ¿Qué temes? La verdad única y definitiva. Está frente a ti. Me dejo caer en el sillón. Otra vez las estrellas. Sí: estos son los cielos de X.

L. indica una pequeña constelación próxima a desaparecer.

—El Sol. La más pequeña de las cinco. La amarillenta. Ahí está la Tierra.

El Sol, la Tierra. La verdad dicha en forma escueta. Perdido en la multitud. En medio de un gentío. Todos gritan a la vez, sin que nadie entienda a nadie. Mis dudas se aclaran. Aquellas dudas que no me abandonaran desde mi despertar en la clínica. El mundo subterráneo de Cronn no se encuentra en la Tierra. Por mis ojos desfilan los astros rostros, porque la esfera está a oscuras.

—La Cáscara. La envoltura externa de nuestro sistema.

Cronn es un sistema planetario compuesto por nueve esferas concéntricas. La

primera es la Cáscara. Cronn no gira en torno a un Sol: elige sus órbitas. La Cáscara es capaz de absorber energía cósmica, que lo provee de todas las condiciones necesarias para la vida y evolución de sus planetas.

Es un sistema que durará por toda la eternidad, pues no depende de la existencia más o menos efímera de una estrella. Los cronnios viven en las entrañas de la gran madre, mientras Cronn viaja de una estrella a otra, sin exponerlos a los riesgos del cosmos. Además, los protege de las miradas indiscretas con una inhóspita envoltura negra. Siete esferas son habitables tanto en su cara externa como interna. Sólo la Cáscara —apta para la vida en la superficie interior únicamente— y el planeta central, poblado en su faz externa, constituyen las excepciones. Los cronnios disponen así de dieciséis planetas. Todo ello en una esfera de treinta y tres mil kilómetros de diámetro.

Los cronnios viven sin un cielo estrellado sobre sus cabezas. Pero de otro modo sería imposible sobrevivir a un viaje interestelar. Se congelaría la atmósfera; se estrellarían nubes de meteoritos contra las ciudades; la población se vería expuesta a las tempestades cósmicas. Cronn, más que un planeta o un sistema planetario, es una insuperable astronave. Segura, veloz e indestructible. Capaz de viajar durante millones de años con los recursos frescos y siempre renovados de dieciséis mundos. Con océanos insondables y continentes casi inexplotados que proveen de agua y alimentos.

La historia de la organización social y política de Cronn se relaciona directamente con sus peculiaridades. Más que en cualquier otro planeta, la conformación cósmica de Cronn ha influido en el carácter cronnio. Nadie ha podido determinar la edad del sistema. Sus primitivos pobladores —los titanes— descubrieron que la Cáscara era un acumulador natural de energía cósmica. Que, asimismo, aquella podía transformarse en un agente propulsor con la intervención de sencillos mecanismos. Al cabo de milenios de experiencias, descubrieron un proceso para convertir a Cronn en un mundo autónomo, capaz de trasladarse por el espacio a grandes velocidades, hacia puntos determinados de antemano. La magnitud de estos trabajos habría sido irrealizable para una raza como la cronnia. De este modo Cronn puede polarizar la energía que acumula y moverse entre los campos magnéticos estelares. Un principio semejante al de los magnetones. Los cronnios, como herederos de los titanes, han proseguido sus viajes por el universo a través de los siglos.

—¿Podré volver? ¡Por Dios, sea franco!

—No. No podrá volver. Por desgracia, nos dimos cuenta demasiado tarde del engaño de X. Usted ya estaba en Cronn. Le parecerá raro que con todos los medios de identificación que poseemos nos haya sucedido. Pero sucedió. Estamos a cien años-luz de la Tierra. Y la luz recorre trescientos mil kilómetros por segundo. Vamos

rumbo al corazón de la Vía Láctea.

No. No habrá regreso. No hay caminos de regreso. Seré otro resorte. Y adelante. Sigan. Uno, dos, tres. Perfectísimo. Sin desviarse del camino.

—¿Y la verdadera historia de X.?

—La que usted conoce, con una nueva variante: huyó de otro mundo. Y por ese mismo hecho nos fue necesario imaginar un proceso de adaptación. Usted sufrió el trauma interplanetario. Fue el primer indicio del hecho que usted no era el verdadero X. Estuvo un mes entero en la clínica.

Treinta días durante los cuales debimos mantenerlo en un estado hipnótico, inyectándole alimentos y drogas.

Las estrellas que tachonan el cielo brillan como brasas. Verdes, escarlatas, anaranjadas, azules.

Tan próximas y materiales que podría percibirse su calor. No hay atmósfera que intercepte la visibilidad. Estamos en el vacío.

En medio de su deambular por las estrellas, Cronn llegó al Sol. Los astrónomos habían estudiado sus planetas, y descubierto, antes de rebasar la órbita de Plutón, que la Tierra albergaba una raza idéntica a la cronnia en muchos aspectos. Hallar dos razas iguales en el universo constituye una casualidad. Los cronnios, que en el curso de su historia exploraron cien mil soles provistos de planetas, jamás encontraron seres tan parecidos a ellos. De ahí su interés en conocer a los hombres.

La Tierra es un mundo indefenso. Cualquier viajero interestelar puede imponerse de todo cuanto le interese saber respecto a ella, con el solo recurso de captar e interpretar sus emisiones electromagnéticas. Incluso, aprender por estos medios todos los idiomas terrestres y conocer la totalidad de sus costumbres. Sin delatarse. Así procedieron los cronnios.

Cronn se instaló frente a la Tierra, pero con el Sol de por medio. Durante un año fue el Antiktron.

Allí se mantuvo agazapado, girando en derredor del Sol en el mismo período de la Tierra y recorriendo su misma órbita. Dadas sus condiciones de propia movilidad evitaba las libraciones. De este modo, nadie en la Tierra lo pudo descubrir. Además, las ondas de radar son absorbidas por la Cáscara. Es decir, no se reflejan. Debido a su color negro, es un pésimo reflector de la luz, aún directamente iluminado. Su albedo es insignificante, muy inferior al de Plutón, el planeta más opaco del Sistema Solar. En la práctica es invisible.

Los cronnios instalaron en la Luna su base de operaciones, e iniciaron las expediciones a la Tierra. Pero sin entrar en contacto con los seres humanos más civilizados. Aterrizaron en regiones desiertas; trabaron relaciones con algunas tribus perdidas en el Amazonas; conocieron los continentes polares, y, una vez que se formaron una exacta idea de la idiosincrasia del hombre, de sus inquietudes, de la

crisis social y sicológica que atraviesa el siglo XX, seleccionaron un grupo de cronnios que ya hablaban varios idiomas terrestres, para que se mezclaran con sus habitantes y los estudiaran más de cerca.

X. integraba la tripulación de la astronave que comandaba L. ¿Quién podía imaginar que un cronnio prefiriera la precaria situación del hombre a la seguridad de Cronn? Pero había uno. X. llegó a la Tierra. Todos los cronnios llevaban cédulas de identidad, pasaportes, en fin, los antecedentes indispensables para ingresar en la comunidad terrestre sin peligro de ser descubiertos. La astronave de L. aterrizó en Polonia. Tres días después, X. desaparecía. Había preparado cuidadosamente su fuga: llevaba consigo reactivos, antirreactivos —de uso exclusivo de las patrullas de exploración, que los emplean para no ser descubiertos cuando llegan a otros mundos —; con sus conocimientos estaba capacitado para hacer rápida fortuna. Un tuerto en el país de los ciegos.

El resto de la aventura me era conocido. Un solo detalle ignoraba: que X. me había inyectado una dosis de su reactivo. Como las Máquinas fuera de determinados límites pierden el control sobre los cronnios, éstos se inyectan substancias que permiten al capitán de las astronaves detectarlos con aparatos de corto alcance.

X., sabedor del hecho que en cuanto desapareciera sería perseguido, extremó sus precauciones.

Al verse acorralado —con la personalidad de Fernando Mendes, y ya en contacto conmigo— me inyectó una dosis de su identificador. Fue su toque maestro. Con ello los cronnios no podían seguir dudando. ¿Por qué —una vez que descubrieron la sustitución— no volvieron en su búsqueda? Los Técnicos de Cronn fijan sus itinerarios. Y dentro de la mecánica de los campos magnéticos existen períodos críticos, los cuales se producen cada determinados lapsos, y que es indispensable aprovechar al iniciar un viaje. Si bien es cierto que Cronn puede desplazarse con toda facilidad por el espacio, no es práctico manejarlo como una astronave. Habría sido ridículo regresar en busca de un hombre, cuya sustitución fue descubierta cuando se hallaba en plena travesía interestelar, muy lejos de la Tierra. X., que conocía el plazo fijado por los Técnicos para permanecer en el Sistema Solar, se limitó a eludir a los cronnios por ese período. Sabía que, una vez iniciado el viaje, estaba a salvo.

En medio de todas estas revelaciones A. reaparece.

—Uno de los consejos que le di fue, precisamente, que le ocultara la realidad cronnia como otro planeta. Todavía no era conveniente que usted lo supiera.

—¿Y no temió que me enterara por otros medios?

—¿Cómo? Para empezar, yo seguía cada uno de sus pasos. Y la afortunada intervención de A. hizo el resto. Por otra parte, era difícil que un cronnio cualquiera le hubiese dicho por propia iniciativa que Cronn era un sistema planetario de esferas

concéntricas. Habría tenido que preguntárselo usted. Y eso no lo habría hecho por razones obvias.

Durante el viaje a Dnak la cronnia me dijo que ignoraba los planes que L. y D. podían tener sobre mí. Este detalle me confirma que A. procedió de buena fe.

Todo se explica. Menos la actitud de los cronnios frente a los hombres. ¿Por qué no entraron en contacto directo con ellos? ¿Por qué esa actitud sigilosa? Y al pensar que con el progreso alcanzado por Cronn en el campo científico habrían llevado siglos de adelanto a la Tierra —más aún al considerar la crítica etapa porque atraviesa: a punto de comenzar una guerra atómica— su actitud se tornaba incomprensible. ¿Qué perdía Cronn?

El problema es complejo, dicen los cronnios. ¿Quién garantiza que la ayuda que un planeta preste a otro más atrasado sea de verdad efectiva para su desenvolvimiento? La existencia de un mundo transcurre en la eternidad y en el infinito, y sus destinos se hallan regidos por factores que escapan a la razón. No se trata de aliviarlos por un año o por un siglo o por un milenio. La cuestión de la convivencia interplanetaria difiere de la de los pueblos entre sí. Aunque dentro de la misma Tierra se producen situaciones similares en los casos en que un país adelantado presta ayuda a una nación subdesarrollada. Muchas veces los problemas que les crean son mayores que los que pretendían solucionarles.

Ciertas etapas culturales deben alcanzarse a través de una evolución progresiva. La Tierra, con su actual grado de cultura, al verse de súbito dueña de una civilización tan avanzada como la cronnia, con entera libertad para usufructuar de ella, podría sufrir fatales trastornos. La mejor manera de obtener ventajas de un gran progreso es cuando éste se ha conseguido por sí mismo. De lo contrario no se sabe valorizar y menos emplear.

Enfocado el asunto desde otro ángulo, cada mundo tiene sus móviles, sus propósitos, sus inquietudes, sus finalidades. Dios, al crearlos, les ha infundido todos los medios que les permitirá encontrar sus derroteros. Todo ha sido sabiamente planeado, y, a medida que se evoluciona, se va comprendiendo cuál es Su sabiduría. Cronn tiene millones de años de evolución cultural, y algo sabe del universo. Si el hombre no es capaz de encontrar el paliativo a sus miserias en su planeta, difícilmente lo encontrará en los mundos vecinos.

—Usted lo comprenderá más adelante, cuando conozca mejor a los cronnios. Comprenderá por qué Cronn ha hecho bien al no intentar influir en la Tierra. En ella se dice que el hombre fue expulsado del paraíso terrenal por su «curiosidad». Pudiera ser que esa misma «curiosidad» por conocerlo todo le depare desagradables sorpresas en el futuro.

XVIII

X. está vivo para las máquinas, aunque la distancia lo ha liberado de su control. Pero quien vaya a consultar su ficha sabrá que aún vive. De ahí que los cronnios se hayan visto forzados a mantener la sustitución. Según L. la actual falta de contacto de X. con las Máquinas no tiene mayor importancia: es explicable por el hecho que los exploradores, al anular temporalmente sus reactivos, suelen tornarse indetectables por variables períodos, aún después de haberse inyectado el correspondiente antirreactivo. ¿Y el Identificador? ¿Cómo podré burlarlo? Se buscará el medio de eludirlo, llegado el momento. No puedo reprimir un escalofrío.

El sol se ha puesto. A cien años-luz de distancia, por cierto. Diez mil metros más abajo, el abismo de la Cáscara, sin el más mínimo detalle visible. Sólo en lontananza se distinguen, vagamente, las cumbres de sus montes.

—Una vez me dijo que la noche y el día eran una consecuencia de la actividad solar, que acentuaba los fenómenos electromagnéticos…

—Fue una buena versión, ¿no?

Es un fenómeno de intermitencia magnética, explica. El calor provocado por la luz hace que la energía cambie de polarización y se apague. Un proceso automático. O sea, cada veinticinco horas hay un período de día y de noche total para todo el sistema. La campana anuncia cada veinticinco horas los períodos, al caer la noche.

Emprende vuelo el magnetón. Varias astronaves —puntos incandescentes que se destacan contra la Cáscara— recorren el tenebroso paisaje.

—Patrullaje de rutina —advierte L.—. Cuando nos aproximamos a los corazones de las galaxias se extrema la vigilancia: son, en general, zonas de intenso tránsito interestelar.

La evolución es más rápida en el centro de un grupo estelar que en su periferia. En esos lugares las civilizaciones —cuando existen— se desarrollan veloces y alcanzan pronto altos grados culturales y científicos. En cambio el Sol, situado en los suburbios de la Vía Láctea, se halla en condiciones de inferioridad. Es posible que sus planetas jamás alcancen determinadas etapas, que requieren las condiciones imperantes en dichas regiones.

Sí, X. Estás oyendo hablar de «intenso tránsito interestelar», de patrullajes de negros desiertos, de la ventaja de aquellos planetas que se encuentran en el corazón de las galaxias. Mala suerte la de la Tierra, que nació en los bajos fondos. Debajo de ti se extiende la coraza protectora de dieciséis mundos perfectamente protegidos.

—¿Hay observatorios o construcciones ahí abajo?

—Ninguna. Nada que pueda delatar la existencia de seres vivientes a un

hipotético invasor. Si una astronave aterrizara aquí no tardaría en emprender vuelo. En ninguna parte es posible encontrar un sitio más inhóspito. Son cerca de tres mil quinientos millones de kilómetros de esa sustancia.

En medio de la noche se distingue una figura humana que camina con rápidos pasos.

—Un autómata gigante. Un Máximo. Vigila la Cáscara en colaboración con las astronaves.

Tiene que ser inmenso. A pesar de la distancia es visible con nitidez. La falta de puntos de referencia impide valorizar su tamaño.

La espectral figura, que viste un traje fosforescente, desaparece de pronto, oculta por una colina.

A la luz de las estrellas se columbra una zona negra. Agudizando la vista se entrevé, también, un reborde circular de grandes proporciones.

—Uno de los accesos a Cronn.

Es un cráter con su correspondiente chimenea. Atraviesa la corteza de parte a parte —dos mil quinientos kilómetros de espesor— en sentido vertical. Mil quinientos kilómetros corresponden a la Cáscara en propiedad —la sustancia negra capaz de acumular energía cósmica—, y los mil restantes se componen de rocas metalíferas, común a las demás esferas. De ahí el nombre de Cáscara: una piel que envuelve el primer planeta.

—Cualquier astronave puede descender por ahí.

—Cuando se encuentra abierto, X.

—¿Me quiere decir que «eso» puede cerrarse?

—En forma hermética, con un movimiento contráctil o pupilar. Una vez cerrado, lo único visible es un monte de escasa altura, con un cráter ciego en la cumbre.

El nivel del reborde. Su altura es insignificante en comparación con su amplitud. Traspuesta la pestaña, el magnetón flota sobre el abismo. Algunas esferas emergen con un trazo de luz.

—¿Qué mecanismo lo cierra?

Otra obra de los titanes. Encontraron la manera de surgir a la superficie. Durante milenios los colosos no conocieron las estrellas. Podían viajar entre los planetas interiores. Pero una parte de la última esfera era impenetrable. La nada del universo cronnio. Una nada sólida, que resistía las herramientas y explosivos más poderosos. Pero un día descubrieron que ante ciertas ondas de alta frecuencia, la Cáscara se perforaba. Como un tubo que se hunde en el agua: las moléculas se repliegan, pero al sacar el tubo vuelven a unirse. Aumentando el poder de esos reflectores se consiguió al fin abrir los respiraderos. Y las estrellas saludaron a los titanes.

Las paredes de las chimeneas son perfectamente verticales. Atraviesan zonas de

gravedad contrapuesta. Mil quinientos kilómetros más abajo —en el límite de la Cáscara con la roca— el conducto sube. En ese lugar los titanes instalaron el foco perforador. Ahí la gravedad es nula. La parte del tubo que desemboca en la cara interna de la esfera es rígida. Únicamente la que atraviesa la Cáscara es contráctil.

Pues bien: si se lanza un objeto desde el otro extremo del respiradero, cae con movimiento uniformemente acelerado hasta el límite. De ahí comienza a subir. Pero no alcanza a llegar al cráter, porque su velocidad se anula quinientos kilómetros abajo. De ese punto, vuelve a caer. Significa esto que, desde el interior del sistema, nada puede llegar a la superficie por su propio peso. Necesita de un propulsor mecánico.

En cambio, si soltáramos un objeto aquí, la velocidad alcanzada al llegar al punto neutro le permitiría recorrer los mil kilómetros restantes. Continuaría ascendiendo, teóricamente al menos, hasta quinientos kilómetros por encima del primer planeta. No sucedería eso porque la atmósfera, al bajar varios miles de metros por el tubo, frena y volatiliza cualquier objeto que se precipite desde afuera. Así ocurre con los meteoritos que por casualidad embocan en las chimeneas. Además, a lo largo de la primera sección de los accesos existen alarmas automáticas que delatan y destruyen cualquiera cosa de tamaño peligroso que caiga en su interior.

—¿Cuánto tarda en cerrarse? —Era lo único que me preocupaba.

—Media hora. Y una hora en abrirse.

—¿Y se contrae a lo largo de sus mil quinientos kilómetros?

—Totalmente.

—¿Podría suceder que una aeronave quedase atrapada en el conducto, por no alcanzar a subir o regresar?

—Por cierto. Es difícil, pues hoy día todo se halla bien controlado y sincronizado. Pero hace siglos…

Mil años antes, una astronave trató de huir de Cronn. El sistema se encontraba en las vecindades de una estrella rodeada de hermosos planetas. Un grupo de cronnios decidió escapar y colonizar uno de aquellos mundos. Tomaron una nave de gran capacidad, y emprendieron vuelo. Eran quinientos, entre hombres y mujeres. Recién comenzaba la ascensión de la segunda etapa del tubo, cuando fueron descubiertos. Los Técnicos hicieron funcionar los dispositivos.

El efecto fue notable. Muchos creyeron que los rebeldes habían logrado su objetivo. Por ninguna parte se encontraron los restos de la máquina. Incluso, se organizó una expedición para que los persiguiera en los vecinos planetas. Entonces apareció, a cuarenta kilómetros del cráter interior, en el centro de un arenal, una pértiga de miles de metros de longitud por un metro de diámetro.

—¿La Aguja que me mostró ayer?

—Exactamente. La Aguja de los Rebeldes. Estaba como ahora, enterrada

sólidamente en tierra, un poco inclinada al este. Era todo lo que quedaba de la astronave.

Fue comprimida por todos lados, hasta adquirir esa forma extraña. Se alargó más de cuarenta veces su diámetro primitivo. Cuando el tubo volvió a abrirse horas más tarde, aquel dardo descendió con movimiento acelerado, y fue a surgir en la cara interna. El impulso adquirido lo hizo subir varias decenas de kilómetros más. Luego cayó en el desierto y se clavó profundamente en él. Nadie lo vio. Si hubiese caído al mar, jamás se habría conocido el destino de los fugitivos. Con toda probabilidad.

—¿Y los quinientos tripulantes? —Adivino la respuesta. Pero me es imposible evitar la pregunta.

—¿Por dónde iban a salir? Ahora es un monumento nacional. Un ejemplo para los audaces.

Imagínese la presión de estos billones y billones de toneladas.

—¿Hay más cráteres?

Existen, más o menos, veinte mil respiraderos. Dada la magnitud de Cronn, son como vasos capilares en su piel. Además hay otras cuatro mil chimeneas esparcidas por toda la superficie.

Corresponden a otros tantos observatorios astronómicos.

Un mundo de cuatro mil ojos.

XIX

Dentro de las paredes de cada esfera existe una infinidad de burbujas. Cavernas colosales, como las que sirven de refugio a las Nodrizas, y una red de túneles similares al aeródromo. La mayoría da la vuelta completa a la respectiva esfera. Casi todos iluminados. Además, hay una red de túneles auxiliares que conecta todo el sistema subterráneo entre sí.

Las principales experiencias científicas de Cronn se realizan bajo tierra, en la seguridad de tales refugios. Ahí se hallan las Nodrizas —accesibles únicamente a los Técnicos—, los telescopios y planetarios —éstos sólo en la corteza externa—, e inmensos laboratorios y fábricas. Servirían, asimismo, de cómodo escondite a la totalidad de la raza cronnia, en caso de invasión. Para un mundo como Cronn, que recorre las galaxias de arriba abajo, todas las medidas de seguridad son pocas.

Una caverna similar a la de las Nodrizas. Desde el techo, perforado por gigantescos focos, la luz se derrama sobre innumerables construcciones metálicas. Colosales torres forman un bosque de agresiva apariencia. Tensos cables y tuberías bifurcadas las conectan entre sí. Es una ciudad construida toda de acero. Llama la atención, como siempre, el trabajo de los titanes. Han recubierto con planchas de metal tanto las paredes como el techo de la gruta. Al mismo tiempo, la han dotado de luz. Una luz eterna, susceptible de apagarse en caso de necesidad.

Reina una intensa actividad. Entran y salen pesadas máquinas de las torres y edificios anejos. Las calles —cintas rodantes, radiales y circulares— les conducen a los aeródromos. De allí, segundo a segundo, despegan aeronaves hacia los túneles de salida. Simultáneamente, otras regresan desde diversos puntos de Cronn.

Nada en común tiene la ciudad con las Nodrizas, que se yerguen en un ambiente blanquecino.

Aquí, sin ser más intensa —sólo produce una claridad crepuscular—, la luz envuelve a los edificios acentuando sus oscuras formas. Las torres, en su mayoría cilíndricas, parecen tocar el techo.

Atrevidos puentes cruzan sobre las arterias entrelazando las construcciones. El aspecto de la urbe es sombrío. No hay nadie.

Es uno de los laboratorios atómicos de Cronn.

El Átomo. Durante siglos los cronnios estudiaron la manera de agrandar y reducir el átomo.

¿Cómo? Con un método que permitiera adicionar energía a sus partículas, en el primer caso. Para reducirlo, a la inversa, se trataba de sustraerle energía. Las leyes generales del equilibrio harían el resto. Es decir, automáticamente el átomo se expandiría, aumentando su magnitud general en proporción. Considerándolo como la unidad mínima de materia para fines prácticos, las consecuencias de un invento así

serían infinitas. Por ejemplo, permitiría construir cualquier cosa, aún las mayores máquinas, a escala reducida, para ampliarlas luego a conveniencia. El hombre logra sus obras más perfectas cuando las construye a una escala que le permita trabajar con comodidad.

Pues bien: eso es lo que se ha conseguido en estos laboratorios, después de infinitas experiencias.

Aquí están los ampliadores y reductores. No es necesario agrandar directamente los objetos muy voluminosos. Basta ampliar sus piezas para después armarlos. Como ciertos artefactos requieren de una resistencia especial, se agrandan directamente: las naves interplanetarias, sin ir más lejos, y los magnetones, que se construyen de un tamaño no superior al de una naranja.

Mediante tales técnicas, la mayoría de las fábricas sólo producen miniaturas. Se economiza mano de obra, trabajo y materia prima. Pero se requiere mucha energía. Como Cronn la obtiene del cosmos en cantidades ilimitadas, no hay problema. Además, una materia constituida por superátomos, posee nuevas propiedades. Para empezar, una resistencia miles de veces superior a la original. Aumentando la energía de protones, electrones y demás partículas, crece el poder de cohesión de las moléculas. O sea, se obtiene la supermateria. Metales indestructibles para seres comunes, aunque posean las herramientas más perfeccionadas. La supermateria es irremplazable para la fabricación de astronaves: son las únicas sustancias que se prestan para la utilización de los propulsores magnéticos. Se simplifica el transporte: en un solo magnetón se pueden llevar centenares de objetos a los ampliadores.

Y así como la ciencia cronnia ha obtenido átomos de un diámetro cien veces superior al original, ha conseguido reducirlos a la centésima parte de su tamaño. Un metro cúbico de cualquier sustancia es susceptible de convertirse en un centímetro cúbico. No es lo mismo la reducción del átomo que la compresión de la materia. Esta última consiste en eliminar los espacios interatómicos por presión.

También se achican los objetos con este proceso, pero conservan su peso. Es el caso de las estrellas denominadas «enanas blancas». Allí la materia ha sido comprimida hasta el extremo que un centímetro cúbico pesa miles de toneladas. Lo obtenido por la ciencia cronnia es una nueva forma de materia, como sucede con la ampliación del átomo. Es una materia muy tenue, dotada, asimismo, de especiales propiedades.

Pero no todo ha sido éxito en estas experiencias. Si bien es cierto que pueden agrandarse y achicarse los átomos, es imposible devolverles su tamaño original una vez sometidos al tratamiento.

¿Por qué? Simplemente porque los nuevos átomos comienzan a actuar, instantáneamente, en otra escala. En otras dimensiones, donde principios y leyes desconocidos los rigen. Leyes y principios que, para comprenderlos, sería necesario

trasladarse a dichas dimensiones. Cosa irrealizable para los cronnios. Allí toda su ciencia ha fracasado.

Pero, ¿por qué se habla de fracaso? ¿No han sido un éxito las experiencias en su aspecto práctico? Sí, en lo tocante a la materia inanimada. El problema de las distintas escalas se presentó al aplicar tales métodos a los seres vivos. Es decir, a sus células germinales. ¿Fue quizá monstruoso realizar estos experimentos? No: se trataba de una imperiosa necesidad. Cronn, destinado a recorrer los caminos más remotos, debe incrementar su poder con todos los medios a su alcance. Cualquier día Cronn puede toparse con enemigos capaces de poner en peligro su civilización. Quienes vigilan la Cáscara conocen las acechanzas que aguardan a un vagabundo del espacio. Los planetas subordinados a una estrella nada deben temer, excepto a la casualidad. Menos un planeta como la Tierra, situado en las afueras de la galaxia. Hay billones de mundos más interesantes que conquistar.

A Cronn no le interesa dominar otros mundos. Pero debe precaverse de ser conquistado.

De ahí nació la necesidad de crear superhombres. Por lo demás, habría sido difícil sustraerse a la tentación. Los métodos se aplicaron a células germinales humanas. ¿Qué resultó? Gigantes por una parte y pigmeos por la otra. Máximos y Mínimos. Colosos de doscientos metros de estatura y entes de dos centímetros. Un fracaso del cronnio, porque fue imposible establecer una comunicación inteligible con ellos. Sus espíritus latían en otras dimensiones, en otra escala: fueron inaccesibles para un ser normal. El cronnio no es un dios. Su ciencia es capaz de modificar la magnitud de los átomos de las células. Pero no así las partículas espirituales que van unidas a ellos. Nacieron titanes y pigmeos, pero algo les faltó, algo imposible de otorgarles. Algo cuya ausencia nadie previo. Y como resultado de esa falla, no se les pudo hacer comprender una serie de cosas fundamentales: los principios de la Colectividad; la colaboración con el cronnio para trabajar por la grandeza de su país; el afán de superación; ciertas inquietudes, etc. Porque la figura humana sólo es funcional dentro de determinados límites. Fuera de ellos, se torna inadecuada. Los cronnios pensaron que serían invencibles si conseguían crear una raza de titanes tan poderosa como la que construyó gran parte de Cronn. ¡Qué de ventajas habría representado el contar con su inteligencia superior al servicio del sistema!

—¿Y las calaveras del villorrio? Tenían forma humana.

Sí. Pero son los restos de veinte Máximos que perecieron hace treinta siglos en una guerra interplanetaria. De los primitivos titanes no han quedado vestigios, excepto su obra. Pero poco en común tenían con el cronnio, en cuanto a conformación y figura.

—¿El autómata que vimos en la Cáscara? ¿Vive aún?

—Sí. —L. parece envejecido. Desde que me mostró la Cáscara se ha humanizado

—. Los Máximos son inmortales. Y se reproducen.

—¿Y continúan fabricándolos?

—No. Fue una experiencia que se efectuó hace cinco mil años. En vista del fracaso, no insistimos.

Pero los Máximos, por estar constituidos de supermateria, no fallecen de muerte natural. Como la gravedad de Cronn es baja para ellos, sus poderes físicos son ilimitados. A su escala, la materia y la energía se confunden. Tienen extraordinariamente desarrolladas sus percepciones extrasensoriales.

Por desgracia, el cronnio no las puede aprovechar. Sus inquietudes constituyen un enigma. Para comunicarse con ellos se necesitan complejos transformadores de ondas telepáticas. Nunca dicen nada sobre ellos mismos. La mayoría de sus órganos se les han atrofiado. Se alimentan de energía que absorben por osmosis. Son verdaderos autómatas. Un milagro de la cibernética, que podría enorgullecer a sus creadores. Piensan, sienten, raciocinan y comunican sus impresiones: las que estiman convenientes. Pero de no necesitar a los cronnios para vivir, hace mucho tiempo que los habrían abandonado. Requieren de grandes presiones, de una atmósfera líquida y densa. Los cronnios, con toda su ciencia, habrían sido incapaces de construirles un mundo adecuado.

Únicamente los han podido dotar de trajes herméticos —verdaderas corazas— que les permite subsistir y realizar algunas actividades. También se les han habilitado cavernas donde pueden despojarse temporalmente de sus vestiduras. Son indolentes, silenciosos y, afortunadamente, pacíficos. Los cronnios, como seres prácticos, han conseguido hacer un pacto con ellos: les proporcionan los medios de subsistencia, y los Máximos, en retribución, ayudan a vigilar la Cáscara.

Son ciento treinta y cinco mil. Cada uno tiene una superficie determinada bajo su control. Para efectuar estas labores deben ir con un cronnio, que va instalado en el casco de su traje espacial. Es la única manera de obtener una labor efectiva de ellos. Poseen ciertas fibras humanas. Si bien no se inmutan con nada, se preocupan para que el cronnio que les acompaña no corra riesgos. Tratan de defenderlo en caso de peligro. En la Cáscara viven a sus anchas. Gozan con el espectáculo del cielo estrellado. Toleran la vida de los planetas interiores solamente por breves lapsos. En todo caso, su colaboración es útil: son los verdaderos vigías de Cronn.

—¿Cómo?

—Ellos son los vigías. También se da este nombre a los cronnios que montan guardia junto a ellos.

—¿Y yo?

—Ese será su papel. Usted tendrá a su cargo el sector 517, que vigila Mh.

—¿Mh.? ¿El otro que conoce el secreto? ¿Es un Máximo?

—Sí: hay cosas que adivinan. Cuando regresábamos con usted, Mh. estaba de

guardia en el cráter 517. Dijo, brevemente, que necesitaba hablar conmigo. Tuve que acceder, pues de lo contrario no nos habría dejado pasar. Me dijo que conocía la treta…

—¿La treta? ¿Qué treta?

L., en un santiamén, prepara sus defensas. Es algo notable. Por desgracia, todo es muy rápido.

Una oportunidad perdida.

—Los Máximos hablan en enigmas —explica L., hermético el rostro—. En ese instante no comprendí qué quiso decirme. Por lo demás, se negó a darme mayores explicaciones. Pero supo que usted no era X. Sin verlo. Adivinó que en la astronave venía un terrestre. Eso fue todo.

L. ha reparado la fisura. Abandonamos la sala de proyecciones, situada en la torre central, y partimos en busca del magnetón. L. aún no lo ha dicho todo. Desde el balcón, la ciudad se extiende atestada de cables, luces, tuberías, raros receptáculos y depósitos globulares empotrados en el suelo.

Bajo la central, una Mente coordina el incesante trabajo. ¿Qué me espera? L., transformado ahora en mi instructor, me prepara para mi oficio. Todo en forma sigilosa, por cierto. El tornillo que Cronn perdiera con X. debe ser repuesto sin llamar la atención.

Sí: también existe una incomunicabilidad en el universo. Pero es real y no metafísica. Dios lo creó a infinitas escalas, dentro de las cuales imperan leyes que les son inherentes e inseparables. Allí los seres viven y mueren. Su capacidad e inteligencia ni siquiera les permiten comprender qué ocurre entre esos muros. Menos podrán comprender lo que sucede al otro lado de esas infranqueables e invisibles barreras. Y los cronnios entrevieron dichas barreras al crear los Máximos y los Mínimos.

—¿El disco que apareció en mi dormitorio, en su refugio?

—Sí. Esos son los Mínimos.

Otro fracaso de la ciencia cronnia. También pensaron que esos seres minúsculos les serían de insuperable ayuda para desentrañar los misterios del microcosmos. Pero huyeron, y aprovechándose de su tamaño, establecieron sus guaridas en los ilimitados escondrijos del sistema. Son tenues, sutiles y huidizos. Al revés de los Máximos, han asimilado gran parte de los adelantos científicos y sociales cronnios. Pero se niegan a mantener relaciones con éstos. Viven en otra dimensión. Temen y quizá odian a sus creadores. Nunca se han podido descubrir las causas de su miedo; pero los cronnios la sospechan. Son muy hábiles. Han fabricado armas que les hace temibles. Sin embargo, evitan pelear. De ellos no ha sido posible obtener ni la más ínfima colaboración. Pero saben exigir.

Los cronnios se han visto obligados a habilitarles enormes cavernas con su tenue atmósfera —verdaderos países—, y allí viven sin aceptar intromisiones. De tarde en tarde salen en rápidas excursiones a los planetas, en sus veloces y bien equipadas astronaves. Habría sido interesante conocer más a fondo sus problemas y cómo los han resuelto. El de la superpoblación, sin ir más lejos, que es el mayor de todos. Se reproducen con pasmosa rapidez. Pero su longevidad es proporcional a su tamaño. Además, se sabe que terribles pestes han exterminado naciones enteras.

No obstante, su población se estima en dos mil millones.

Los Máximos han colaborado con los cronnios en la adaptación de las cavernas para los Mínimos. Al parecer no se han establecido contactos entre éstos y los colosos. A los Máximos nada les preocupa mayormente. Por su parte, los Mínimos huyen de todo. Temen a todo. Desconfían de todo. ¿Por qué? Misterio impenetrable como el de la indolencia de los gigantes. Con la colaboración de estos dos extremos, Cronn habría sido invencible. Pero en la práctica se le han convertido en un problema.

Los planetarios son los museos vivientes de los cronnios. Quedan exactamente encima de los telescopios —los Ojos— y son tantos como éstos. Constituidos por dos hemisferios concéntricos, el externo, excavado en la roca, y el de adentro, hecho de un material muy resistente, encierran una superficie equivalente a una provincia chilena. Son una de las obras maestras de los titanes.

Desde el techo del hemisferio exterior se proyectan, sobre la cúpula interna, que es translúcida, los cielos estrellados de cualquier planeta que haya visitado Cronn. Adentro, sobre el suelo encerrado por el hemisferio interior, los cronnios han reproducido, con ayuda de los Máximos, los paisajes y condiciones atmosféricas que más les han interesado en sus constantes exploraciones.

Asimismo, los han dotado de variados ejemplares de la fauna propia de los mundos conocidos. Es posible realizar interesantes y peligrosas excursiones de caza en estos singulares zoológicos.

El planetario Tierra: en él sale y se pone el sol como en la Tierra. De noche las estrellas cambian de posición en el período de un año terrestre. No hay posibilidades de descubrir el engaño. Gracias a sus progresos en botánica, los cronnios se hallan en condiciones de hacer crecer en corto tiempo los árboles y plantas sustraídos de los planetas. Los Máximos, con sus grandes poderes, son capaces de reproducir los escenarios elegidos en cosa de semanas. Nada falta en ellos: lagos, ríos, bosques, montañas e incluso pueblos y ciudades.

Al visitar de nuevo el planetario Tierra, recordé el incidente de los caballos. Como yo, los animales se encontraban bajo los efectos del trauma interplanetario aquella mañana en que, acompañado de L., paseamos por el «campo polaco». Y a

cien años-luz de la Tierra.

Tiempo después acudí al planetario. En un jeep típicamente terrestre —ya los silenciosos y suaves magnetones habían terminado por enervarme— descendí por una carretera de tierra, bordeada de árboles familiares y bajo un sol ardiente. Liebres y conejos huían a esconderse en la espesura al oír el vehículo. Por una avenida de álamos llegué a un pueblecito deshabitado. Una calle central, con casas a derecha e izquierda. Posadas, con pintorescos nombres escritos en sus muros blanqueados a la cal. ¡Y en español! «Patente de primera clase», «La sin Enbidia», etc.

XX

Los ojos o telescopios de Cronn se encuentran, como los planetarios, en la esfera externa. Son tubos que atraviesan dos zonas de gravedad distinta. La pantalla magnética del aparato sería capaz de albergar cómodamente a Dinamarca, y ha sido emplazada en la parte rocosa de la corteza. El proyector de imágenes fue instalado por los titanes en la zona donde la gravedad es nula. De allí el conducto sube a través de la región contráctil hasta desembocar en un cráter mil quinientos kilómetros más arriba. La tercera sección del telescopio es el ojo: una esfera grande como un asteroide que, impulsada por un foco magnético, asciende por el respiradero hasta asomar en la Cáscara. Puede girar y seguir la trayectoria de los astros sin otro límite que el horizonte. Es decir, «mira». Recoge las imágenes y las envía al proyector, el cual, a su vez, las refleja en la pantalla. La observación se hace por encima. Como la chimenea atraviesa sectores de gravedad opuesta, su fondo constituye el techo de la pantalla, a kilómetros de ésta. La pantalla magnética, la cámara reflectora y el globo ocular protegen a los observadores. En caso de necesidad el ojo se cierra: baja la esfera y se contrae la segunda sección del tubo.

Túneles con esclusas contráctiles unen al Ojo con la red subterránea. Vasos capilares del gigantesco organismo que es Cronn. Su piel o Cáscara, horadada por miles de chimeneas. Allí asoman los Ojos. Y por aquella piel Cronn absorbe la energía cósmica que le permite moverse y dotar a sus planetas internos de todas las condiciones necesarias para la vida. Se alimenta por osmosis.

Piezas provistas de trajes del espacio —la pantalla está en el vacío—, y, por último, una cámara donde invisibles compresoras extraen el aire. La falta de presión da soltura a los movimientos. En medio de un grupo de cronnios salimos al Ojo. Hay allí un balcón amplísimo, que circunda toda la pantalla. Arriba y atrás: oscuridad impenetrable. Al frente, detrás de la baranda del volado, surge un halo de luz.

—Las estrellas, X.

Avanzamos. La gente camina hacia la luz, apenas perfiladas en las tinieblas. Sensación de espacio abierto, sin paredes ni techo. No obstante, estamos en el extremo anterior de un tubo cerrado herméticamente. La baranda. Instrumentos similares a microscopios y cámaras montados en el antepecho, hasta una distancia incalculable. La circunferencia total del volado se aproxima a la distancia de Santiago a Puerto Montt[2].

Súbitamente una luz intensa rasga la penumbra. Los alrededores se hacen visibles. Como hallarse a pleno día. Multitud de cronnios se mueven a lo lejos, la mayoría apoyados en el parapeto, manipulando los instrumentos. Se recortan contra una barrera blanca e interminable que se pierde en las alturas.

—Un planeta, X.

Cronn se aproxima a un sistema solar. Sus ojos lo han venido observando durante varios días. Me asomo al antepecho. Abajo, a poca distancia, se destaca un globo de colosales proporciones. Es como mirar la Tierra desde una altura que permita abarcarla de un solo vistazo en todo su tamaño.

La luz que despide enceguece. Poco a poco voy distinguiendo cosas. Regiones sombrías, zonas amarillentas y una franja rojiza que se extiende a lo largo de su borde derecho. Luego se bifurca en dos ramas: una desaparece hacia la cara posterior del planeta y otra baja hacia el ecuador. Existe una línea definida, con numerosas protuberancias, que la separa de la parte luminosa. Unas motitas se deslizan sobre la zona amarilla. Sí: en el fondo de la sima un mundo entero gravita silencioso. Es como estar a bordo de una astronave que se aproxima lentamente: el balcón parece balancearse sobre el abismo. La esfera se hincha a ojos vistas. Nuevos accidentes resaltan en su nítida superficie.

Más allá de ella, una sección de espacio estrellado.

Es la imagen tridimensional de un planeta. La ausencia de atmósfera de la Cáscara permite una visibilidad insuperable. El mayor telescopio de la Tierra posee un reflector de cinco metros. Se necesitaría un espejo de más de doscientos mil metros de diámetro para conseguir un efecto aproximado. Y sin tomar en cuenta las aberraciones, parpadeos, etc., que produce la capa de aire.

Los Ojos de Cronn aproximan millones de veces los objetos.

El planeta: conjunto de montañas y valles áridos. Nubes que navegan en una atmósfera arrastradas por silenciosos vientos. Paulatinamente se aproxima. L. manipula un complicado instrumento con tubos que se asoman al vacío.

—Atmósfera venenosa. Gran porcentaje de gases radiactivos.

El aparato lleva un espectroscopio anexo. Apoyo la cara en una abertura rectangular: el fondo de un valle, al alcance de la mano. Rocas de siniestro aspecto, de un color rojizo. Forman la pared de un desfiladero cortado verticalmente. Gases verdes se esparcen sobre el terreno como una neblina repugnante.

El planeta se encuentra a medio año-luz de distancia. Los astrónomos terrestres atribuyen un radio de cinco mil millones de años-luz al universo. El telescopio del Monte Palomar penetra hasta dos mil millones de años-luz. Los Ojos de Cronn alcanzan a billones: no han encontrado los límites del universo.

El mundo continúa agrandándose. Sus bordes ya no se delinean con el trazo firme de una esfera: poco a poco se va extendiendo y aplanando. Desaparecen las estrellas en sus contornos.

—Cada vez más aumento, X. Vamos a ver algo interesante. ¡Mire allí, cerca de la orilla derecha!

En primer plano se ve un valle por cuyo fondo serpentea un río caudaloso. Pero el

panorama es árido. Ni rastros de vegetación. Zonas coloreadas, que no son sino yacimientos minerales. Se alterna el rojo intenso con el azul turquí: aquí y allá fuertes trazos gualdas. De pronto, a orillas del río, una mancha. Sus contornos, difuminados por el aire neblinoso, se prolongan hasta la ribera misma de la corriente por un lado, y penetran en un desierto marrón por el otro. El telescopio auxiliar la enfoca: es una gran ciudad. Sus calles obstruidas, y en el centro, un enorme cráter.

El Ojo aumenta su poder progresivamente. La ciudad se agranda. Es posible ver sus torres y murallas: se yerguen carcomidas. Hay restos de una gran carretera, que interrumpen algunos cráteres. Tienen algo de familiares.

—Hace siglos que está abandonada. ¡Guerra atómica! —comenta L. con voz calma—. Han envenenado el aire y destruido la superficie. Todo el planeta está así, al parecer. Eso es lo que queda de un mundo. Un cadáver que gira solitario en el espacio. —Lo dice sin ninguna emoción.

La ciudad se encuentra ahora a corta distancia. Abarca la parte más próxima de la pantalla. Más allá se perfila la curvatura del horizonte. En medio de su triste aspecto, los edificios se alzan con cierta majestad, perforados sus muros por ventanas poligonales. Los terrenos vecinos, desérticos y pedregosos, desaparecen bruscamente en las tinieblas.

La imagen proyectada tiene ahora el tamaño real de la urbe. Una ventana. El interior de una habitación vacía, iluminada por los rayos solares. Los muros han sido construidos con bloques muy bien unidos.

—¿Es posible ir hasta allá?

—Desde luego.

A unos cien metros se alinean diez o doce magnetones: ventanillas redondas, cuyos vidrios son lentes de aumento, y un equipo de instrumentos de observación. Una verdadera lupa voladora.

Trasponemos la baranda, y empezamos a descender sobre la ciudad. Es lo mismo que acercarse a una población real. Planeamos sobre la campiña que circunda la metrópoli por su extremo norte. Se desliza por debajo del magnetón una pradera salpicada de peñascos rojos, sin una brizna de vegetación. Baja la esfera: su fondo roza el terreno. Miro atrás, seguro de ver una nubecilla de polvo que se deshace en el aire. Nada. La esfera se precipita contra una roca de gran tamaño: es decir, la atraviesa con suavidad. L. indica el cielo. Levanto la vista. Sobre mi cabeza se extiende una impenetrable manta negra. La luz por cierto no proviene de arriba. Es el único detalle que lo distingue de un paisaje real.

Al frente, a unos cinco kilómetros, se alzan los muros circunvalatorios de la urbe. Resalta un edificio en forma de aguja situado en primer plano detrás de la muralla.

—Ahora estamos casi con el máximo de aumento. El territorio que está ahí abajo es una exacta reproducción, a escala real, del territorio que enfoca el Ojo.

No alcanzo a oír sus últimas palabras. ¡Nos precipitamos contra la torre! Estamos a menos de cincuenta metros… Cuando abro los ojos, el edificio, con su imponente mole, ha quedado atrás.

Atravesamos murallas y rascacielos: la esfera se inunda con un destello de luz. Las imágenes, al ser atravesadas, se deshacen como pompas de jabón, pero al mirarlas de nuevo, se las ve tal cual estaban antes, compactas y materiales. El magnetón llega, por último, a una amplia plaza, rodeada de edificios en ruinas. No es el silencio lo que más impresiona. La muerte emana de cada piedra de los rascacielos, de sus ventanas poligonales, de sus puertas desquiciadas. Por una de las calles que desemboca en la plaza avanza una densa neblina: se arrastra por el suelo, repta por encima de los baches y los montones de escombros que la obstruyen. Es difícil creer que aquel suelo, de apariencia tan sólida, no sea sino una imagen. Los edificios se elevan a nuestro alrededor: la esfera flota a la altura del primer piso. La ilusión es perfecta. Pero aquel cielo opaco —en contraste con las arterias iluminadas por el sol de mediodía— me vuelve a la realidad.

L. pone en marcha el magnetón. Lentamente avanzamos por una gran avenida. Desembocamos en nuevas perspectivas: construcciones ruinosas. ¿Hay alguien en el interior de las habitaciones? Se dibujan con nitidez los marcos poligonales y una sección del muro interior. Más allá la noche.

Otras veces la ciudad se achata, encogiéndose grotesca, o desapareciendo engullida por las tinieblas, según sea el ángulo de observación del Ojo.

Todo es tan real y a veces se enfocan paisajes tan atractivos que en más de una ocasión los cronnios se han dejado caer en una verde pradera. Y han seguido viaje hasta la chimenea contráctil.

Una novedosa manera de suicidarse. Arrojarse de cabeza en las tranquilas aguas de un lago, y sumergirse en sus entrañas sin fondo, en una caída de cientos de kilómetros. También produce un raro efecto el precipitarse contra la gente y atravesarla de parte a parte sin que ellas se den cuenta de nada. Si se utilizan esquís, la sensación es aún más real. La gente, al lado de uno, conversa y camina tranquilamente, sin percatarse de nada. ¿Creerían que seres de otros mundos están mirándoles la cara a pocos centímetros de ellos?

—¡Así lo vio X. a usted, cuando era Hernán Varela, empleado de Acomsa!

Antes de partir a explorar un planeta, los vigías acuden a los telescopios, y se «mezclan» con sus habitantes. Es muy útil: se conocen muchas de sus costumbres con el solo estudio de su ritmo de vida, sus movimientos, sus gestos.

—No me queda duda que X. fue a Santiago, cuando aún nos encontrábamos en las afueras del Sistema Solar. Hizo lo que estamos haciendo nosotros, ni más ni menos. Y lo vio a usted. Es la única explicación razonable. Por eso, cuando huía, se dirigió a Santiago. A unos diez mil millones de kilómetros de distancia, su antecesor

tuvo el primer encuentro con usted. Entonces fraguó su plan. Es posible que haya estudiado su imagen en el telescopio.

Macizos muros. Calles agujereadas. En el corazón de la ciudad: un cráter inmenso, de kilómetros de ancho; casas pulverizadas en sus orillas. El impacto de un arma nuclear. Mi imagen reproducida en las profundidades de un mundo que no era la Tierra. La ciudad crece a nuestro lado. Se estira. Se hincha. Se alargan los edificios. Se agrandan los adoquines. Se ensanchan las avenidas.

—¿Qué pasa?

—Más aumento. Están dando el máximo de aumento…

XXI

Una habitación del Ojo. Sobre pedestales —descubiertos unos, dentro de burbujas plásticas otros—, hay varias maquetas de lo que deben ser cuerpos siderales.

El centro de la sala. Encima de una base metálica se destaca una esfera de gran tamaño: arrugada, con montículos anulares esparcidos regularmente por toda su área. De un color negro opaco. L. oprime un botón. El globo se ilumina. Se hace transparente, mostrando una sección transversal con círculos concéntricos que son otras tantas esferas divididas por la mitad. Son nueve. La central, la más pequeña, no es hueca como las restantes. Compacta, atravesada de polo a polo por un eje o algo parecido a un eje. Son tan perfectas, tan bien calculados sus espesores y la distancia que las separa entre sí, que cuesta creer que sea la réplica de una obra de la naturaleza.

Una maqueta de Cronn a rigurosa escala. Descontando la Cáscara, la extensión de sus territorios equivalen a treinta y dos tierras. Como las aguas ocupan una superficie de aproximadamente un veinte por ciento del total, Cronn dispone de continentes fértiles y ricos en minerales equivalentes a cien veces el área de los seis continentes terrestres. Sólo los anillos sobrepasan el tamaño total de la Tierra. Todo esto para cien mil millones. Esa es la población de Cronn, exceptuando a los Máximos y Mínimos. Pero sus países son capaces de albergar con holgura a mil personas por kilómetro. A doce billones de seres. A ello hay que agregar las características de Cronn: trasladarse por el Universo; sus métodos defensivos; la hermética protección que ofrece a sus habitantes, manteniéndolos en sus entrañas, fuera del alcance de sus enemigos; su autonomía completa en cuanto a abastecimiento de energía; su cualidad de ser casi indetectable y poco menos que invisible.

Una sala de proyecciones. Diversas vistas de planetas visitados por Cronn. Extrañas formas de vida. Civilizaciones en todo su apogeo.

La pantalla abarca toda una pared. Uno se cree asomado a un ventanal. Aparece un planeta, enfocado por uno de los Ojos. Una meseta rodeada de áridas y escabrosas montañas. Una viva luminosidad azulina envuelve el paisaje. Picachos puntiagudos. De súbito, a la vuelta de un monte, se extiende un cuadro del Bosco[3]. Insectos de tornasolada piel deambulan alrededor de una gigantesca aeronave. Un proyectil cohete: su proa afilada apunta al cielo. Hay otros cohetes diseminados por el campo, dando el aspecto de un bosque exótico. Sin duda es una base de lanzamientos. El panorama —no sólo a consecuencia de su aridez, sino debido a la luz— es tétrico.

Cambia la escena. La silueta de Cronn, iluminada asimismo por la luz lívida, aunque un tanto debilitada. Navega majestuoso en el espacio.

—Son escenas captadas por nuestros exploradores. Nos permiten ver simultáneamente los dos hemisferios de un planeta y a nosotros mismos.

La luz azul se intensifica. En el centro de la pantalla, un sol muy achatado en los polos, rodeado de un anillo de gases rojos que gira en torno a su plano ecuatorial a una distancia apreciable. Un gigante azul. Su diámetro equivale al de cien Soles colocados uno al lado de otro. Situado en el centro del Sistema Solar, alcanzaría hasta las inmediaciones de la órbita terrestre.

—Los seres que vio pertenecen al cuarto planeta del sistema, un astro más grande que Júpiter.

Reaparece el campo. Comprendo ahora el porqué de sus extraños movimientos.

—Duros como el acero. Quisimos trabar relaciones amistosas con ellos. Su mecánica y su arquitectura eran notables. Una flotilla de nuestras astronaves aterrizó en el planeta, luego de haber entablado las primeras conversaciones.

En un valle tan árido como la meseta pululan los insectos, en medio de una veintena de aeronaves esféricas. Distingo el extremo de los miembros superiores de aquellos monstruos, que rematan en una gigantesca tenaza. La pared de una de las astronaves se rasga como papel a la presión de la pinza.

En aquella época —cien mil años atrás— aún no se utilizaba la supermateria en la construcción de astronaves. Entes negativos para los humanoides. Todos sus actos eran impulsados por la más extravagante perversidad.

—Nos hicieron creer que deseaban nuestra amistad. Por razones que más adelante conocerá, nuestro sistema no podía alejarse de esa estrella. Nos manteníamos en las afueras de su último planeta.

Murieron miles de cronnios. No funcionaron las defensas del sistema, y fueron alcanzados por una de sus bombas termonucleares, una de las cuales dañó un telescopio. La estrella no pertenecía a la Vía Láctea, sino a otra galaxia, a millones de años-luz de aquélla. Los cohetes eran proyectiles balísticos interplanetarios. Desconocían los secretos de los campos magnéticos, y con los combustibles que disponían no les era posible lanzar una aeronave de tamaño suficiente para transportarlos a ellos, capaz de vencer su gravedad.

En la pantalla se refleja la figura de una esfera brillante que se dirige al sol azul.

Las siguientes escenas muestran alternativamente el campo de lanzamiento, con su bélica actividad, y la esfera que se acerca cada vez más a la estrella. Uno de los cohetes emprende vuelo.

En medio del espacio estalla. La bola penetra en el disco solar, y apenas se distingue como un puntito que parpadea contra el halo azul.

—Uno de nuestros detonadores cósmicos.

De nuevo el campo de tiro. Otros cohetes están listos para ser disparados. Un intensísimo destello hace palidecer el paisaje. Los insectos retroceden: se doblan, se

retuercen. Aumenta la luz. La escena es una sola llamarada que funde los alrededores en una masa ígnea

—¡Una nova! La estrella estalló. Se dilató hasta sobrepasar con su volumen la órbita del planeta.

¡Hicimos un bien a la galaxia!

Una bola de fuego se expande con enorme rapidez.

XXII

Segundo viaje a través de Cronn. Nos dirigimos ahora al planeta central. Hay que recorrer doce mil kilómetros por senderos verticales.

Continentes y océanos se suceden, dibujados con maestría. La magnitud de los territorios y la baja densidad de la población hacen que los mismos no aparezcan poblados en exceso. El grueso de los habitantes vive en los anillos.

A medida que nos acercamos al planeta central se aprecia el volumen cada vez menor de las esferas. Resalta la curvatura de los techos y se reducen la anchura y grosor de los anillos. La distancia de mil kilómetros que separa los planetas entre sí se mantiene constante. De haberse reducido en proporción al diámetro de cada uno, tal encogimiento no habría sido notorio. Pero la magnitud de los aros varía: su anchura corresponde exactamente a un dos por ciento del diámetro de la esfera que los sustenta. Y su altura equivale a la décima parte de su ancho. La regularidad del espacio interplanetario protege a Cronn de los choques. El sistema ha sido construido a prueba de colisiones. La Cáscara no sufriría gran cosa si Cronn arremetiera contra un astro, e incluso una estrella. Y la distancia interesférica uniforme evitaría que se produjese una reacción en cadena ante un golpe de intensidad dada, como ocurriría en el caso que dicha separación disminuyera de manera proporcional al diámetro de los planetas. La potencia del choque se iría amortiguando al internarse en Cronn. El magnetismo que existe en los espacios interplanetarios desempeña el papel de verdaderos pilares, y también ayudaría a suavizar los efectos de un encuentro violento.

Todas las esferas tienen un espesor constante de quinientos kilómetros, a pesar de sus diferentes diámetros. Pero pesan casi lo mismo. Eso significa que la fuerza de gravedad actúa en todas con una intensidad similar. La materia se va concentrando en razón inversa al tamaño de los planetas, de modo que la de los interiores es la más densa.

Y emergemos al último planeta. En las inmediaciones el terreno sube en una pendiente bastante pronunciada. En el cielo, la esfera final se aprecia en toda su redondez. Flota libremente en el espacio. Uno de los anillos se enrosca en su torno. Hemos ido a dar a las proximidades del polo norte. Concurren allí los tres aros formando el cruce. Siendo más angostos, flotan con mayor holgura que en los planetas precedentes. Por el mismo hecho, la distancia que los separa entre sí es ligeramente superior.

Una vez más, la simetría continental: el polo superior es un círculo perfecto, separado de los continentes por un canal que lo circunvala por entero, con una anchura inalterable. Del mismo modo, el casquete al cual nos dirigimos se encuentra separado de las tierras por un brazo de mar que, a juzgar por lo que se alcanza a ver,

también lo rodea por completo.

Baja el magnetón y planeamos sobre montañas cubiertas de nieve. Silencio y quietud por todas partes. A lo lejos se avecina una tempestad. Momentos después se perfila, a medias escondida por el temporal, una alta montaña que remata en una meseta. Sus costados verticales: muros de compacto hielo. El magnetón se introduce por una amplísima abertura situada a ras de tierra, en la base del paredón de nieve. Volamos en medio de compactas tinieblas. En el extremo del túnel hay un agujero circular, bien trazado, que se hunde en tierra. De allí surge una luz lechosa.

Durante las últimas horas he cambiado de táctica: opto por hacer el menor número de preguntas.

No porque haya desaparecido mi curiosidad. En cierto aspecto, aquel sentimiento aislador, por así llamarlo, que intenta separarme de todo, es una nueva versión de mi primitivo estado psíquico. No es el mismo que me poseyera en los primeros días de mi permanencia en Cronn. Lo absurdo de todo cuanto me rodea ha tomado ahora un nuevo derrotero. Me veo a mí mismo protagonizando la aventura como si fuese un espectador y no el héroe de ella. Hernán Varela mira incrédulo a X., sin conseguir asimilar el cambio. Sé que estoy sustituyendo a otro. Que aquel otro está muy lejos, a más de cien años-luz. No obstante, creo sentirlo junto a mí en todo momento. Como si algo del verdadero X. aún permaneciese en Cronn, junto a los espíritus de sus antepasados. Quizá a él también le ocurre lo mismo.

Baja el magnetón por el agujero, de pulidas paredes metálicas. Volamos dentro de una de las colosales grutas cronnias. El techo plano, perforado por los mismos reflectores circulares, comunes a las cavernas de este tipo. Es la de mayor amplitud de todas las visitadas hasta la fecha, a excepción del planetario. Totalmente desierta. Abajo, en la parte central, se destaca una simétrica prominencia circular. Una suerte de meseta, rodeada de una llanura metálica. La esfera toca tierra junto al paredón oscuro, de rigurosa verticalidad. El piso de la gruta, vastísimo y bruñido, débilmente iluminado, refleja un frío letal. Y al lado nuestro, el muro metálico, liso, tan extenso como una cordillera. La obra cumbre de los titanes. El extremo norte del eje de Cronn.

Al acercarnos, un trozo circular de pared gira en silencio sobre un invisible gozne, dejando al descubierto un túnel iluminado. Al fondo, luego de trasponer otra puerta, arribamos a una cámara donde hay trajes del espacio. Otra puerta se abre ante nosotros. Cien metros más allá, una segunda puerta que también se cierra a nuestras espaldas. Solemnidad en el silencio de L. Soledad del lugar.

Sensación de vacío.

—Nosotros construimos estos conductos —dice L., al desgaire.

Nos rodea un vacío total. Angustia intolerable. Quiero hacer algún comentario. Ágiles pasos de L., como si alguien le aguardase. Otra esclusa se abre. El último

umbral. Estamos en una planicie de metal, bien iluminada, de una extensión imposible de calcular. La luz emerge de un hueco central, que se extiende a diestro y siniestro, curvándose con suavidad a una enorme distancia.

El lugar se asemeja notablemente al Ojo. Pero no hay nadie. Ni gente ni instrumentos. La intensa claridad me permite reparar en una nueva diferencia con el telescopio: no existen barandas en torno al precipicio por donde surge la luz. Esta se eleva cual un muro lívido hasta desaparecer en lo alto.

Marca el brusco final de la planicie. Antes de observar nada capaz de justificarlo, siento un vahído violento.

L. llega al borde del abismo.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Se asoma, y luego se vuelve hacia mí.

XXIII

La silueta de L. se recorta grotesca contra el muro blanco.

Llego a la misma orilla. Desfallezco. Un vacío que se agranda en la boca del estómago.

Retrocedo tambaleante. El abismo se hunde insondable en las entrañas del planeta. Un tubo, con anillos de luz en su interior, se empequeñece progresivamente hacia la sima.

—Tiéndase en el suelo, y acérquese.

Se equilibra en el canto del cráter. Repto y avanzo por segunda vez. Me zumban los oídos. El precipicio gira. Estamos sobre una plataforma suspendida en el vacío. Debajo de ella nace la primera franja luminosa. El tubo se abre bajo el piso de la caverna donde aterrizáramos. Los contornos constituyen la tapadera del pozo, que desciende a plomo con una infinita serie de círculos de luz que van disminuyendo de tamaño. El más profundo parece hallarse en el extremo de un embudo.

Un microbio asomado a una faringe humana. La voz fría y seca del cronnio:

—¡La obra maestra de los titanes! Un tubo enteramente iluminado, eternamente iluminado, de cien kilómetros de diámetro por cinco mil de longitud. El Eje del Mundo. Un eje hueco, que atraviesa el último planeta de polo a polo, calibrado como el ánima de un cañón.

Me ayuda a levantarme. Siento que mi cabeza gira veloz. Parado al lado de la sima, temblorosas las rodillas, advierto que L. fija el extremo de un cable a mi cintura, el cual ya está unido a la suya.

Deslumbrado por la visión, no me doy cuenta de lo que hace. El mismo hecho de encontrarnos en el vacío, sin escuchar otro ruido que la respiración del cronnio por los auriculares, acentúa el carácter de pesadilla de la escena. A menos de treinta centímetros de mí se abre el agujero. A nuestra derecha, el oscuro piso del volado, que una luz crepuscular ilumina, va a unirse con la pared del fondo, donde se halla la puerta del pasillo neumático.

¡Y me empuja! Desprevenido y mareado, pierdo el equilibrio. Vacilo una fracción de segundo al borde del abismo, y me precipito en el vacío.

Me siento suspendido en el espacio, sin ningún movimiento. Cierro los ojos. Un ronco estertor.

—¿Tiene miedo? ¡Míreme! Estoy a su lado… ¡A menos de cinco metros!

Las palabras de L., pronunciadas con esa serenidad que sólo él sabe darles, no son suficientes. No me atrevo a abrir los ojos. Manoteo desesperado.

—En vez de manotear en forma tan poco digna, dé la vuelta y míreme. ¿Más insultos? Para su tranquilidad, debo decirle que no se va a morir. ¡Una simple prueba! Haga cuenta que es un aeroesquí. ¡Caída libre! La gravedad burlada gracias al

ingenio y la inteligencia.

Pruebo hacer lo que me dice. Mis párpados, pesadísimos, se niegan a abrirse. Abro los ojos por último. Estoy vuelto hacia el fondo. A pesar de nuestra velocidad apenas nos movemos. Abajo, los anillos no son mayores que una rueda de bicicleta. A la derecha vislumbro, con el rabillo del ojo, algo que sube con acelerado movimiento. Vamos dejando atrás, mejor dicho arriba, el primer círculo luminoso.

—Las franjas nos darán una idea de la velocidad. Tienen veinticinco kilómetros de ancho, separadas de su vecina inmediata por una banda oscura de la misma medida. Poco a poco pasarán con mayor rapidez. ¡Vuélvase para acá! Estoy a su izquierda. Un poco por encima de usted.

Efectúo un movimiento de torsión. Gira el tubo. L. sigue unido a mí por el cable, de pie como si estuviese en un piso invisible. Detrás de él se extiende una gigantesca pantalla blanca donde se destaca su silueta. Es el segundo aro. En un vacío casi absoluto es imposible notar la sensación física de la velocidad.

—Llegaremos a velocidad cero al otro extremo. El conducto cruza el planeta de polo a polo. En la Tierra oí una adivinanza bastante tonta, pero susceptible de aplicarse a este caso. ¿Qué hace un perro cuando llega a la mitad de un bosque? La respuesta es: empieza a salir. Aquí pasará más o menos lo mismo: caeremos con velocidad uniformemente acelerada hasta llegar al centro del planeta. ¿Qué pasará entonces? ¡Comenzaremos a subir! Desde la segunda mitad de la chimenea, nuestro movimiento será uniformemente retardado, hasta detenernos por completo. El tubo está vacío. Sólo de tarde en tarde vienen cronnios a efectuar la prueba. Para los vigías es obligatoria.

Forma parte de su entrenamiento. Además, son mínimas las posibilidades de una colisión en un espacio de cien kilómetros. Podrían estar cayendo miles de personas en este mismo instante y no nos daríamos cuenta.

Sigue disertando: aceleraciones, caídas libres, etc., con la misma tranquilidad de un conferenciante. Su inalterable sangre fría termina por devolverme la calma. Por otra parte, la caída es de tal modo silenciosa y los puntos de referencia para valorizar la aceleración se encuentran tan distantes, que el miedo concluye por desvanecerse. A pesar de todo, aún no me siento capaz de mirar abajo. Miro hacia arriba. Puedo ver ahora el anillo inicial en toda su amplitud. Su movimiento ascendente no refleja ni de manera aproximada nuestra real velocidad. Cerrando los ojos uno se cree suspendido en el espacio sin ataduras de ninguna especie. Y caemos. Cada vez más rápido.

Mi terror se bate en retirada. El hecho de ver al cronnio a menos de cinco metros de mí me restituye el valor. Los anillos tardan menos en pasar. Se suceden con majestuosa aceleración.

—¡Cinco kilómetros por segundo! Dieciocho mil kilómetros por hora. No se nota, ¿verdad?

Los aros se mueven. La más perfecta inmovilidad: los vemos pasar como las ventanillas de un tren nocturno. ¡Dieciocho mil kilómetros por hora! Y nuestra velocidad va en constante aceleración.

—¿Para qué los titanes construyeron este tubo?

—Cada raza tiene su meta. Los titanes, como grandes ingenieros y constructores, aspiraban a la realización de algo único. ¡Este esófago! ¿Cuál fue la utilidad práctica que obtuvieron de él? Nadie lo sabe. Quizá fue una simple obra maestra, la culminación de su talento constructor.

Transcurren los minutos. Todo cuanto me sucede y me ha sucedido es absurdo, sin agarradero posible. Una historia sin pies ni cabeza. La Gran Prueba. ¿Por qué tengo que hacerla? ¿Para representar el papel de otro, a billones de kilómetros de mi planeta?

—Llevamos doce minutos y medio de viaje. Vamos llegando al corazón de Cronn.

Poco importa ya que estemos en el núcleo del sistema o en la Cáscara. Da lo mismo.

De súbito la chimenea gira por completo. Miro, en esos precisos instantes, las profundidades, sin preocuparme del resultado final de la caída. Y entonces se produce. En un segundo, cambia el sentido de nuestro viaje. Empezamos a subir a vertiginosa velocidad. Desfilan las franjas. Abajo, el tubo se abre interminable. Lo mismo arriba: los anillos se achican ahora por ambos extremos.

Encima de nuestras cabezas las bandas vienen a nuestro encuentro con silenciosa rapidez. En veinticinco minutos atravesamos el último planeta. De polo a polo, sin necesidad de vehículos de ninguna clase. Siento una gran calma. No sólo es una calma espiritual. El cronnio intercala de tarde en tarde una que otra frase. Despierto de una pesadilla que ha durado años. Miro los contornos, sintiéndome despejado y dueño de mí mismo por primera vez desde mi llegada a Cronn. Ahora lo sé. La trascendencia de mi descubrimiento no me mueve a ser muy locuaz.

Voy a hablar: mis pies se apoyan en algo sólido.

—¡Venga! Llegamos. La plataforma magnética se mantiene únicamente por diez minutos. Si no logramos llegar a la orilla en ese plazo, volveremos a caer…

Caminar en el aire, sobre un agujero como aquél… Arribamos a un volado igual al que abandonáramos media hora antes. Tal cual si hubiésemos regresado al mismo sitio.

—¡Nadie, ningún titán, por grande que sea, es capaz de construir eso!

El rostro de L. envejece a través del cristal de su escafandra.

—Me alegro que haya llegado a esa conclusión. Los titanes existieron, pero no en Cronn. Por eso quise que hiciera la prueba. Temí, por un momento, que nunca presintiera la verdad…

XXIV

Dejamos atrás el círculo antártico, que mantiene escondido, bajo una espesa frazada de nieve, el eje del mundo. Contemplo el techo, que siempre ha sido para mí lo más desconcertante. Parece que las masas continentales se desplazaran como si no se encontrasen sólidamente empotradas en el planeta.

—Todo flota. Cada esfera, tanto en la superficie interna como externa, se halla recubierta por una capa de agua de varios kilómetros de profundidad. Sobre ella flotan los continentes. Pontones rellenos de tierra, separados del fondo del mar por kilómetros de agua.

Los continentes flotan, pero sus posiciones apenas varían. Los tubos comunicantes los unen a las esferas por debajo del mar. Otros conductos enlazan los continentes entre sí, bajo los océanos. Son verdaderas barcazas cuyo fondo plano sigue la curvatura de la esfera correspondiente. Sus flancos, cortados verticalmente. Las murallas o acantilados de metal que yo observara en el Villorrio de la Calavera. Dentro de ellos hay tierras fértiles seleccionadas.

—Todo lo hicieron los Altísimos.

Fue la primera vez que los oí mencionar. Sin saber a qué se refería —debido tal vez a la especial entonación de su voz al nombrarlos, o quizá a sus explicaciones sobre la configuración continental—, el hecho es que de inmediato me puse en guardia.

—Ellos construyeron Cronn.

Comienza el crepúsculo.

Los hombres, los de la Tierra y los de Cronn: simples juguetes. De nada sirve que la ciencia demuestre nuestra pequeñez, que la contemplación del espacio nos haga sentirnos insignificantes.

De nada sirve que la idea de Dios trate de ponernos en nuestro lugar de seres efímeros. El ser racional necesita de hechos, de cosas tangibles para comprender su miseria. Sin ellos, busca y busca.

Y a veces encuentra.

La plataforma se posa en el pasto. L., el rostro cansado, se dirige hacia la barrera de árboles gigantes que rodea el claro. Se sienta a los pies de uno de los colosos. Apoyado en la arrugada corteza, mira la copa de los árboles de enfrente, y por encima de ella, el techo, y más allá del techo…

—¿Comprende lo que es la eternidad? ¿No? Yo tampoco. ¿Por qué? Porque nuestra razón no ha sido conformada para entender conceptos así. Nuestra vida transcurre en el infinito y en la eternidad.

Aún más: nosotros podemos trasladarnos por el universo, recorrer todos sus caminos. Deberíamos ser capaces de asimilar alguna de esas palabras. Sin embargo,

no es así.

Nos hemos preocupado por encontrar la manera de reducir a términos inteligibles el universo que nos rodea. En todos los mundos habitados existe la misma inquietud. En todos ellos, sus científicos han descubierto —o creído descubrir al menos— esos términos. Han llegado a calcular, como en la Tierra, el diámetro del cosmos visible. Han hablado de dimensiones, de expansión del universo. Han estimado su edad en tantos o cuantos miles de millones de años. Hablan de su forma general y de cosas abstractas.

Pongamos por ejemplo al planeta Tierra. Allí se desenvuelve una vida inteligente, similar a la cronnia y a la de muchos otros mundos poblados por humanoides. Allí el hombre es el patrón, el punto de referencia, la medida con la cual todo cuanto existe es susceptible de reducirse a términos comprensibles. Su tamaño le hace pensar, no sin razón, que se halla situado a medio camino entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Hacia abajo, el átomo, y, en el cielo, el espacio poblado de estrellas. Dentro de los confines de su mundo, el hombre es una excelente medida para concebir y calcular todo lo visible. Para concebir «su» universo, «su» infinito, «su» eternidad. Pero, ¿es en términos absolutos, el hombre un buen patrón?

El átomo, el hombre, el universo y Dios. ¿Podría ser así? En cierto sentido, sí. Dios está por encima de todo lo que existe. Ya sea respecto a un microorganismo como a un titán. Para comunicarse con Él no es necesario recurrir a intermediarios. De existir una raza microscópica, por cierto que no requeriría de nosotros para hacerse oír por Él.

Pero, ¿qué representaríamos nosotros para esa hipotética raza? Imaginemos a un ser pequeñísimo, visible mediante potentes microscopios, el cual vive en un mundo apropiado a su tamaño, en un planeta de un volumen no mayor que una esfera de un metro de diámetro, por ejemplo. Imaginemos que dichos entes logran imponerse de nuestra existencia por medio de cálculos y observaciones instrumentales, pues nuestra magnitud no podría ser apreciada conforme a su escala. ¿Qué pensarían de nosotros? ¿Nos considerarían dioses? Estaríamos en condiciones de hacer por ellos cosas «sobrenaturales». Llegada la ocasión, seríamos capaces de construirles un mundo artificial infinitamente superior, desde el punto de vista técnico y de seguridad, al que les diera la naturaleza. Podríamos dominarlos como ningún ser humano lo ha hecho hasta ahora.

Podríamos elegirles una órbita alrededor de nuestro mundo, y hacerlos girar allí hasta que nos diera la gana. Nos serían de gran utilidad para descorrer los misterios del microcosmos. Podríamos inyectarlos en nuestras venas y utilizarlos para explorar nuestros vericuetos orgánicos, y obtener de ellos valiosas informaciones. ¡Observadores inteligentes que nos servirían para la conquista del micromundo! Y la

contrapartida: jugaríamos ante ellos el papel de Hacedores, de divinidades de su universo.

Pero ellos, por hallarse dotados de la capacidad de razonar y hacer abstracciones, comprenderían a la larga que, por mucho que fuese nuestro poder y dimensión, seríamos, como ellos, productos de la creación. Seres prodigiosos pero llenos de flaquezas y necesidades.

Raros, incomprensibles quizá, misteriosos en nuestros propósitos. Nada más. Si ellos se autodenominaran humanos, dentro de los límites de su universo, nosotros pasaríamos a integrar el mundo de lo no-humano o de lo sobrehumano. Así denominamos todos aquellos fenómenos cuyo origen desconocemos. Capaces de convertirnos en sus tiranos absolutos, podríamos hacer de ellos nuestros más humildes y sumisos esclavos, bajo la amenaza siempre latente de destruirlos en un abrir y cerrar de ojos. De existir una raza semejante, nosotros, por haber alcanzado un alto grado de civilización, nos compadeceríamos de tales seres, siempre que no representaran un peligro para nuestra seguridad, y trataríamos de ayudarlos. Nos sería posible construirles un paraíso y solucionar de golpe la totalidad de sus problemas.

XXV

Una vez más envejece el rostro del cronnio. La noche ha llegado.

Nuestra raza nació en el corazón de una galaxia que dista de la Vía Láctea algo así como tres mil millones de años luz. Nuestro planeta giraba en compañía de quince mundos alrededor de una estrella azul de gran magnitud. Favorecida por la naturaleza, nuestra raza sacó partido de aquellas excepcionales condiciones, y evolucionó fuerte y sabia. Su historia, llena de altibajos como la historia de los hombres, no atravesó por épocas de inactividad. Pronto encontraron los medios de abandonar su planeta. En pocos años, todos los mundos vecinos cayeron bajo su dominio. Sucedía esto hace más o menos un millón de años. Pero no se detuvieron ahí. Millones de estrellas horadaban el cielo: en torno a la mayoría de ellas debían girar planetas. Y allí estaba, tal vez, la vida. Los sabios descubrieron sutiles fórmulas de mecánica celeste y se dieron cuenta que el universo había sido construido a infinitas escalas. Por razones desconocidas, desestimaron la trascendencia de este descubrimiento, o, lo que es más probable, no supieron valorizarlo.

Realizaron así los primeros vuelos interestelares, y su cultura se extendió hasta los confines de la galaxia: su situación, como base de operaciones, facilitó el éxito de los viajes.

Nuestra raza, ensoberbecida, creyendo que el universo había sido hecho para que ella lo conquistara, desoyó muchas advertencias. ¡No comprendió que había cosas fuera de su alcance!

Hechas para devolvernos un poco de humildad y para hacernos saber que no somos dioses. Y ocurrió, entonces, que los Altísimos se enteraron de nuestra existencia.

Las tinieblas caen veloces sobre el paisaje, disolviendo sus detalles, tornándolo cada vez más irreal. Ocho esferas, de quinientos kilómetros de espesor cada una, me separan del abismo.

Es una historia tan antigua que se hace difícil distinguir la realidad de la leyenda, aunque ocurrió en una etapa de avanzada civilización. Por otra parte, Ellos se han preocupado de mantenerse siempre en el misterio, siendo entonces los testimonios bastante vagos. ¿Por qué han procedido así?

Probablemente para ocultarnos sus debilidades. Para que no descubramos que se

hallan sujetos como nosotros a las leyes del universo físico. ¡Para aumentar la real diferencia que nos separa!

También procedían así las antiguas aristocracias. Con la salvedad que Ellos son distintos a nosotros en múltiples aspectos. Es todo cuanto se ha podido saber. Y han conseguido darnos la impresión de omnipotencia que deseaban, colocándose fuera de nuestro alcance sensorial, impidiéndonos, de este modo, zafarnos de su tiranía mediante nuestra ciencia física.

¿Cómo nos conocieron? Presentían Ellos la existencia de este microcosmo del cual formamos parte. Como a su escala la evolución es más lenta, sólo se han hecho presentes en el universo en una época relativamente cercana. Algo así como lo ocurrido con los virus y microbios en relación a nosotros, los cuales, existiendo desde el comienzo de la creación, sólo fueron descubiertos después de la invención del microscopio. No deben tomarse estas comparaciones en un sentido absoluto. En el universo no hay parangón capaz de reflejar la verdad respecto a lo que está fuera del alcance de nuestros sentidos.

El hecho es que consiguieron ampliar nuestras emisiones electromagnéticas, y descubrieron en aquellas nubecillas de polvo cósmico manifestaciones de inteligencia. Le correspondió a nuestra nación el triste honor de ser la primera —que sepamos, al menos— en ser descubierta.

Por intermedio de algún transformador, pudieron a su vez hacerse entender por nuestros antepasados. Se estableció así el contacto. Desde ese día, hace cerca de diez mil siglos, nuestro destino estuvo decidido.

¿Por qué se interesaron en nosotros? Los motivos habría que buscarlos a través de simples conjeturas. Son inteligentes, de una inteligencia que escapa a nuestra comprensión. Inquietos investigadores que jamás se cansan de profundizar sus conocimientos del universo. Así corno nos sentimos fascinados por lo infinitamente grande, Ellos se han vuelto hacia lo infinitesimal. ¿Por qué? No porque actúen desde el infinito y la eternidad. Así como el átomo sólo nos preocupa respecto a la utilidad práctica que le podamos sacar, a los Altísimos no parece preocuparles lo que tienen encima. Podría ser también que su ciencia haya tomado otros derroteros.

El hecho es que, interesados en conocer los secretos de nuestro universo, fraguaron un plan: utilizarnos como exploradores inteligentes, capaces de raciocinar, para que les comunicáramos los resultados de nuestras investigaciones sobre el microcosmo, de acuerdo a sus designios. ¿Cómo?

Mediante el terror. Cuando nos conocieron lo suficiente, nos comunicaron que nuestro sol se transformaría en una supernova al cabo de un año terrestre. Agregando la acción a la palabra, durante varias noches consecutivas nuestro cielo se pobló de fuegos, provocados por las explosiones de un millar de estrellas previamente señaladas por los Altísimos.

Simultáneamente, y de manera sucesiva, constelaciones enteras entraron en ebullición. Llamar terror a lo que se apoderó de nuestros antepasados sería inexacto y ajeno a la verdad. Poco es lo que se sabe de aquella época. El caos, simplemente. La locura más desenfrenada que jamás haya poseído a ningún habitante de las galaxias.

Cuando los vieron deshechos, o poco menos, ofrecieron la oportunidad. En una órbita situada más allá de la última de nuestro sistema, apareció un nuevo astro. De treinta y tres mil kilómetros de diámetro, negro, indetectable para los instrumentos comunes, flotaba enigmático bajo las afiebradas miradas de nuestros astrónomos. Era Cronn.

Los Altísimos lanzaron un ultimátum: si mi pueblo deseaba escapar a la inevitable destrucción, debería trasladarse de inmediato al nuevo planeta. Se garantizaba la supervivencia; sería la raza más poderosa de su cosmos. No había dónde elegir. Nuestro pueblo no tuvo otro remedio que agachar la cabeza.

En pocos meses nuestros planetas —tres del sistema— se vaciaron en el nuevo mundo, que, a simple vista, parecía inhabitable. Se les permitió llevar todo cuanto quisieran, sin prohibiciones de ninguna especie. Trasladaron fábricas, laboratorios, ciudades enteras: lo que necesitasen para su nuevo destino. A Ellos les interesaba que nuestro avance científico no se interrumpiera, demostrando así una absoluta falta de temor ante nuestros posibles descubrimientos.

Fueron quince mil millones los que llegaron a colonizar Cronn. Y se encontraron con un sistema planetario artificial, compuesto de nueve esferas concéntricas, cuya superficie quintuplicaba la de nuestros planetas reunidos. Nada faltaba. Había sido construido con un profundo conocimiento de nuestras necesidades: tomaron en cuenta todas las medidas de seguridad imaginables. Una técnica mil veces superior a la que nuestra raza podía concebir. Océanos, tierras fértiles seleccionadas, anillos que no eran sino cómodos refugios, mil y un vericuetos en las cortezas de cada planeta, continentes que flotaban anclados en el fondo de los mares, y una envoltura externa contráctil, de una sustancia desconocida, con ciertas particularidades orgánicas, como la de abrir y cerrar miles de poros, posibilitando de este modo el acceso al interior del planeta. Además, a nuestra escala, constituía un aislante absoluto. Planeado para trasladarse por el universo, capaz de alcanzar la velocidad infinita, a prueba de colisiones estelares. ¡La velocidad infinita, cosa que nuestra ciencia consideraba imposible de lograr!

Un sistema planetario artificial. Una astronave que navega desde su construcción sin haber tenido jamás una falla. Tampoco podrá tenerlas, pues sus realizadores, por vivir en otra dimensión, regidos por leyes distintas a las nuestras, producen obras perfectas a nuestra escala. Los Altísimos revelaron las características de Cronn y la forma de conducirlo. Y comenzó nuestra labor de tripulantes de un satélite teledirigido.

Ellos determinan nuestros caminos. Estamos autorizados para guiarlo sólo en casos especiales y siempre bajo su directa vigilancia. Jamás han perdido contacto con nosotros. Porque el planeta central contiene una unidad mental o Mente Artificial —un cerebro electrónico, al decir de los terrestres, aunque sin ser eso precisamente—, mediante el cual los Altísimos mantienen el control del sistema. Pero este planeta es apenas el núcleo de un mecanismo integrado por las nueve esferas, en cuyas cortezas existen esos conductos huecos e incomprensibles que utilizamos de refugios. Su objetivo verdadero es desconocido. Cronn no es sino un ingenioso transmisor y receptor de enigmáticas ondas, probablemente mentales. Los vacíos que existen entre las esferas rebosan una energía similar al magnetismo, que utilizamos en parte, pero cuya verdadera finalidad se relaciona directamente con las características intrínsecas del sistema como laboratorio tripulado, como satélite de observación. Esa energía, de origen desconocido, causa los fenómenos luminosos y acústicos. La voz que se escucha cada veinticinco horas —que diariamente nos recuerda nuestra esclavitud y que inspiró el nombre del sistema— se propaga en el vacío. No es transmitida por ondas sonoras.

Por otra parte, la habitabilidad de las esferas, si bien es fundamental para nuestra supervivencia, no lo es para las cualidades mecánicas de Cronn. Somos simples accesorios del sistema, accesorios que raciocinan, que sirven devotamente a sus amos, con la devoción que sólo puede causar el terror a una muerte súbita. Tenemos de todo, sin duda. Constituimos la raza más poderosa de nuestro universo. Nadie es capaz de superarnos dentro de las dimensiones y conceptos a nuestro alcance intelectual. ¡Los reyes de la creación! Bacilos que podrían enorgullecerse de su omnipotencia, de no saberse sojuzgados sin remedio.

¿Qué forma tienen? Nadie lo sabe. Mantenerse invisibles ha sido su preocupación fundamental.

Debe ser tal su magnitud que nos sería imposible apreciarla con nuestros sentidos. ¡Ni siquiera los instrumentos más perfectos nos darían una idea inteligible de Ellos! Fueron creados para habitar el macrocosmo, para cuya sola concepción carecemos de la inteligencia necesaria. El Creador los dotó de extraordinarios poderes. No sabemos si atribuirlo al resultado de sus esfuerzos o a una cualidad innata —casi con seguridad lo último—: el enorme desarrollo de sus facultades extrasensoriales. Y en ese terreno, nosotros hemos comenzado recién. Nuestro infinito termina donde comienza el infinito de los Altísimos: allí todo es distinto. La materia y la energía se comportan de otra forma, obedecen a otros principios.

Somos la clase baja del universo. Menos que eso. Después de siglos de luchas y sufrimientos, nos hemos encontrado con una raza tan superior a la nuestra que nos ha quitado de una vez por todas la idea de hacerle frente. Lo único aconsejable es huir,

esconderse como delincuentes, cuando aún hay tiempo.

Seguramente creen que es halagador para nosotros habitar un planeta como éste. ¿Qué más puede ambicionar un ser inferior? No entienden o no les preocupa entender el concepto de libertad. Lo de siempre: el que está arriba se arroga el derecho de decidir los destinos de los de abajo. Frente a nosotros constituyen una aristocracia, con todo el cúmulo de intereses creados que caracteriza a esos grupos. No se les puede juzgar por eso. ¡A otra escala, otros son los móviles y otras las finalidades!

Pero algo en común tienen con nosotros: les preocupa la ciencia, el saber, el aprender cada día más.

No tienen misericordia de nadie tratándose de adquirir nuevos conocimientos. Les importa un bledo nuestro porvenir, nuestra esclavitud. Piensan que nuestra finalidad es la de servirles fiel y lealmente.

Porque habrían podido llegar a un acuerdo amistoso con nosotros, con los consiguientes beneficios.

Pero no son dioses, a pesar que juegan ese papel frente a los cronnios. Nos consideran seres inferiores, incapaces de autogobernarnos, despreciables en muchos sentidos, no sólo debido a nuestra pequeñez. Tienen un concepto distinto de la vida. ¿Y qué van a hacer los cronnios? Para comenzar: no sabemos dónde están. No conocemos su aspecto ni sus intenciones finales. Pero, en relación a nosotros, Ellos todo lo saben. En la práctica, adivinan nuestros pensamientos colectivos, nuestras reacciones como integrantes de una masa. Eso les basta. Mal que mal, los microorganismos tienen la propiedad de multiplicarse vertiginosamente. Nosotros, no. En una palabra, no poseemos armas contra Ellos.

Es un misterio cómo construyeron Cronn. Se sabe que lo hicieron en muy poco tiempo: un lapso que podemos medir a nuestra escala. ¡Menos de un año! Unos pocos segundos para Ellos.

Aprovecharon, por cierto, productos de los planetas de nuestra galaxia para proveer a Cronn de tierra, agua y minerales. Efectuaron una acuciosa selección: les bastó poco tiempo para imponerse de nuestras necesidades y costumbres.

Se cree que el volumen de Cronn es muy inferior a la masa de uno solo de Ellos. Pero ignoramos qué forma tienen. A su escala todo cambia. Sería ridículo imaginar, por ejemplo, que son hombres de cien mil kilómetros de estatura. Son distintos: nada más. Todo cuanto sabemos de Ellos se basa en puras especulaciones. De manera ambigua nos han dado a conocer su magnitud. Sus formas, sus costumbres, los planetas que habitan han permanecido y permanecerán siempre en el misterio. Tal vez el diámetro de sus mundos deba medirse en años-luz. Es posible que existan supergalaxias, integradas por estrellas que sobrepasan en masa a la Vía Láctea. Desconocemos los límites del espacio. Todas nuestras teorías han fracasado. Quizás

existan infinitos universos encajados uno dentro del otro en un espacio multidimensional, donde todos son vecinos, aunque, debido a las distintas escalas a que fueron creados, sean mutuamente invisibles.

¿Qué tal vez existen pequeñísimos sistemas planetarios, no más grandes que un átomo, habitados por seres ultra-microscópicos? Es casi un hecho que un átomo es la partícula mínima de materia. El límite entre la materia y la energía. Pero nada se repite en la naturaleza. El Creador tiene una infinita imaginación. Ha inventado millones de estructuras, cada una en función de determinadas magnitudes, sin repetirse nunca. Si hubiese alguna forma de vida en los átomos, ella estaría más lejos de nuestra comprensión que la de los Altísimos. Estos últimos deben actuar, posiblemente, en un universo inmediato al nuestro, donde la materia y la energía han creado fenomenales fuerzas. Tal vez el universo sigue expandiéndose por encima de los Altísimos, y la energía y el espíritu se funden en colosales seres, frente a los cuales los Altísimos son microbios. ¡Tan pequeños para esos colosos como los posibles seres atómicos para nosotros! Y tal vez el universo crece, crece hasta llegar a Dios, o a la nada…

XXVI

Pobres de nosotros si nos sorprenden preparándoles alguna jugada. En varias ocasiones tratamos de independizarnos. Y el castigo aplicado fue tan desproporcionado al delito, y nos descubrieron en forma tan oportuna, que desde hace diez mil años no intentamos ninguna rebelión. Por eso evitamos entrar en contacto con la Tierra. Únicamente habríamos podido darles un consejo: que abandonaran sus ambiciones por penetrar los misterios del universo. ¿Y qué habría sucedido? Nos habrían hecho preguntas imposibles de contestar. Para convencerlos, hubiéramos tenido que mostrarles Cronn. Y eso está prohibido por los Altísimos. Además se corría el riesgo a que Ellos se interesaran por la raza humana a través de nosotros. Por alguna razón les atraen los seres de forma humana.

Estamos perfectamente controlados. Entre los cronnios hay un gran porcentaje que les son leales.

No significa que esos cronnios sean nuestros enemigos. Pero los Altísimos nos han impuesto una serie de obligaciones que debemos acatar a riesgo de ser exterminados. Por ejemplo, los únicos que pueden dirigir Cronn, los únicos que tienen acceso a las cámaras de dirección del sistema, son los Técnicos. O sea, nuestra raza está obligada a sacrificar periódicamente un buen número de personas para que ingresen a ese Cuerpo. Es una verdadera casta de cronnios, especialmente seleccionada desde su niñez, de mutuo acuerdo con los Altísimos. Se les somete a una misteriosa intervención quirúrgica —imprescindible para sobrevivir en las cámaras de dirección— efectuada solamente por Técnicos, y que los convierte en verdaderos autómatas. Quedan entregados a los Altísimos, dedicados por completo a su tarea de conducir Cronn y vigilarnos. Pasan a integrar el sistema de espionaje de los Altísimos. Por otra parte, los Técnicos son de vital importancia. Son los únicos que conocen la manera de comunicarse con los Altísimos, mediante complejas claves e instrumentos. Y si algún día los Altísimos, por cualquiera razón, perdieran contacto con nosotros, solamente los Técnicos serían capaces de manejar Cronn. Ellos son quienes abren los accesos a la Cáscara y conocen nuestros itinerarios. Quienes ingresan a ese cuerpo poseen un método propio e independiente de control. Máquinas especiales los recuentan periódicamente, y si falta uno solo, se cierran las salidas de inmediato, hasta que se explique la desaparición. Nadie trata directamente con los Técnicos. Son seres extraños, inaccesibles. Su mismo aspecto —pálidos, de raro mirar— inspira una temerosa desconfianza. En la práctica son policías. No como los de la Tierra, que vigilan a los hombres. Los Técnicos son los guardianes de Cronn, los vigoleros[4] de los Altísimos.

¿Por qué los Altísimos no nos han transformado a todos en Técnicos, para asegurarse así nuestra lealtad? Es la única limitación que les conocemos. La

operación deja a los Técnicos inhabilitados para el desempeño de la mayoría de nuestras actividades intelectuales normales. No sirven para funciones creadoras: solamente son útiles para manejar Cronn en su parte mecánica. Por suerte nuestro pequeño y complicado organismo les ha impedido descubrir un método para convertirnos a todos en algo semejante a los Técnicos, sin sus limitaciones, aunque nunca han tenido, hasta la fecha, mayores problemas en hacerse obedecer. Algunos creen que los Altísimos nos prefieren rebeldes, pues así les somos de mayor utilidad.

Cronn es la cárcel más perfecta que haya sido inventada. Se encuentra materialmente atestada de alarmas y dispositivos que ponen de inmediato en guardia a los Altísimos. Es posible que todos los sistemas de seguridad actúen por sí mismos, sin intervención directa de los Altísimos. Quizá Ellos no se preocupan de los problemas «locales», excepto de su constante preocupación por los Técnicos.

Si el uno por ciento de la población abandonase Cronn —en el caso que pudiésemos burlar a los Técnicos—, funcionaría una multitud de ingeniosos y eficientes sistemas de exterminio, ocultos en las cortezas de las esferas o quizá dónde. En cosa de minutos, toda la raza cronnia puede ser aniquilada sin dejar rastros de ella. Y las Nodrizas se encargan de repoblar el planeta. Construimos las Nodrizas bajo sus indicaciones, una vez que les proporcionamos todos nuestros conocimientos sobre genética. Cuando estuvieron funcionando introdujeron mutaciones en nuestras mujeres para impedirles la procreación. Es la única incapacidad fisiológica de las cronnias: dar a luz un niño.

Como una raza estéril no es capaz de colonizar otros mundos, se aseguraron así nuestra permanencia en Cronn. Tampoco podemos llevar a las Nodrizas con nosotros: necesitan de una instalación compleja y voluminosa. Si intervenimos en ellas, automáticamente lo comunican a la Mente artificial, la cual, a su vez, la transmite a la Central —el planeta interior—, y ésta a los Altísimos.

Con las Nodrizas pueden eliminarnos cuando se les antoje, en la seguridad que el sistema será repoblado en la siguiente generación. Porque los Técnicos se encargan de extraer células germinales de los hombres y mujeres de Cronn para mantener siempre bien abastecidas a las Nodrizas. La mutación atrofió a las cronnias. Y la atrofia se hizo hereditaria. Pero pueden producir óvulos.

Tampoco existen planos de las Nodrizas a nuestro alcance. Aquellos que las construyeron desaparecieron sin revelar el secreto. Jamás lo habrían hecho, por lo demás.

También las máquinas de control o censoras y las de identificación fueron construidas por los Técnicos, previa orden de los Altísimos. Con el tiempo, para nuestra raza se ha convertido en una necesidad imperiosa evitar cualquier intento de insubordinación, por razones de supervivencia. A eso se deben todos los sistemas de

control individual que existen en los dieciséis planetas. Instinto de conservación, nada más. La raza cronnia entera fue destruida diecisiete veces en un millón de años. ¿Cómo? Envenenando la atmósfera, provocando fríos o calores, mediante ondas letales que emulsionan los tejidos, con ruidos que enloquecían. También hay castigos menores o de advertencia —cuando los delitos no revisten mucha gravedad—, que pueden consistir en un oscurecimiento del sistema o en un aumento o disminución de la temperatura. Una vez nos dejaron a la voluntad de unos monstruos —las vistas proyectadas en el Ojo—, y para deshacernos de ellos nos vimos obligados a provocar la explosión de su sol. Consecuencia de una maniobra de los Altísimos.

Paralizaron Cronn. No funcionaron los dispositivos que cierran las salidas. Y esos seres metálicos nos dañaron un telescopio. Antes de destruirles su estrella habríamos preferido huir. Pero no pudimos hacerlo. En algunas ocasiones los Altísimos nos ponen en aprietos así. Para eso tienen una fértil imaginación, plenamente demostrada por lo demás al crear Cronn, el que además de prisión y laboratorio, es una sala de torturas científicamente proyectada. Una obra maestra, superior a cualquiera realización de la naturaleza. Basta ver cómo han aprovechado el espacio en un mundo de treinta y tres mil kilómetros de diámetro. Al lado de Cronn, la Tierra es algo anticuado, primitivo.

Un planeta en bruto. Además, nadie sabe lo que pueden hacer las fuerzas subterráneas: apenas es habitable en la superficie. En Cronn todo tiene significado: el mismo hecho que los diferentes planetas giren en sentido contrario alrededor de un eje común. ¿Por qué? No lo sabemos. La Cáscara es un aislante absoluto frente a nuestra ciencia. Sus moléculas poseen la propiedad de contraerse, haciendo desaparecer los espacios interatómicos y dejando así las chimeneas que permiten llegar a la superficie externa. Los mismos anillos: se supone que son estabilizadores del sistema. Pero además se cree que hacen el papel de conductores de energía y de enigmáticas ondas, pues sus cruces coinciden a través de todas las esferas. El eje del planeta central —la Gran Mente— también coincide con los cruces. ¿Otro de esos extraños conductores huecos? Hay buenas razones para suponerlo, aunque sus paredes son impenetrables. El hecho es que mediante esos curiosos dispositivos, los Altísimos dirigen Cronn por control remoto. Se estima que no utilizan sistemas electrónicos. La Gran Mente transmite sus conclusiones a la Cáscara. De allí las recogen los Altísimos.

Está oscuro. Se endereza L. con gran agilidad. Parte rumbo al magnetón, que fulge suavemente en las tinieblas. La idea de encontrarnos en el interior de una máquina me produce una mezcla de terror supersticioso y embobamiento.

¡Cómo se las arreglaron para liquidar nuestra raza luego de nuestro último intento por independizarnos hace cien siglos! Las nuevas generaciones surgidas de las Nodrizas padecían de una alergia por los cronnios existentes. Se entabló una guerra sin cuartel, y los nuevos cronnios asesinaron hasta el último de los antiguos. Una guerra civil, pero no por nobles causas, sino para liquidar a entes dañinos. Acto seguido, y a medida que los primitivos cronnios morían, se les iba a depositar en la Cáscara, la cual quedó cubierta por un par de años de millones de muertos. Por instrucción de los Altísimos. De allí desaparecieron. Se supone que la corteza, con sus propiedades antigravitacionales, los expulsó al espacio. Treinta mil millones de cadáveres lanzados al vacío. Una verdadera galaxia. Jamás se volvió a saber nada de ellos.

Emprendemos vuelo en medio de la noche.

—En los comienzos de nuestra civilización, cuando dudábamos de la existencia de Dios, cuando nos creíamos los reyes de la creación, desafiamos al Creador a que nos demostrara su poder, a pesar que aún no comprendíamos qué era el Universo. Nuestra insolencia fue castigada. ¿Cómo? Y apareció la superraza.

—¿Y ese pueblo de titanes?

La fosforescencia del piso da a L. un aspecto extraño.

—No existió aquí, por lo menos. Fue una historia inventada para explicarle algunas de nuestras rarezas. A eso se deben también ciertos vacíos en mis explicaciones. Todo lo han hecho los Altísimos. Exceptuando, desde luego, las ciudades, estas aeronaves. No sabemos cómo han reaccionado con la creación de los Máximos y Mínimos. Hasta ahora nada han dicho. A veces, son muy lentos en tomar sus decisiones. Pueden transcurrir siglos sin hacer nada. Pero de improviso hablan. Hemos tratado de engañarlos, disfrazando el objetivo que perseguíamos. A su vez, los Técnicos dieron autorización. Si nuestros argumentos les han convencido, nada nos harán. De lo contrario… Tengo el presentimiento que ellos conocen la verdadera finalidad. Quizá desde el comienzo. Y si no se opusieron fue porque estaban seguros de nuestro fracaso. Pero eso no obsta para que nos apliquen algún correctivo.

Vamos, de nuevo, rumbo a la Cáscara. La noche se vuelve más y más densa. La voz de L. llega lejana:

—Y yo pertenezco a la antirraza.

En el cielo gira, a través de las tinieblas, la Mente Artificial, con sus cinco mil kilómetros de diámetro y su eje máximo.

XXVII

Soy un vigía. Ha transcurrido ya una semana desde que L. descorriera el secreto de Cronn y la existencia de los Altísimos. El porqué de la enigmática actitud de L. se ha aclarado un tanto. Hay cosas que aún no son del todo comprensibles: sin ir más lejos, la historia de X.

Es angustioso pensar que Cronn sea un presidio equipado con perfeccionados dispositivos de vigilancia y exterminio. ¿Podrán los cronnios liberarse algún día? Parece difícil. Su única esperanza: el dominio de las percepciones extrasensoriales. Pero para ello requieren siglos de estudios ininterrumpidos. Paradójica situación: los cronnios con todos sus adelantos podrían vivir con buena salud quizá indefinidamente. Pero los Altísimos, a través de las Máquinas, sólo les conceden un siglo de vida sana y productiva. Nada más. Todos sus problemas solucionados, hasta el de la superpoblación. Cronn está calculado para proveer subsistencia a doce billones de seres, o sea, a la población de cuatro mil Tierras. Nunca ha sido copada dicha capacidad. Diecisiete exterminios. Y a empezar de nuevo.

Pero, ¿qué me importan a mí los cronnios? Soy hijo de la Tierra, aquel pequeño y primitivo planeta situado a dos o tres siglos-luz de aquí. He sido trasplantado a un sistema planetario artificial, a un miserable corpúsculo teledirigido, utilizado por sus constructores para hacer estudios en el microcosmo.

Contemplo con nostalgia el espacio poblado de estrellas que arde allá arriba. Deberé, mal que me pese, compartir la suerte de Cronn. Nada de espectables situaciones en Chile: una voz rara aquí en la Cáscara, cuando la menciono en alta voz. Moriré como vigía, como heredero forzado de X., es decir, de Mendes.

En siete días de intensivos estudios L. me ha considerado apto para desempeñarme en el nuevo oficio. La mayoría de mis actuales conocimientos me ha sido inyectada mediante máquinas similares a aquella que me enseñara el idioma. Aún tengo mucho que aprender. Altas matemáticas, sin ir más lejos. Sobre todo, aquellas sutiles fórmulas que me permitan comprender por qué transcurridos apenas un par de meses de hallarme en Cronn, en la Tierra ya han pasado cientos de años. Ello se debe, tengo entendido, a que el tiempo transcurre lentamente para los cuerpos que se desplazan a grandes velocidades. El caso de Cronn: desde que se alejó del Sol ha sobrepasado la velocidad de la luz en dos ocasiones. Si no le he dado trascendencia al asunto se debe a que el «dejar hacer» se ha convertido en un factor predominante de mi personalidad. En la práctica, poco es lo que importa ya. Siento, sí, una vaga curiosidad por saber qué me ocurrirá con el transcurso del tiempo. En una palabra: hasta cuándo seré capaz de mantener la farsa del hecho que soy X.

Resulta entonces que, en la actualidad, todas aquellas personas que conociera en la Tierra han muerto: mi familia, mi madre, mis escasos amigos. Esto, que en la

Tierra habría sido incapaz de tolerar, aquí en Cronn me parece natural. Mi estado de ánimo se reafirmó al confesarme L. que jamás podría regresar.

Ahora estoy en la Cáscara. Mi primer turno de vigía. Me ha correspondido el sector que comprende el cráter 517 y sus derredores: una extensión de miles de kilómetros cuadrados. Soy, por lo tanto, el vigía 517, lo mismo que X. Me encuentro en la coronilla de Mh., el Máximo, en una amplia cabina instalada sobre su casco. Vivo en una especie de simbiosis con el coloso, y tengo a mi cargo la labor directiva de la vigilancia. Debo conducirlo en los momentos de apuro. En buenas cuentas, soy el intermediario entre la Central de Vigías, comandada por un Técnico, y el Máximo.

La vigilancia de la Cáscara es muy compleja. Constantes patrullas aéreas surcan el espacio a diversas velocidades y altitudes, quedando así la totalidad del territorio bajo observación ininterrumpida. Además, existen escuadrillas de desembarco que complementan la labor de los Máximos en caso de necesidad. Cuando Cronn viaja por zonas de mucho tráfico, disminuye el patrullaje aéreo. Entonces los Máximos adquieren toda su importancia. Acontece esto cada vez que los Ojos delatan algún cuerpo sospechoso moviéndose por las proximidades. Y cuando ese cuerpo se dirige al sistema, se determina a cuál sector pretende arribar. Entonces, se cierran los respiraderos y Ojos de la zona amagada, y los Máximos se aprestan a cumplir su cometido. No siempre entran en acción. Las más de las veces se limitan a aguardar que los intrusos emprendan la retirada, desalentados por la aridez del desierto negro. Si ello no ocurre en un tiempo prudencial, atacan.

Arma sicológica, van no obstante provistos de toda clase de instrumentos de destrucción.

Hace un par de horas, cuando L. me dejó en mi garita, la soledad me produjo pavor. Pero he recuperado la calma. Estoy iniciándome en la actividad que constituirá mi profesión en la tierra de los cronnios. Para éstos, no hago otra cosa que reintegrarme a mi antiguo oficio. Y a fin de facilitar mi supuesto regreso, se ha instruido a los demás vigías para que me presten toda la colaboración, pues recién me vengo recuperando de un serio accidente. Especiales deferencias para X., que siempre fue un ejemplar vigía.

Mi refugio está sobre un fanal, similar al que utilizan los mineros, instalado en la parte frontal de la escafandra del Máximo, encima del cristal de observación de aquélla: allí se halla montada la cabina, mediante un sistema de suspensión cardánica, para que siempre conserve su posición horizontal sean cuales fueren los movimientos del coloso. Integrado por una sala de mando, un dormitorio, baño completo y una cocinilla, el recinto es, amén de cómodo, seguro, pues ha sido construido con materiales indestructibles. Detrás de la carlinga, sobre la coronilla del casco de Mh., existe una concavidad hemisférica donde encaja el magnetón con precisión

matemática. Premunido de zapatos magnéticos, que se adhieren al metal, es simple llegar a la cabina. Me es difícil evitar el terror cuando, pegada la nariz al ventanal, observo el suelo, deslizando la mirada paralelamente al cristal de observación del titán y a la curvatura de su pecho ciclópeo. Veo cómo las piernas del Máximo avanzan y se esconden sincrónicamente al marchar: lapsos durante los cuales me parece estar suspendido en el vacío. Al comienzo, se me hiela la sangre en las venas. Y lanzo un suspiro de alivio cuando, convencido del hecho que me precipitaré a tierra sin remedio, veo aparecer contra la negra superficie la punta de una gigantesca bota fosforescente, sobre la cual se eleva una pierna inmensa, semejante al flanco de un precipicio oscilante que avanza hasta apoyarse en el suelo para luego desaparecer paulatinamente según el ritmo de los pasos. Y en lontananza, las estrellas y los montes se balancean con majestuosa lentitud. Imagino el aspecto aterrador que debe ofrecer el Máximo con su traje blanco, y sus cinco faros que pueden iluminar a enorme distancia.

Como el objetivo de los gigantes es el de atemorizar a los intrusos, llegada la ocasión encienden sus focos, y sus armaduras despiden espectrales destellos: haces de luces horadan las tinieblas.

No estoy del todo mal. Creo que, por lo menos, podré desempeñar mi trabajo en forma digna.

Recuerdo a un alto jefe de Acomsa, quien, con motivo de una desafortunada reorganización de la oficina, como resultado de la cual fui a dar a las vecindades del subterráneo, a un lugar poco acogedor, me dijo:

«—¡No entiendo lo que le pasa a usted, Hernán! —Hablaba con mucha seriedad —. Lo cambian y toma las cosas como una especie de ofensa personal…»

«—¡No es eso, señor Blanco! Lo que no me gusta es que ni siquiera me hayan consultado.»

«—¿Usted cree que la gerencia tiene tiempo para explicarle a cada empleado que, por razones de organización interna, serán cambiados de lugar? ¡Un buen empleado rinde bien en cualquier parte!

Usted, Hernán, podrá realizar tan dignamente su trabajo allá como aquí… Yo, por ejemplo, ¿cree que me molesté cuando la gerencia me ordenó, sin decir agua va, que me hiciera cargo de la industria?»

«Claro —pensé entonces para mi fuero interno—, si el gerente general me ordena, sin previo aviso, hacerme cargo de su puesto, con su sueldo y jerarquía, estoy seguro que no me molestaría.»

Tampoco me consultaron en este caso. Desde que nací siempre alguien me ha dado órdenes.

Primero, mi padre: después, mis profesores; luego, los gerentes y jefes de Acomsa. Ahora, los Técnicos, voceros oficiales de los Altísimos. Dioses locales,

cuya existencia la Tierra ni siquiera presiente.

Repito: podré desempeñar mis funciones con «dignidad». Sí: no es cosa de risa. La cabina es cómoda, segura. No así la Cáscara, que, negra y accidentada, apenas se destaca a la luz de las estrellas. Pleno corazón de la Vía Láctea. En todas partes, la misma cosa. Arriba y abajo. ¡Siempre hay alguien sobre uno! Ya sea el gerente, el subgerente o el jefe. La misma historia.

La Cáscara. La envoltura de Cronn. Algo conozco de sus propiedades. Susceptible de expandirse, de hincharse hasta alcanzar cien veces su espesor. Visto de lejos, Cronn sería una bola ígnea de trescientos treinta mil kilómetros de diámetro que atraviesa el Universo con la rapidez del pensamiento.

Una vez que he recibido el aviso de la Central, me dirijo con Mh. al respiradero más cercano —en este caso el cráter 517—, y me sumerjo en las entrañas del sistema. El Máximo posee medios de propulsión para descender o subir a lo largo de las chimeneas. Me comunico con él mediante un transformador de ondas mentales, que convierte nuestros diálogos en verdaderas pesadillas. Fuera de eso, el coloso es hermético. Sólo en las grandes ocasiones los transformadores transmiten sus lacónicos mensajes. Los Técnicos, desde un lugar de Cronn, cierran los respiraderos. Esto ocurre al término de un plazo perentorio: después nadie se preocupa por averiguar si todo el mundo está a salvo. Simplemente, transcurrido el lapso, los Técnicos aprietan el correspondiente botón. Entonces la Cáscara comienza a hincharse en la medida que absorbe energía cósmica. Adquiere celeridad. Al alcanzar los trescientos mil kilómetros por segundo, se ha expandido al máximo. Es el instante crítico: adquiriendo una conformación lenticular puede llegar hasta el confín del Universo. Una operación que dura una semana. El viaje demora sólo unos pocos segundos. El tiempo restante es empleado en acelerar hasta la velocidad de la luz y en desacelerar, acto continuo.

Efectuado el salto, la luminosidad de la envoltura disminuye, y se encoge de nuevo hasta mostrar su acostumbrada superficie arrugada. La faz de Cronn cambia constantemente de conformación topográfica. Luego de cada expansión y contracción aparecen nuevas cordilleras y valles: solamente las chimeneas permanecen en su posición, porque los mecanismos que las accionan van instalados en la parte sólida de la corteza, no siendo afectada por las infernales potencias de la Cáscara. De inmediato, una flotilla de astronaves traza con veloz precisión una carta topográfica de todo el territorio, señalando los principales accidentes y cambios.

Una pantalla me permite observar el terreno, por intermedio de una luz invisible y el radar. Hay, además, un telescopio para espiar las estrellas. Reina una tranquilidad

perfecta. Hace menos de quince días Cronn abandonó un sistema planetario. El mismo que me sirviera para comprobar la potencia de sus Ojos. Estamos en pleno espacio interestelar, rumbo al núcleo de la galaxia, a cuatro billones de kilómetros del sol más próximo. Aquellos, apiñados en el cielo, no dejan de observarme.

Mi Sol, ese que da calor a la Tierra, ya no es visible a simple vista. Estoy solo. Bajo mi cúpula de observación comienza el cerebro del pobre coloso. Somos dos desconocidos. Tras el cristal de su escafandra, coloreado con un azul intenso, sus rasgos no son perceptibles a través de una atmósfera líquida, densa y opaca. Destino común: la vigilancia de Cronn. Ambos contra nuestras voluntades.

Abandono mi puesto de observación. Necesito beber una taza de café. De ese café incoloro y sin cafeína de Cronn. Raquel y mi madre atraviesan fugaces por mi imaginación, hundiéndose luego en las profundidades de la conciencia. Únicamente la figura de A., la cronnia, en el parque de Dnak, e I., ofreciéndose en Ernn, permanecen unos instantes. ¿Qué será de ellas? Perdidas entre los cien mil millones de pobladores de Cronn. Hierve el agua. Pronto mis manos sostienen una tacita rebosante de líquido. Me invade una sensación de infinito bienestar. Me siento a una mesita de plástico reluciente. De golpe surgen las palabras:

—¡X.! ¡Una nave desconocida se dirige a tu sector!

XXVIII

Abstraído en mis meditaciones, apenas oigo el susurro.

Sigo paladeando el café, sumergido en un agradable sopor.

—¡X.! —La llamada se repite en un tono más alto—. ¡Apúrate!

Mh., al parecer, se ha detenido. De tarde en tarde se sienta en algún promontorio.

—¿Qué? —La tacita cae de mis manos, se balancea un segundo al borde de la mesilla y se precipita al suelo: el piso plástico absorbe el golpe.

—¿Hablo con el sector 517?

Trago saliva.

—¿Hablo con X., vigía del 517?

—¡No…, no…! —Y añado con precipitación—: ¡Es decir, sí…!

—¿Qué pasa? ¡Apúrate! Una astronave desconocida va hacia el sector 517. ¡Rápido!

Se escucha un gruñido de impaciencia.

—¡Date prisa! ¡Están barriendo la zona con el radar! Al noreste hay una serie de montículos.

¡Corre para allá con Mh., antes que te detecten!

Torpemente, a trastabillones, llego hasta el tablero de dirección. Conecto el transformador. La Cáscara es indetectable, no así el Máximo.

—¿Quién habla? —La primera pregunta decente que consigo formular.

—¡N., del 518!

—¿Hacia el noreste?

—¡A menos de mil metros, X.! Hace una hora estuve por ese lado.

Se pone en movimiento el Máximo. Hago funcionar la alarma para que se percate del peligro.

¡Una nave desconocida…! Mi primer turno, y pasar una cosa así.

—¿La viste? ¡Mira a 3D-45H-2C, bajo la constelación en forma de triángulo! Una llamita azul.

El Máximo se desplaza raudo rumbo al noreste. Me precipito a la ventanilla, mientras reviso nervioso la tabla de posiciones estelares. A la primera ojeada: semeja la llama de un soplete, bastante alargada. Desciende en forma vertical, destacándose de las vecinas estrellas.

—¿De dónde viene? —La ingenuidad de mi pregunta no traduce otra cosa que una completa ignorancia.

—¡Un turista! —comenta N., sarcástico—. Hay que tener cuidado con él. ¡Menos mal que lo divisé a tiempo! Parece que los Ojos no lo vieron. ¿Te escondiste?

—¡Sí!

—¡No lo pierdas de vista!

La nerviosidad me hace cometer torpeza tras torpeza. Multitud de luces parpadean en el tablero de instrumentos. Silbidos y sordas alarmas.

—¡Sector 517! ¿Lo tiene localizado? —La voz de la Central.

—¡Sí! —Trato de dar énfasis a la respuesta.

—¡Astronave no-humana! ¡Cuidado! ¡Protéjase del radar!

—¡Sí, sí! Creo que ya estoy bien.

—Lance un espía, y no lo pierda de vista. ¡Cuidado con delatarse! Obsérvele y esté atento a las instrucciones.

—Peso: 24.320 toneladas. Longitud: 225 metros. Diámetro: 80 metros.

Secamente otra voz enumera una serie de características que yo intento comparar con los datos que mis instrumentos han reunido. Calla la voz. Temblando, alargo la mano y abro un interruptor.

Luego de tropezar con la tacita, que rueda por el piso, me inclino sobre la pantalla del espía, un periscopio integrado por una esfera pequeña, premunida de un ojo y radar. Un haz magnético lo impulsa a gran altura sobre el Máximo.

El objeto desciende apoyado en un abanico multicolor de chispas. Pronto distingo la aeronave.

Una pera invertida de color naranja, con extrañas hendiduras en sus costados, provista, en su parte superior, de cinco grotescos brazos que rematan en bolas candentes, cuya forma habla a las claras de sus tripulantes. Ninguna criatura semejante al hombre ha podido diseñarla. No se distinguen ventanillas en su coraza dispareja. Los tentáculos se agitan sin ritmo. Sus toberas, dispuestas en torno al pecíolo, deben ir montadas sobre un mecanismo giratorio, pues los chorros de gases rotan vertiginosamente.

Calculo su velocidad de descenso en cinco metros por segundo. Sin duda, se apresta a frenar, ya que es excesiva para un aterrizaje. Llega a dos mil metros, a mil quinientos, a mil, a quinientos.

Nada. Cien, cincuenta metros. No aumenta la intensidad de los chorros. Pesadamente se estrella contra el suelo. Se apagan los sopletes: se bambolea, torpe y ridícula, hasta quedar inclinada, apoyándose en un aro metálico que se desprende de un costado.

—¡Bonito aterrizaje! —comenta N.

—No debe haber quedado nadie vivo —tartamudeo.

Dos tentáculos se curvan: con sus extremos recogen un pedúnculo situado en el centro de las toberas. Forcejean como si quisieran desprenderlo. La lucha: varios segundos. Fracasan. Luego: cesa. Se reinician los tirones. La astronave entera se estremece con el esfuerzo. De súbito la parte inferior se desprende de cuajo, como una tapa. La violencia del impulso hace que los tentáculos se eleven más arriba de la

cúspide del cohete. La cubierta, alrededor de la cual se destacan las toberas, cae desde gran altura, y rebota en silencio contra el suelo. Los garfios dejaron escapar su presa.

Vuelven a bajar los tentáculos. Tantean el suelo con torpeza hasta que encuentran la tapa. La recogen, y, levantándola, la cuelgan del lado derecho del navío. Sólo entonces reparo en una multitud de puntitos azules y fosforescentes que saltan en tierra, alrededor del cohete.

—¡Metalíferos! —masculla N.—. ¿Qué buscarán? No se asustan con nada, y son anaerobios.

Sólo ellos son capaces de entenderse. A veces.

Hago esfuerzos por distinguir sus formas. Parecen ovoides. Ni duda queda que son de por sí luminosos, como su astronave. Me es imposible encontrarles extremidades. Miden, a lo más, un metro de estatura.

—Están probando el suelo —prosigue N.—. ¡No le van a poder hincar el diente!

Transcurre así poco más de media hora. Los tentáculos no descansan. Abren otra compuerta más o menos en el centro de la pera, y por allí extraen, con su habitual falta de coordinación, varios objetos.

—Algo están tramando. —N., según colijo, se halla mejor situado que yo. Maneja con mayor soltura su instrumental.

No se ha equivocado. Paulatinamente va adquiriendo fisonomía una estructura similar a un hongo, que refulge con vagos destellos plateados. Se balancea de manera constante. Se retiran los tentáculos, y el hongo continúa meciéndose.

—¡Una unidad de observación! —exclama N.—. Seguro que ahora emprenden el vuelo.

Los metalíferos desaparecen uno a uno en el vientre de la pera. En breves minutos y al cabo de ímprobos esfuerzos, los tentáculos ajustan la tapadera. En seguida, la astronave se endereza. Estallan los surtidores de gases. Veloz, la gigantesca máquina sube en línea recta. Muy pronto la llamita azul se desvanece en el espacio, tragada por las constelaciones.

—¡Sector 517! Vaya a ver de qué se trata. Conecte la defensa automática. Por las sorpresas.

Imposible reprimir un escalofrío. Doy a Mh. las instrucciones del caso. ¡Primer turno de mi vida!

¡Maldito X.!

Tragando saliva abro el telecontrol, y me dirijo con el Máximo en demanda del intruso. La tacita reanuda su ir y venir sobre el plástico.

En ese momento, lo absurdo de mi situación se presenta con toda nitidez. ¿Por qué tengo que ayudar a L. y D. a burlar a los cronnios? ¿Hasta cuándo tendré que arriesgar mi vida por una causa que no es la mía? ¡No tengo por qué ayudar a nadie! Pero, ¿sería capaz de gritar mi verdadero nombre, decir que no soy X.?

A la izquierda el monte pierde altura a medida que vamos saliendo del valle. Es necesario rodear la puntilla, y entonces… Frente a frente. Una fría transpiración me empapa. Es la pantalla del espía, se balancea suave, muy suave.

N. ha enmudecido. Decidida la suerte del intruso, seguro que se alejó para recorrer su sector.

Estoy solo. Tengo la secreta esperanza que el coloso no se atreva a continuar su avance. Pero Mh., impertérrito, no se detiene. La tacita se estrella contra mi pie. Emerge el Máximo del vallecito, frente a la explanada: en su centro se bambolea el intruso. Parece movido por una fresca brisa. Nos separan tres kilómetros de él. En su extremo superior se divisa una pantalla que gira vertiginosa. El titán se lanza a la carga con decididos trancos. A través de las ventanillas los astros suben y bajan en un balanceo macabro. Los instrumentos lo miden, pesan y analizan. Lo único que desprendo de tanta actividad automática es que tiene cincuenta y cinco metros de alto. Sigue meciéndose sereno, sin detectar nuestra presencia. Veloz, hago una serie de comparaciones: voy en un coloso de doscientos metros, armado hasta los dientes, revestido con una indestructible armadura… Comparado con Mh., el intruso es un enano. El miedo se retira. El titán puede aplastarlo con un solo pie. Y yo asustado.

Galvanizado, me inclino sobre los mandos, y me dispongo al ataque.

—¿Qué tal? —Habla la Central.

—¡Ahí está! Se halla a mil metros.

—Lo tenemos enfocado. ¡No se descuide!

El trompo deja de girar y balancearse. Estoy a quinientos metros. Lo veo enderezarse. Se engrifa.

La pantalla superior interrumpe su rotación y me enfoca.

—¡Cuidado, 517! ¡Dispare!

Despavorido por el tono de la advertencia, intento accionar el disparador. Mi cabina sufre una violentísima vibración. Tirita durante cinco segundos por lo menos. Cesa un instante. Se me abomba la cabeza. El escalofrío penetra hasta mis tuétanos. Quiero gritar algo. Alargo la mano en busca del disparador. La vibración me derriba. Me instan a hacer fuego. Siento un agudo dolor en los huesos, y comienzo a perder el conocimiento. Antes de desmayarme alcanzo a divisar a través del ventanal una tempestad de llamas que apaga el fulgor de las estrellas. ¡El Máximo hace funcionar su artillería eléctrica! Exhalo un ahogado gemido y me sumerjo en la oscuridad. Distingo vagamente un objeto pequeño que llega raudo al lado de mi mejilla. Es frío, suave. La tacita reinicia sus correrías.

De nuevo una clínica. Me duele la cabeza. Al abrir los ojos, lo primero que veo es a L. Como la primera vez.

—¿Qué pasó?

Esboza su semisonrisa.

—Nada. Nada grave, en realidad. El autómata que dejaron los metalíferos alcanzó a disparar un haz de ondas vibratorias. Menos mal que el Máximo hizo fuego. Pronto podrá levantarse.

Como la primera vez.

—¿Y el autómata?

—Volatilizado.

—¿Y Mh.?

—Duerma. Descanse.

XXIX

Quince días de recuperación. En el sexto planeta. Viajando entre los continentes y anillos. Como base de operaciones: Det, ciudad del segundo anillo. Bajo el control de D.

L. había desaparecido del mapa. Por otra parte, la historia de mi antecesor sólo acudía esporádicamente a mi memoria. D. me dio expresas instrucciones respecto a la conducta que debería observar durante mi iniciación en la vida cronnia. Tenía que hablar poco, escuchar un mínimo, no aludir a mi pasado. Prohibido efectuar averiguaciones sobre las actividades anteriores de X. En una palabra: obligado a ser uno de los cien mil millones de cronnios que deambulaban por los dieciséis planetas y los veinticuatro anillos, sin interesarme mucho por la vida del prójimo. Con un itinerario previamente trazado.

Concluido el permiso médico regresé a la Cáscara. Mi existencia como vigía se regularizó desde esa fecha. Encastillado en el Máximo: luego, los descansos en el subterráneo, siempre en las vecindades de D. Sólo a él visitaba.

Cronn se encuentra de nuevo en las afueras de la Vía Láctea, en el extremo opuesto al Sistema Solar. Durante mi enfermedad pasamos por tres sistemas planetarios. De nuevo la nostalgia. Sentía por las noches otra vez la angustia, cumplida mi jornada junto a Mh., encerrado en mi departamento del campo aéreo. Cada vez más lejos del Sol. ¿Despertaría algún día de aquella pesadilla? Recurría entonces a los calmantes.

Pasó un mes desde mi reincorporación al Cuerpo de Vigías. Cronn continuaba desplazándose tranquilo. A veces caía uno que otro bólido que no nos alcanzó. A causa de la inexistente atmósfera de la Cáscara, los aerolitos se estrellaban en silencio, invisibles. Solían deshacerse contra el duro suelo, donde ni siquiera generaban cráteres: aquel desierto tenía propiedades elásticas. Los bólidos de gran tamaño o los formados por metales muy sólidos, rebotaban en la tierra, luego de deshacerse en mil pedazos. El terreno se hundía con el impacto, y, lentamente, tornaba a nivelarse al cabo de pocas horas. De manera progresiva me fui interesando en las diversas ramas propias de los vigías.

Fue lo único que logró entusiasmarme en forma seria.

Pasados los primeros treinta días de jornada recibimos orden de abandonar la Cáscara.

Cronn aceleraría para retirarse de la galaxia (mi galaxia). Para siempre. La operación iba a durar aproximadamente una semana. Nada se nos anticipó respecto a nuestro próximo destino. Por lo demás, aquello no constituye una rareza. No es costumbre de los Altísimos planear los derroteros de Cronn de acuerdo con sus subordinados. Con toda probabilidad, los Técnicos lo conocían.

Nerviosidad en el ambiente. En mi interior, maldije a L. y D. Al primero, por no dejarse ver. Al segundo, por su mutismo. Se nos prohibió abandonar la corteza. Terminó el viaje. Necesario es añadir que, a pesar de hallarnos casi junto a la Cáscara, nada o casi nada de cuanto ocurría en ella me fue posible notar. Digo «casi» porque en dos oportunidades escuché sordos ruidos, semejantes a truenos prolongados, seguidos por leves estremecimientos subterráneos. Aquellos fenómenos eran las únicas señales perceptibles de las tremendas fuerzas que agitaban la Cáscara. Tanto la aceleración como la desaceleración pasaron inadvertidas.

Con celeridad se extendió la noticia. Un rumor al comienzo. Cronn se había detenido en medio del espacio, lejos de todas las galaxias. Los Técnicos la confirmaron: estábamos a dos millones de años-luz de la estrella más próxima. En el más completo vacío, sin astros visibles a simple vista. Se supo en cuestión de segundos. Los vigías: sombríos. Se decía que Cronn había estado antes en esos lugares. Siglos atrás. Nadie sabía qué preparaban los Altísimos. Fue la primera vez que tuve una prueba irrecusable de su existencia.

Se nos notificó, entonces, que deberíamos dirigirnos a la Cáscara. Que, «hasta nueva orden», no se harían turnos en los Máximos. Que podíamos tomar los magnetones y aprovechar aquellos días para practicar astrogación. Una vez más se abrieron los respiraderos, mas no así los Ojos. Este último hecho espesó aún más el ambiente con funestas premoniciones. Se recordaban antiguas historias. Yo mismo conocía una de ellas: la de la nova azul.

Con cinco tercos cronnios nos dirigimos a la superficie. No hablábamos, según costumbre.

Llegamos a la salida del 517, y me fue dado contemplar algo único: un cielo sin estrellas.

Difícilmente creo posible que exista un espectáculo más sombrío. Navegábamos bajo una negra bóveda, salpicada a lo lejos por breves motitas. Sólo una de ellas, de un tamaño similar al Sol, brillaba con regular intensidad. Era una galaxia de forma lenticular que, en esos instantes, se hallaba vecina al horizonte. Mirando con atención, conseguí distinguir otra: apenas refulgía. Y varias más se desplazaban en el espacio siguiendo sus eternos derroteros. Pero ni una sola estrella. Las estrellas, como los hombres, viven en colectividad, apretujadas en poblaciones, tal la Vía Láctea. Como los hombres, aborrecen la soledad. Me deprimió el ambiente. Tampoco mis compañeros se sentían a sus anchas.

—¡Bueno! —farfulló el instructor, luego de echar un rápido vistazo al cielo—. Intentaremos entrar en órbita libre.

Fue todo su comentario.

Pasaron los días sin que nada sucediera. Tampoco se produjeron cambios. Al tercer día, la Cáscara empezó a despedir radiaciones que provocaban interferencias en

los teletransmisores y detectores. El fenómeno se agudizó. ¿Y qué decían los cronnios? Cada día más hoscos, más encerrados en sí mismos. Sabían que algo se avecinaba. Fue lo único que pude averiguar, Cronn se había detenido por completo. Continuaba girando sobre su eje con la regularidad de costumbre, pero sin avanzar ni retroceder. Esperaba algo. Coloso ciego, abandonado en el vacío, aguardando algún imprevisible acontecimiento. Ciego e indefenso. El radar mismo ya no funcionaba con la precisión de costumbre. Y las magníficas astronaves cronnias se tornaban difíciles de conducir, debido a las perturbaciones magnéticas. Algo preparaban los Altísimos. Y con toda calma.

Los Técnicos dieron órdenes para que la mayor parte posible de la población se trasladara a la Cáscara. Millares de personas, hombres y mujeres, surgían de los cráteres. Campamentos plásticos brotaban aquí y allá. En menos de una semana se esparcieron por toda la superficie. Las poblaciones se multiplicaban. Los cronnios obedecían las órdenes con un fatalismo deprimente, acudiendo en silencio al negro desierto.

Quince días. Cerca de mil millones de personas pernoctaban en la arrugada cara de Cronn.

Ciudades de cúpulas plásticas, de variados colores, moteaban la tétrica superficie. Y seguían acudiendo. Luego de dos semanas de permanencia en la Cáscara, quedaban libres para regresar a la seguridad de los planetas interiores. Nuevos contingentes llegaron en su reemplazo. Al cabo de una quincena, los colonos estaban autorizados para volver a sus tierras. ¿Por qué?

Un día —de más está explicar que siempre era de noche en la Cáscara— acababa de arribar, finalizado mi descanso reglamentario en el aeródromo. Mis actividades de vigía se desenvolvían normalmente. Cada cinco horas en la superficie, me correspondían veinte bajo tierra. Como todos, me sentía poseído de melancolía, que se acentuaba segundo a segundo. Sordo terror que apenas disimulaba. Muy próximo al 517 se había establecido uno de los campamentos. Aterrizó nuestra aeronave en sus inmediaciones. Hacia él nos dirigimos. Inconscientemente me separé del grupo.

Ensimismado contemplaba la galaxia lenticular que, otra vez, se hallaba cercana al horizonte. De improviso tropecé con una escuadrilla de hombres que venía en sentido contrario.

Murmuré una excusa. Y vi de reojo, a través del vidrio azulino de una escafandra, un rostro. A dos metros de mí. Casi de inmediato lo reconocí. Sin embargo, quedó su nombre flotando confuso en mi cerebro antes de poderlo articular. El cronnio, que estoy seguro me identificó de una rápida ojeada, prosiguió su marcha. Se unió al grupo.

—¡L.! —grité sobresaltado—. ¡L., espere!

No podía oírme. Me precipité en su persecución. Se había alejado un buen trecho,

y comenzaba a desaparecer tras una de las arrugas, cuando logré darle alcance.

—¡Qué tal! —me dice, deteniéndose. Ilumina su escafandra, y muestra así su anguloso rostro. Ni el asomo de una sonrisa contrae sus labios.

Los siete cronnios restantes, que no parecieron percatarse de mi intromisión, se desvanecieron en las sombras. Nos hallábamos solos.

—Está solitario esto, ¿no? ¡Esta noche va a ser!

—¿Qué?

Su rostro envejecía a ojos vista.

—Esta noche va a pasar. ¡Lo que tiene que pasar! Hablarán los Altísimos. —Añade, en tono socarrón—: ¡Por lo de los Máximos y Mínimos…!

—¿Esta noche? No entiendo.

Esboza la sonrisa.

—Ya lo entenderá. Cuando pase. Ahora, nadie sabe nada.

—Pero, ¿por qué usted supone…?

Creo oírle emitir un imperceptible suspiro.

—¡Presentimientos! Nada más. —Agrega rápido—: No se aparte de D. Le ayudará a burlar al Identificador. No es mala persona, a pesar que a usted no le agrada. Aquí no somos espontáneos y simpáticos como en la Tierra.

¿Sería una despedida?

—Y usted, ¿qué va a hacer?

—¡No lo sé! —Desvía la mirada al cielo. Parece concentrarse en la observación de una débil galaxia que se desplaza en el cenit—. Es grande esto, ¿no? Una vez pasamos por aquí…

Da la impresión de decidirse.

—Creo que podré decirle algo antes que nos separemos. ¡Esta noche van a ocurrir muchas cosas!

—¿Qué cosas, por ejemplo? ¿Por qué habla así?

—¡Ya le dije! ¡Presentimientos! Nunca me han engañado. Quería hablarle de su antecesor. —Al continuar, con extrema lentitud, sus ojos fulguran como en la clínica—: De todas las facetas de la aventura, hay una que no hemos analizado. ¡Que yo hubiese ayudado a X. a escaparse de aquí!

Se me seca la boca.

—¿Ve? ¡Podría ser la última verdad! La última y definitiva. X. habría escapado con mi ayuda.

Tal vez esa parte nadie la sepa. Los que conocen algo de la verdad creen que lo hizo a solas. ¡Habría sido difícil! En cambio, fraguando entre los dos la sustitución…

—Pero, ¿por qué?

—Es posible que hayamos sido amigos. —Su tono adquiere una leve ironía—: ¡Demasiada sensibilidad para un cronnio! Podría ser que haya ocurrido en Cronn una

tragedia sentimental, de esas que tanto gustan en la Tierra. Dos hombres se enamoran de una misma mujer: ella muere, y la rivalidad entre ambos, secreta por lo demás, se transforma en una gran amistad…

—¿Es esa la verdadera historia? ¡Le exijo que no me mienta esta vez, L.!

Hace un gesto para calmarme.

—¡No se excite! Hay un solo hecho cierto y fatal: usted está en Cronn. Ahora, en vísperas de un grave acontecimiento, deseo darle una nueva posible versión de la historia, tan probable como las anteriores. Eso es todo. Andando el tiempo podrá desentrañar la verdad.

—¡Usted no me va a seguir con esas…! —estallo, enfurecido.

Frunce el ceño, apesadumbrado.

—¿Me va a pegar? Si le sirviera de algo, lo dejaría hacer, sin defenderme… —Agrega con voz ronca—: ¡No esta noche, X.! La mano de los Altísimos. Próxima. ¡Juguetes, nada más! No se olvide. En sus peores momentos, recuérdelo: juguetes…

Van sus ojos a un cercano montículo.

—Una historia vulgar, de esas que se ven a diario en la Tierra. ¡Prohibido en Cronn! Yo, como leal cronnio, no puedo aceptarla. Por eso, tómela como una nueva versión. El quiso huir de aquí para olvidar. Ridículo, ¿no? Llegábamos al Sol, y ya sabíamos que en uno de sus planetas vivían los hombres. Me solicitó ayuda. No habría podido negarme, ¿verdad?

Viejo el rostro de L. Me palpitan las sienes.

—Lo vimos desde uno de los Ojos. Estábamos observando Santiago, cuando usted apareció en una esquina, frente a un parque, en un paradero de buses. ¡La idea nació por sí sola!

—¿De quién fue?

—De alguno de los dos… —replica tranquilo—. No tiene importancia. ¡Pudo ser mía! Difícil que él haya tenido ánimos para fraguar algo. Lo teníamos al alcance de la mano. Estábamos en un magnetón, a menos de dos metros de usted. Planeamos rápidamente lo que debíamos hacer.

—¿Y la historia de X.?

—¡Siempre fue un vigía modelo! Así es que aquí nada sospecharon de sus intenciones. ¡Lo demás fue fácil! Yo podía explicarle a D. que X. había huido por razones sentimentales. Por mucho que el viejo se enfureciera, la responsabilidad que le cabía lo obligó a aceptar que usted pasara por X. ¡Claro que ni sospecha que yo pude estar en la combinación!

—Como de costumbre, en lo único que no pensaron fue en mí… —Pasada la furia, un desánimo me quedaba.

—Se pensó en usted. Creímos que en ningún caso saldría perdiendo…

—¡Oh, no, no! Trasplantar a un hombre a otro mundo… ¡Es para morirse de la

risa!

Iba a agregar algo más. ¿Qué voy a decir?

—Así es, X. Lo mejor que se puede aprender del prójimo es a prescindir de él. Convivencia, nada más. Es lo único que cuenta. ¡Adiós, X.! No piense demasiado mal de mí. Cuando haya escuchado a los Altísimos…

Se aleja rápido, sin que yo haga nada por detenerlo.

Avanzo por la Cáscara dejando que mis piernas me trasladen hacia donde quieran conducirme.

Habían decidido mi destino con toda naturalidad. Mi imagen: observada desde tres mil millones de kilómetros de distancia, por dos seres que planeaban un rapto.

Me detengo en una pequeña explanada. La silueta de un Máximo avanza hacia mí. Los alrededores desiertos. Tomo asiento en una protuberancia y me distraigo en la observación de la galaxia lenticular, que no tardará en ocultarse. También allí un Hernán Varela lamenta sus frustraciones. No será un desterrado como yo, pero en todo caso se me parecerá. Alrededor de aquellos millones de soles giran planetas donde la vida sigue su curso normal. Y en cada uno de esos mundos hay un Hernán Varela sentado como yo. Millones de Hernán Varelas sentados como él, pensando en los Hernán Varela de todos los mundos habitados. Hernán Varela: sin otra compañía que él mismo.

El extremo inferior del enjambre desaparece de pronto, absorbido rápido por el horizonte. Como si una nubecilla negra fuese escondiéndolo de mis ojos. El horizonte —una saliente de él, tal vez la cumbre de una montaña— rasga la galaxia a gran velocidad. La aguzada cima de un monte. No separo los ojos del cúmulo estelar. Me consuela mirarlo. Ya la cumbre lo ha ocultado casi por completo. Vuelve la nostalgia. A mi izquierda, la figura del Máximo se acerca. Es Mh.: con el rabillo del ojo distingo su sello identificador. ¡De un salto me pongo en pie! La galaxia aún se halla muy por encima en lontananza. ¡Y en la Cáscara no existen montañas de picachos agudos! Con siniestra celeridad la nube tapa la mitad del enjambre titilante. Fascinado, retrocedo dos o tres pasos.

Tambaleo. Un alarido se atasca en mi garganta.

—¡Meteoros! —Doy varios pasos más, hasta que tropiezo y caigo. Me enderezo, impulsado por un resorte. A tientas, acometido por un temblor incontenible, enciendo el transmisor.

—¡Meteoros…! —El aullido me ensordece dentro de la escafandra. Retrocedo sin separar los ojos del cielo. Un manto de tinta china cubre raudo las motitas de las vecinas galaxias.

—¿Quién habla? ¿Qué pasa? —Preguntas enloquecidas. De todas partes.

—¡Meteoros!

Corro desalado. Se ciernen sobre mi cabeza, millones. No tardarán en sepultarme. Gritos de personas despavoridas llenan mi cabeza. ¡A diez metros empiezan a caer! Me paro en seco, al lado de un paredón bajo. A unos cincuenta metros forma una saliente. Desorbitado, la respiración paralizada, comienzo a barbotar:

—¡Muertos!

Revienta mi cerebro con un solo alarido de horror lanzado por mil cronnios. Doy media vuelta.

Trastabillo. Los restos humanos se deshacen a mis pies. Se amontonan con furia. Una impenetrable cortina.

¡Mh….! Agita los brazos. Se encoge en un inútil e infantil esfuerzo por guarecerse de la lluvia. ¡Y se desintegra en una explosión líquida! Un espeso torrente, en el cual se hunden los proyectiles. Me envuelve, me arrastra, me estrella contra el paredón. Me atasco en la saliente que divisara segundos antes. Me incrusta allí el caudal, formado por la atmósfera de Mh., y me cubre por entero. El territorio ha sido cubierto de restos. Continúan cayendo incesantes.

Antes de desvanecerme alcanzo a divisar, apenas iluminado por la fosforescencia que emana de la sangre del Máximo, un esqueleto semienvuelto en harapos. A un metro. Sobre la cumbre de un montón de despojos. En medio de la pesadilla, mi cerebro se puebla de estrellas que danzan enloquecidas.

Las estrellas se apagan una a una.

XXX

¿Cuánto duró? Medio día, creo. El hecho es que, al despertar, un agudo dolor me perfora el pecho. Silencio y oscuridad. El silencio que la muerte provoca. Me agito balbuciente, gimiendo palabras inconexas, reprimiendo el dolor, la cabeza repleta de palpitaciones y luces que centellean.

Ajeno a mí mismo, convertido en un despojo que ni piensa ni siente, que ni siquiera logra determinar su posición. Mis miembros no parecen apoyarse en nada: flotan en el vacío o en un lago invisible. Aguas que no mojan. Sin conciencia de qué me rodea, respirando apenas, el aire penetra en mi pecho como un millar de agujas que me clavan. Pasan así las horas o los minutos o los segundos. Vuelvo a la vida con exasperante lentitud. Tomo contacto con algo duro, áspero. Una cosa sólida, cuya solidez se ha materializado contra esa parte de mi cuerpo. No es el traje espacial, hecho de placas rígidas pero elásticas, sino un muro: algo semejante. Presiento su espesor y masa.

Ha detenido mi cuerpo en la avalancha. Está a mis espaldas.

Mis omóplatos me ponen en contacto con la realidad. Están apoyados contra la dura corteza. Sí: me encuentro sentado sobre mi pierna izquierda, encogido en una concavidad natural, estrecha, que escasamente me da cabida. Así, con gran lentitud, con extraordinaria lentitud, tomo conciencia de mi situación. Estoy sentado: a mis espaldas, la Cáscara; encima, una protuberancia de la misma, que hace las veces de techo; a la izquierda, la Cáscara de nuevo, que forma de este modo el angosto nicho.

¿Y al frente? ¿Y a la derecha? «Eso». Lo que cayó del cielo. Casi he olvidado qué es. Emito un gemido y muevo la cabeza. Oscuridad. ¿Estoy sepultado? Tengo los ojos abiertos, y, sin embargo, nada veo. Echo la cabeza atrás, hasta apoyar la escafandra en la Cáscara. Y entonces. Una claridad leve, casi imperceptible, se destaca en las tinieblas. Ávidamente concentro la vista a través de la fisura. Una nubecita blanca, muy tenue, que parece impulsada por una brisa, se mueve allá lejos, contra una negra bóveda. ¡El cielo! El vacío intergaláctico, desierto, inhóspito, con sólo una nubecilla cósmica distante millones de años-luz, una remota concentración de soles disfrazados de neblina. ¡La lluvia ha concluido! Vuelvo a gemir recordando. Y «eso» está ahí, a pocos centímetros.

¡Tan próximo, que mi rodilla derecha está en contacto con él! Respiro levemente: mi respiración es el único rumor que mis oídos perciben.

Y recuerdo algo más: los micrófonos están abiertos. Por lo menos lo estaban antes de desmayarme. Es posible que el golpe haya estropeado los instrumentos o que nadie, en el sector 517, haya escapado con vida. Nadie, salvo yo. Todos muertos. ¿Y L.? ¿Qué me había dicho L.? Los Altísimos hablarían esa noche.

La galaxia desaparece tras un rincón de la ventanilla. ¡Los Altísimos hablaron! L.

no se había equivocado. La voz. Pero, ¿de dónde vino la lluvia? ¿Y esos despojos?. Me agito débilmente. Vuelvo a gemir. Y al moverme, descubro que estoy sentado en algo resbaloso, en algo al parecer líquido.

Algo untuoso. Aquella sustancia me llega a la cintura. Es espesa: forma una verdadera charca en mi derredor. La repugnancia me encoge la boca del estómago. Todo mi organismo se contrae con un asco espasmódico. El líquido de Mh., mezclado con su sangre, quizá el mismo que me salvara la vida al envolverme en una gruesa capa protectora, se ha empozado en torno a mí. Resbalando pesadamente en la densa materia trato de incorporarme, mientras el sudor empapa mi rostro. Me duele el pecho a cada esfuerzo que hago. De pronto, al apoyarme en falso en una saliente jabonosa, vuelvo a caer en la charca.

Ya me quedan pocas fuerzas. Comprendo que, si no soy capaz de hacer un acopio de ellas para la embalada final, me quedaré allí, sumido en el pantano. Hasta que el aire se me agote. El instinto me anima a sobreponerme. Me advierte un peligro cercano. Medio desvanecido, sintiendo martillazos en el cerebro y alfilerazos en el pecho, insisto en enderezarme. A tientas alargo una mano en busca de un punto de apoyo.

—¡Tengo que salir! ¡Tengo que salir de aquí! —Me incorporo, luego de un titánico despliegue de energía. He llegado al extremo del agotamiento, pero ya estoy de rodillas. Un lamento, mezcla de gemir doloroso y risa histérica, contrae mi rostro —: D. me ayudará… a burlar… al Identificador…

¡Debo salir!

Esa idea contribuye a darme alientos. Estiro la mano. Me aferró de algo indefinible que cuelga hacia el interior del socavón. Debe ser un brazo o una pierna. Me agarro de él, y me arrastro algunos centímetros. Mi punto de apoyo cede por momentos. Forcejeo. Saco fuerzas no sé de dónde, y poco a poco comienzo a deslizarme por el respiradero. Pero mi suelo no es sino una capa de miembros humanos, que ceden y se hunden silenciosos. Me detengo unos instantes a tomar aliento. Apoyo mi pecho en los que allí descansan, sin pensar en mi situación ni en la de los que me sirven de sostén.

Una oscuridad material se precipita sobre mí en negras oleadas. Me mareo. Semiinconsciente, los párpados pesadísimos, dispuestos a cerrarse en la primera oportunidad. Ni siquiera se me ha ocurrido encender las luces.

Llego por fin a lo que debe ser la superficie. A mis espaldas se alza la colina cuya pared me protegiera, libre de restos al parecer. Aquellos se han acumulado en los bajos de la Cáscara, luego de resbalar y rebotar en las arrugas, rellenando hondonadas y valles. Alcanzo el flanco de la colina y comienzo a subir.

Una hora. La cumbre del montículo. He hecho la mayor parte del trayecto reptando, aprovechándome de la más mínima aspereza del terreno para apoyarme.

Dificultado por la rigidez de mi traje. Por último hago una breve pausa y miro al cielo. Está de nuevo despejado. Las galaxias prosiguen en su inmutable avanzar. La grande, aquella que me revelara la catástrofe, ha desaparecido tras el horizonte. Me pongo de rodillas. Mediante ímprobos empeños consigo mantenerme en pie, sin sentir mis piernas.

En medio de la oscuridad presiento que todos los alrededores se encuentran cubiertos de cadáveres. Tiemblo. Se doblan mis rodillas, y caigo a tierra.

Súbitamente escucho a lo lejos, a través de los audífonos, un diálogo indefinido. Veloz, escruto el espacio. Son voces excitadas. El radiorreceptor de mi traje no es de mucho alcance.

—¡Auxilio! —grito con un último acopio de energía.

—¿Quién habla?

—¡Aquí estoy…!

—¿Dónde?

—¡Al sudeste del 517!

—¿Está herido?

—¡No, no!

—¿Puede caminar?

—¡Sí!

—¡Trate de subir a una cumbre! ¡Apúrese! ¡Tenemos dos minutos para localizarlo!

—¡Estoy en una cumbre!

El diálogo se interrumpe por algunos segundos. La radio. No estaba cortada. Al dar la alarma había abierto todos los canales, de modo que mis gritos llegaran a casi todas las estaciones.

Las voces de varios hombres se aproximan veloces. Lanzo una ojeada circular al cielo, de bruces como estoy, entorpecidos mis movimientos por la escafandra. Violentos escalofríos me sacuden.

—¡Ilumine su traje!

¡Me había olvidado de aquel detalle! Torpemente doy contacto a la fosforescencia.

—¡Allí! —No disimula la voz su tono de alivio—. ¡Ya lo tenemos!

En el cielo aparece la imagen de una esferonave que se agranda en fracciones de segundo.

Acezando, agudizados los dolores del pecho, me paro y, como una marioneta, vuelvo a caer.

—¡Ánimos! ¡Ya llegamos!

No veo a los cronnios que desembarcan y me trasladan al navío.

—¡Qué a tiempo! ¡En cuarenta segundos más se cierran las salidas! Cronn se desembaraza de esto.

—¿Qué pasó…? —Muy débil, inconsciente casi, aflora la pregunta.

—Nos trajeron al lugar donde fueron expulsados hace algunos siglos los cadáveres de la otra raza…

El «nos trajeron» era de por sí elocuente. La antirraza. Yo, como nuevo cronnio, pertenezco a ella. Después de haber introducido la mutación, causante de la alergia racial, Ellos llevaron a Cronn, para satisfacer alguna venganza (la creación de los Máximos y Mínimos, como me dijera L.), a la misma región del espacio donde fueron lanzados los miles de millones de víctimas producidas por su odio. Hicieron llover sobre los nuevos cronnios, sobre las cabezas de los involuntarios asesinos, una nube de muertos. Una galaxia que se mantuvo flotando en el vacío durante noventa siglos para un día precipitarse sobre sus matadores desde el tiempo y el espacio. A eso se debió la larga espera de Cronn. Lentamente su fuerza de gravedad atrajo la nube que navegaba en aquel vacío sin estrellas.

Comprendía ahora, recostado en una camilla de la nave salvadora, que se hundía en las entrañas del sistema, el porqué del fatalismo cronnio. Un enemigo invisible y omnipotente, contra el cual ni siquiera podía intentarse luchar.

—¿Murieron? —Uno de los cronnios se apresta a colocarme un calmante.

Al oírme me mira con cara de sorpresa.

—¿Muchos? ¡Más de trescientos millones! La mayor parte de los que se encontraban en la zona occidental desaparecieron bajo treinta metros de restos. Nada se sabe de por lo menos un quince por ciento de los Máximos. Por suerte la parte oriental no fue tan castigada. ¡Hace veinticinco horas que buscamos sobrevivientes!

—¡Veinticinco horas! ¿Hace veinticinco horas que cayó la nube? ¿Y L.?

—¿L.?

Doy sus señas.

—¡No lo sé! Si estaba en la Cáscara a la hora de la lluvia no puede haberse salvado.

—Acababa de separarse de mí.

—Entonces… Fue la zona más afectada. Ahí cayeron los primeros. Alguien dio la alarma, porque los instrumentos detectores no funcionaban. Un vigía comenzó a gritar: ¡Meteoros, meteoros…! Se le oyó en todos los puestos cercanos.

—¡Fui yo…!

Parecen de veras sorprendidos.

—¿Usted es X.?

—¡Yo soy! ¿Cómo supieron el nombre del que gritó?

—El identificador de ondas. Cerca del 517 quedó un puesto accesible. Una

grabadora registró sus gritos y su frecuencia. —Añade, en un tono indefinible—: No es un gran honor que digamos.

Narro la historia. Exhibo mi ficha identificadora. Ni la miran. El jefe me hace un gesto para que guarde silencio y descanse. La hecatombe ha humanizado a los cronnios.

Pienso en L. Seguramente ha muerto. En ese instante no sabría decir si lo sentí. Recuerdo, también, nuestra última conversación. Presintió su fin. Por esa razón se abrió conmigo. De lo contrario, jamás habría conocido la verdadera historia. O, al menos, la última versión…

Pero aquello pertenecía al pasado. Ahora, más que nunca, nada importa. Mal que mal, L., después de su delito, había tratado de arreglar las cosas. Que descanse en paz. Mi caso no tiene remedio. Los recuerdos, amargos de nada me podrán servir en el futuro.

EPILOGO

Doce meses desde la lluvia. D. me ha liberado en forma definitiva del Identificador. Se aprovechó de la catástrofe para hacer morir a X. Es decir X., cuyos datos conocía la Máquina. Me ha dejado provisoriamente como un no identificado, mientras prepara la mejor manera de presentar mi caso y arreglar de una vez por todas la situación.

Según he podido colegir, explicará discretamente que los reactivos se han alterado debido a una misteriosa enfermedad. Será entonces necesario volver a tomar mis datos y hacer una ficha nueva.

Esta enfermedad que ha acarreado tan peregrinas consecuencias, ha sido provocada por la lluvia, la cual ha causado traumas psicofisiológicos en numerosos cronnios.

No he concurrido al examen anual de la Máquina. No me conoce. Tengo la secreta esperanza de escapar siempre que la oportunidad se presente antes que me contabilicen. Me será necesario aguardar a que lleguemos a un planeta donde sea posible vivir sin peligro. ¡Ojalá volviésemos al Sistema Solar!

Por desgracia es imposible. Nos hallamos en la actualidad, a miles de millones de años-luz de la Vía Láctea. Tendré que conformarme, entonces, con cualquier planeta habitado por humanoides.

Porque verdaderamente jamás podré acostumbrarme en Cronn. Desciendo de una raza joven, que aún necesita miles de siglos de experiencias y sedimentación cultural para adquirir la civilización cronnia. Mal que mal, la Tierra aún ni sospecha la existencia de los Altísimos.

He llegado a transformarme, ahora, en explorador. El grado inmediatamente superior al de vigía.

Satisfizo mi desempeño, y fui ascendido, por lo tanto, a la categoría de explorador. Sin esforzarme mucho, sin ambicionarlo, hablando con franqueza. Significa esto que puedo integrar las expediciones a los mundos visitados por Cronn. Ya me ha tocado explorar cinco sistemas solares, dos con estrellas dobles. Sería ridículo que me quejase de tales experiencias, pero debo reconocer que habría preferido no tener oportunidad de vivirlas. En la Tierra, para la época en que fui raptado, recién se iniciaba la etapa interplanetaria. Una ciencia aún en pañales. La totalidad de los hombres, los científicos: aprendices. Artesanos de la Edad Media frente a los cronnios, astronautas por raza, con milenios de viajes a su haber: interplanetarios, interestelares, intergalácticos, «interuniversales», de acuerdo con lo que he sabido. Cronn es capaz de trasladarse de un universo a otro. Es decir, puede atravesar las sutiles puertas de las dimensiones y pasar a otras escalas. Es probable que pronto abandonemos el actual universo (mi universo), aquel que contiene la Vía

Láctea y billones de galaxias como ella, y nos sumerjamos en uno nuevo y mayor. Una verdadera pesadilla. Si a un hombre de las cavernas lo pusieran a convivir, de buenas a primeras, con gente del gran mundo, no se sentiría tan desambientado como yo en Cronn.

Claro que hago mi trabajo con toda dignidad. Eso es innegable. Soy alguien aquí. Un explorador.

Tengo mi oficio, y en él me desempeño a «entera satisfacción». Nadie es profeta en su tierra. He llegado a ser algo en Cronn. Nadie me halaga por la eficiencia de mi trabajo. Nadie me aplaude ni me estimula cuando lo cumplo con acierto. Pero no me joroban[5], que es lo que me interesa. Tengo todo lo necesario para vivir, pues soy un buen tornillo de la máquina que se llama Cronn. Cada vez que lo requiero, recibo el lubricante necesario para seguir funcionando. ¿Inhumano? Seguramente.

En la Tierra siempre fui un don nadie. Bueno: aquí también. Con una diferencia, eso sí: aquí todos vamos en el mismo corral. Por otra parte, y en forma confidencial, debo decir que esto resulta aburrido. Nadie es feliz. ¿Por qué? Simplemente porque este super-socialismo no ha nacido a consecuencia de la natural evolución de regímenes políticos y económicos. No: su origen no tiene otro objetivo que el de resguardar una raza de su total extinción. En otras palabras, el actual sistema de gobierno ha sido impuesto por circunstancias ajenas a la voluntad del pueblo cronnio.

A nadie le gusta la organización. A nadie puede ni podrá gustarle jamás. Por una sencilla razón: constituimos una colonia de autómatas. En lugar de maquinarias e instrumentos, llevamos órganos que vibran con el flujo de la sangre caliente. No usamos lubricantes, sino ese fluido misterioso que se llama sangre. Aquí se lucha con muy poco entusiasmo por la supervivencia, frente a la más absoluta de las tiranías. No para sobrevivir ante el ataque de enemigos naturales, lo cual siempre conduce a la superación.

Mientras más insensible el régimen, tanto mejor. Nada de sentimentalismos: nos traicionaríamos frente a los Altísimos. Ellos quieren servidores sumisos, que tengan como única meta la suya, la que a Ellos interesa. Y poseen métodos para hacerse obedecer.

Nos dirigimos a un pequeño planeta cubierto de áridas montañas, valles y extensos océanos. El astro se agranda veloz en el televisor. Es un mundo con atmósfera respirable, de masa y composición similares a la Tierra. Pero los instrumentos no han detectado la vida en su escabrosa superficie. Quizá en las profundidades de sus mares estén iniciándose misteriosos procesos que, con el correr de los siglos, darán origen a seres animados.

Siempre me posee una secreta emoción cuando nos aproximamos a un nuevo

mundo. Trato de aparentar la impasibilidad de mis compañeros, pero en mi interior se agitan toda clase de sensaciones.

Un nuevo mundo. Pienso que los hombres, cuando recién desembarcaban en América, sentían lo mismo que yo ahora. Pienso que, muchas veces más, a lo largo de su historia, lo volverán a experimentar. Sólo están comenzando.

Con ahogados gemidos de metales y suspiros de compresoras, la astronave aterriza cerca de una playa de agresivas rocas negras. Es de noche. Rielan las estrellas a través de una atmósfera pura.

Autorizado el desembarco, me separo de mis compañeros. Voy a la playa. Pasos mesurados. Respiro a pleno pulmón. Me embarga una emoción indefinible. ¿La del conquistador? ¿La del científico? La del hombre que no se cansa de admirar los milagros de la creación.

La Tierra, en sus comienzos, debió ser un planeta como éste. Lanzo una mirada en torno. Poco es lo que veo: una tierra joven, arisca, que aguarda la vida. Llego al lado mismo del mar, cuyas olas se deshacen en nubes de espuma fosforescente contra el acantilado. Observo la furia del oleaje, bajo la mirada de las estrellas. A mis espaldas, nuestra astronave se ve vagamente iluminada, en tanto los cronnios deambulan cerca de ella. Me siento en una roca, de duras aristas, humedecida por el oleaje.

Con el correr de los siglos, un tímido anfibio se arriesgará a surgir de las aguas en busca del continente. Algún día aparecerán en sus bosques los primeros seres de sangre caliente, que engendrarán hijos dotados de inteligencia. Y verán por primera vez las estrellas. Sí: igual que en la Tierra. Inventarán telescopios, que las harán aún más atractivas. Y espectroscopios, que les revelarán las singulares características de su materia.

Pudiera ser que algún día un cohete ascienda orgulloso hacia las fronteras del más allá.

Lo mismo que los hombres. Pienso ahora en ellos, en mis remotos hermanos que, alucinados, contemplan noche a noche las galaxias e intentan, inútilmente, desentrañar los enigmas del Universo. Sus primeros cohetes taladran la atmósfera: penetran en las sendas de los astros. Pudiera ser, sí, que en una época no lejana el primer cohete tripulado por humanos calcine con el aliento de sus toberas los estériles prados de la Luna. Y que esta hazaña abra sus apetitos de conquistadores de mundos. Y que lleguen a Marte, a Venus, a Júpiter, a los confines del Sistema Solar, donde monta guardia el lejano Plutón.

Pudiera ser que un día cualquiera sus astronaves abandonen los dominios del Sol y partan en demanda de las vecinas estrellas. Y que esa astronave aterrice en un planeta de un nuevo sol.

Pudiera ser que los tripulantes de aquel navío, lo mismo que nosotros en una

noche como ésta, se detengan a contemplar las estrellas, el corazón embargado de orgullo. Quizá en aquel día de gloria piensen que el hombre ha sido creado para conquistar el Universo. Las estrellas, con sus mundos, construidas para que ellos las sometan.

Y ese día, ¡que Dios los libre de los Altísimos!

FIN

NOTAS

1 Acelera. (N. de Arácnido). Volver

2 Poco más de mil kilómetros. (N. de Arácnido). Volver

3 Nombre dado en España al pintor holandés Jerónimo van Aeken Bosch. (N. de Arácnido). Volver

4 Ayudante del verdugo en la aplicación del tormento. (N. de Arácnido). Volver

5 Molesten. (N. de Arácnido). Volver